

Atlis

Joaquin Gutierrez

Atlis



*Crónicas del mundo
que perdimos*

J. G. GUTIERREZ

Capítulo 1

Dedicado a mis padres, Juan Carlos y Norma

Dedicado a la Iglesia Evangélica en Parque Casas

A Marcos Medei

A Gustavo Sánchez

A Giuseppe Lioi

Al CEPEC

Me voy a buscar el olor del mundo que perdimos, me apura la vida que no viví y me sobran las noches para huir

Caballeros de la Quema

He dicho que huir es una de las funciones primarias de los cuentos de hadas, y dado que no los desapruedo, queda claro que yo no acepto el tono de pena o burla con el que tanto se usa huir últimamente. ¿Por qué debería un hombre sufrir burlas si, encontrándose a sí mismo en prisión, intenta escapar e ir a su casa? ¿O si no puede hacer eso, pero piensa y habla sobre otros temas que no son carceleros y muros de la prisión?

J.R.R. Tolkien

Introducción

Nunca había creído realmente en los cuentos de hadas, siempre dije que me habría encantado que existieran, es más, hasta quise tener la ilusión de creer en todos ellos, pero el sentido de la realidad que este mundo me exigía me lo impidió. Ahora que soy mayor, estoy cada vez más cerca de creer en este otro mundo que tanto nos atrapa.

Cuando somos niños no hay ningún problema en creer los cuentos de papá y mamá, en Papá Noel, en Aslan o en Eru Iluvatar. Sin embargo, cuando crecemos, esto cambia completamente, la educación formal y las sociedades están alejadas de lo fantasioso y de lo romántico. Queda siempre en uno mismo rebelarse contra lo establecido y creer en todas estas cosas.

Encuentro consuelo en la Biblia. Muchos dicen que es literatura fantástica, yo opino que es un realismo clásico. Si puedo creer en todas las historias que relatan los textos sagrados del judaísmo y el cristianismo, la realidad de nuestro mundo, entonces, supera de manera impetuosa a la que nos

quieren vender.

Quizás entre todos los pacientes psiquiátricos internados por esquizofrenia alucinatoria hay alguno que esté realmente sano, que ha abierto la puerta a ese mundo de hadas, elfos, ninfas, dríades y náyades, dioses menores, dragones y serpientes marinas. Pero este mundo obsesionado con ocultarnos estas cosas los ha encerrado y medicado para que no le cuenten a nadie.

Mientras pienso en todo esto hoy, no puedo dejar de pensar en George MacDonald, un clérigo anglicano del siglo XIX que abrió la puerta a este mundo maravilloso y nos explicó cómo el cristianismo se acerca a esta alegría, *Fantastes* es un claro ejemplo.

Cuando C.S. Lewis y J.R.R Tolkien leyeron a MacDonald, su vida cambió para siempre (la mía también) y comenzaron a describir todo lo que vieron en Narnia y en la Tierra Media.

No nos confundamos. No es que George MacDonald haya inventado el País de las Hadas, o que Lewis haya creado Narnia, o que Tolkien haya escrito de su propia imaginación la Tierra Media.

Ellos estuvieron allí y nos contaron lo que vieron, pero si lo hubieran relatado como una experiencia realmente vivida, los habrían encerrado en un manicomio y no habrían sido los grandes escritores que conocemos hoy.

Yo postulo que *Ánodos*, es realmente George MacDonald a los 21 años, que Digory Kirke y los demás protagonistas de *Las Crónicas de Narnia* son representaciones de las visitas de Lewis al mundo de Aslan. Y que Tolkien ha estado en la Tierra Media, dejando a Christopher a cargo de las llaves. No se me ocurre otra explicación, ya que pienso de igual manera de Pablo de Tarso, de Elías o de Moisés sobre las cosas narradas en las Sagradas Escrituras.

Incluso los cruzados con su fanatismo, han escrito sobre dragones y bestias que hoy en día se creen inexistentes o de fantasía.

No podría saber estas cosas solo por haberme levantado temprano un día aleatoriamente. Realicé una investigación exhaustiva sobre el asunto, viajé y recorrí diversos países, explorando cuevas y casas viejas. Escribo este libro con el motivo de dar a conocer cada una de estas cosas, ya que las Autoridades Superiores me dieron el permiso necesario, la inspiración.

A continuación, adjuntaré las notas de mi diario de viajes para que usted, lector, o lectora, conozca las fuentes de este volumen.

1

Entrada

Querido lector, para sacarte de las confusiones que puedas llegar a tener, voy a contarte cómo fue que entré físicamente por primera vez en Atlis de manera completa. Podría decirte que la primera vez que entré fue al leer El Principito, pero esto puede tomarse como una cuestión filosófica y yo estoy hablando de hechos concretos y muy literales. Para comenzar, debo presentarme y contarte mi historia.

Mi nombre está al principio del libro y en la portada, pero ese nombre carece de importancia alguna, no es el nombre que realmente tengo, ya que los habitantes de Atlis me llaman con un nombre distinto.

Durante los años de mi juventud estudié arqueología, recorrí grandes sitios arqueológicos de Argentina, Chile, Perú y México.

Recuerdo que durante mi infancia pasaba largas horas leyendo libros como El Principito, El Quijote, el Popol Vuh y la Biblia. Me familiarice con cada uno de estos escritos, sus autores y los orígenes de cada cosa que escribían. Viajé por todo el continente americano y visité las grandes construcciones precolombinas. Más adelante, aprendí griego y hebreo para poder estudiar la Biblia en sus idiomas originales y viajé a Palestina para realizar los estudios correspondientes.

Luego recordé que durante mi adolescencia leí las grandes sagas nórdicas de Snorri Sturluson, así también las historias de los Nibelungos y las leyendas vikingas. Este recuerdo me llevó a visitar las regiones escandinavas. Encontré grandes tesoros vikingos de reyes como Harald Blåtand Bluetooth, Björn Ragnarsson, Sigtrygg Gnupasson y otros magníficos reyes y conquistadores. Me convertí en un reconocido arqueólogo conferencista, amasé grandes riquezas y premios.

Un día, todo cambió, un descubrimiento dio vuelta mi vida, grande fue mi sorpresa cuando encontré la espada de Siegfried. Aquella con la que el mítico personaje dio fin al dragón Fafnir. La espada estaba esperando por mí en una cueva oculta a simple vista, y junto a ella, el esqueleto de Fafnir.

Haber hecho este descubrimiento me llevó a que mi creencia en los relatos de mi juventud renaciera como un flechazo. Preparé grandes conferencias y anuncié por todos los medios mi descubrimiento y las conferencias que se llevarían a cabo para demostrar semejante hallazgo. Naturalmente nadie me creyó, dijeron que las fotografías eran falsas, que los huesos eran de cocodrilo, los cuernos de markhor y que no había

forma de comprobar nada.

Cuando un grupo de colegas me acompañó a la cueva, resulta que esta ya no estaba. No había siquiera un rastro de los elementos que me llevaron allí en primer lugar. Ese suceso arruinó para siempre mi carrera como arqueólogo y profesional.

Entré en una profunda depresión, mi pipa y las pintas se habían convertido en mis fieles amantes. Preocupado por mi salud mental, fui a diversos centros de atención psiquiátrica, estuve medicado y en tratamiento terapéutico. Logré superar mi depresión y el trauma generado por el fracaso laboral. Todo iba bien, hasta que mi padre me invitó a ir de pesca a Puerto Gaboto, una localidad cerca de Rosario, Argentina.

Puerto Gaboto es la ciudad más antigua de Argentina. Un explorador veneciano, Sebastiano Caboto, llegó al pueblo en 1527, construyó un fuerte que hasta hoy en día permanece, exploró la Cuenca del Plata y volvió a Europa.

Mientras pescábamos, decidí dar una pausa para recorrer aquel lugar que ya conocía de memoria, fue entonces cuando en una de las grandes elevaciones rocosas que hay en las costas del río, encontré una pequeña caja con apariencia antigua, precolombina, o incluso anterior. No le dije nada a mi padre y guardé mi hallazgo.

Esa misma noche, al llegar a nuestra casa de campo en Gaboto, comencé a dudar si abrir la caja o dejarla allí. Si era un fraude, podría volver a sufrir nuevamente lo que pasó en Escandinavia y no sabía si estaba realmente dispuesto a que eso pasará. Pero, por otro lado, si era un hallazgo real, iba a tener valor. Pero me ganó la indecisión, así que dejé la caja en mi mochila y me acosté a dormir.

Luego de unos minutos intentando dormir, tuve que levantarme y examinar la caja porque mi curiosidad no me permitía cerrar los ojos sin imaginar todas las posibilidades que el objeto y su contenido abarcaban.

Fui desde la cama hasta la mesa, encendí una pequeña lámpara para no despertar a mi padre con la luz principal y removí todo el barro que cubría la caja, propio del río. Al ver la caja ya limpia y reluciente, mi emoción fue tanta que casi no logré contener un grito de alegría. Era una caja con escrituras en un idioma desconocido, no parecía ser de América. Cuando abrí la caja, encontré una daga y un mapa antiguo. El mapa tenía dos marcas; una en lo que hoy conocemos como San Juan y otra en lo que hoy es Tandil, con una inscripción en un idioma que en ese momento desconocía.

Volví a Buenos Aires a la mañana siguiente. Fui a mi café favorito como de costumbre, me senté en la mesa que está pegada a la primera ventana,

como de costumbre, pedí un café negro bien cargado y dos medialunas saladas, como de costumbre.

Algo que no formaba parte de aquella rutina, era que me sentía observado. En el café estaban los mismos de siempre. Don José leyendo el diario con cara de amargura, María Estela con el novio de turno, Juana dibujando de espaldas a mí para que no la mire a los ojos, pero, en el lugar donde tenía que estar Don Martín, descubrí que había un hombre mirándome fijo. Parecía extranjero, pero no podría precisar exactamente su origen étnico. Tenía una edad entre veinticinco y treinta años. No era nórdico, no era indígena, no era árabe ni asiático. Tenía la piel más blanca, la cara más alargada y delgada, los ojos verdes y el pelo largo más negro y lacio que jamás habían visto mis ojos, llevaba un gorro para el frío. Medía cerca de dos metros y los demás parecían no verlo. Observándolo bien, lo había visto en el subte la semana anterior. Incluso me pareció verlo en Gaboto, pero descarte esa impresión ya que habría sido demasiada casualidad. No le presté más atención. Pagué la cuenta y me fui a trabajar. Había logrado fundar un estudio de diseño con el dinero sobrante de la arqueología.

Eran las ocho de la noche, el turno había terminado media hora antes. Mientras volvía del estudio a mi casa, en una esquina, estaba otra vez este hombre. Ahora apoyado contra una pared fumando. Comencé a preocuparme, ya que era obvio que me estaba espiando. Como me era necesario y obligatorio pasar por donde estaba esta persona, decidí hablarle. Me acerqué despacio y le dije;

—Muy buenas tardes. No pude evitar notar que me está siguiendo, ¿Hay algún problema? ¿Lo tengo que seguir a algún lado? —Sé que no habría sido lo que la mayoría hubiera hecho, pero mis compañeros de trabajo me estaban vigilando a prudente distancia, ya que les había contado la situación— —Muy buenas tardes —Me dijo con un acento completamente desconocido— Necesitamos hablar con usted, le enviamos cuatro cartas a su casa en Rosario pero nadie contestó. —Hacía algunos años que ya no vivía en Rosario. —Durante diez años hemos intentado contactarlo, desde que nos enteramos del hallazgo del dragón.

Cuando el extraño hombre dijo aquello, me estremecí y la mente se me llenó de dudas. ¿Me habrá creído? ¿Por qué habla en plural? ¿De dónde es?

—Supongo que es uno más de los que me buscan para burlarse. Quiero decirle que no tengo intenciones de...

—Nada de eso. —me interrumpió— Pero no es algo que podamos hablar aquí. ¿Sería tan amable de invitarme a su casa?

—Tendrá que disculparme mi extraño amigo, pero no lo conozco y por eso mismo es que no voy a abrirle la puerta de mi casa.

Ni bien terminé de decir “casa”, él sacó de su bolsillo lo que parecían ser mis llaves. Como un reflejo natural comencé a buscar mis llaves y obviamente no las tenía. Si bien me sentí agredido, el hombre no aparentaba tener malas intenciones, así que no tuve más remedio que llevarlo a mi casa. Hice señas a mis vigilantes compañeros de trabajo para decirles que todo estaba bien.

Cuando llegamos a casa, le ofrecí mate, café, té y tabaco, me aceptó todas y cada una de las opciones de lo que tenía a mi disposición.

—Dígame si no es mucha molestia, quién es y qué desea saber sobre la exploración en Escandinavia.

—Mi nombre es Resande, formo parte de un grupo de personas que se dedican a contactar a aquellos que encontraron evidencias de la existencia de seres fantásticos.

—O sea que es un criptozoólogo. Mire querido Resande, no me interesa la criptozoología. Soy un arqueólogo retirado y un diseñador de relativo éxito en Buenos Aires, no quiero entrometerme en buscar al Yasí Yateré en Misiones ni cosas por el estilo.

—Mi querido *Valittin*, no soy criptozoólogo.

—No me llamo Valentín, me llamo Joaquín, así que por favor no confunda mi nombre.

—Lo llamé Valittin, ya que usted ha encontrado restos de un antiguo Fortært que los Rajenta del pasado creían haber cerrado, pero no lo hicieron.

—¿Es usted sueco, Resande? —Pregunté haciendo de cuenta que no había dicho nada que yo no hubiera entendido. —

—Viví años en Suecia. Pero no soy de allí. —Di por sentado que era polaco.

—Dígame, ¿Qué significa “Fordert” y “Rashenta”? Y ¿qué tiene que ver con que me haya llamado “Valittin”? —En ese momento Resande me estaba mirando fijo con la pipa en la boca, la taza de café en una mano y el mate en la otra, las largas piernas cruzadas y el reclinado en mi sillón.

—Antes de contestarte, Valittin, dime, ¿Crees en los cuentos?

—¿De qué me hablas? —Comencé a tutearlo, dado que él lo había hecho primero y además me puso un apodo. También empecé a pensar que se iba a burlar de mis creencias religiosas.

—Cuentos, aquellas historias que tu madre te contaba sentada a la orilla de tu cama, sacada de libros, las historias que leíste en tu infancia y adolescencia, aquellas cosas en las que no cree la mayoría de la gente. ¿Crees?

—¿Cosas como dragones, hadas, ninfas, Jormungandr, Quetzalcóatl y esos seres?

—Exacto. ¿Crees en su existencia? —No podía decir que no, ya que había encontrado el esqueleto de un dragón nórdico, pero, por otro lado, estuve medicado en contra de alucinaciones por ese mismo hallazgo. Y en mi mente existía la posibilidad de que Resande fuese, o una alucinación, o un enfermero enviado desde alguna institución psiquiátrica, y que, si le decía que sí, me encerraran en algún loquero.

—Mirá Resande, siempre quise que aquellos seres y sus correspondientes mundos existieran, pero precisar si creo activamente que existen, no podría contestarlo concretamente.

—Entonces contestame otra pregunta. ¿Crees en aquel a quien tu gente llama Dios?

—Sí, sin duda. —Toda mi vida fui protestante, orgulloso de la Reforma Luterana y las cosas que desencadenó.

—Entonces, si puedes creer en algo así de fascinante y fuera de la cotidianeidad de lo común, cosas que tus ojos aún no vieron más que en las páginas de papel, ¿Por qué ahora que has visto el esqueleto de Fafnir con carbón en sus costillas, no crees en los seres mal llamados "fantásticos"?

—Tu pregunta es válida Resande, pero, ¿Cómo sé que no estoy loco? ¿Cómo sé que no estás loco tú también y por eso me vienes a hablar de esto?

—Trae la caja que encontraste en Gaboto. —Le di la caja— Estos dos puntos que ves aquí, son Fortært. Esta inscripción que ves aquí, dice "Mavalla". Una traducción aproximada a lo que es tu idioma, sería "Camino".

—Pero, ¿De dónde es esta caja?, no es de los pueblos nativos de América. Su ornamentación es completamente desconocida. Y, además, ¿Cómo

sabes ese idioma? —Resande se paró.

—¿Crees en los cuentos, Valittin? —Preguntó con el tono de voz más tenebroso que había escuchado en mi vida.

—No lo sé. —Mi visitante se sacó el gorro y lo que vi me perturbó, no lo podía creer, estaba absorto.

—¿Ahora crees en los cuentos?

—Tus orejas... ¡Son como las de Spock, o Legolas!

—Verás Valittin, Meidän Maailmamme te reclama. Los antiguos hombres del norte de tu mundo fueron criados por nosotros. Les enseñamos a hablar y les dimos todos los conocimientos. Ellos construyeron monumentos en los Evig que estaban más cerca del suelo. Les enseñamos a abrir Fortært para visitarnos. Incluso...

—Espera un poco. —Interrumpí— Creo que vas a tener que ir un poco más despacio y contestarme algunas preguntas antes. —Resande asintió con la cabeza— Antes que nada. ¿Quién y qué eres?

—Soy lo que en tu cultura se podría llamar un elfo, un alto elfo de los bosques que hay en los mundos de Meidän Maailmamme. Soy el Rajenta al que le fue encargado vigilarte.

—¿Que es un "rashenta"? Y ¿Qué es "meidaneilmane"?

—Un Rajenta es un constructor encargado de abrir, mantener y cerrar los Fortært que comunican Meidän Maailmamme con tu mundo. Este último es el lugar de donde vengo. El lugar de donde salen las grandes leyendas e historias. En otro tiempo de la historia, ambos mundos tenían comunicación activa, de público conocimiento y de gran valor. Los seres de ambos universos iban y venían entre uno y otro, había comercio. Pero los humanos de aquí arruinaron todo con la corrupción de sus corazones, y con el tiempo se cerró la comunicación, los grandes poderes de ambos mundos decidieron mantener en secreto aquellos tiempos y hacerlos pasar como si fueran cuestiones propias de la imaginación.

Se cerraron todos los Fortært y los Evig quedaron ocultos para los hombres.

—¿Qué son esas dos palabras que mencionaste últimas?

—Evig y Fortært son los puentes que conectan ambos mundos, los Evig son eternos, siempre estuvieron allí, no se sabe quién los abrió. Pero los Fortært son hijos de los Evig, y los Rajenta fuimos capaces de abrirlos, por lo tanto, nos fue encomendada la tarea de mantenerlos, vigilarlos y, si

hace falta, cerrarlos. —Luego de un largo momento de reflexión, le dije:

—Te creo Resande. Los humanos somos aquellos que perdimos las grandes maravillas antiguas. Somos los culpables de introducir el pecado a toda la raza. Somos los culpables de matar lentamente este mundo. Hemos perdido la Atlántida... —En ese momento, desde mi asiento, podía divisar en mi biblioteca, el libro de Ann Smith, "Atla" y se me ocurrió lo siguiente: —Hemos perdido Maailmamme, o Atlis. —Resande me miró curiosamente. Había entendido lo que quise decir.

—Desde tu infancia te estuve observando, disfrazado en distintas personas que se encargaron de que nunca dejes de creer en los cuentos. Cuando te internaron en el psiquiátrico, me preocupé de que olvidaras todo lo que sabías sobre Maai... quiero decir Atlis.

—Nunca estuve allí.

—Sí que estuviste allí. Tu padre te leía "El Principito" y "El Quijote". De pequeño leías los mitos griegos. En tu adolescencia leíste Las Crónicas de Narnia y el Legendarium. ¿Dónde crees tú que están esos lugares? No están en los libros solamente. Si C.S Lewis y J.R.R. Tolkien hubiesen dicho que ellos realmente estuvieron en aquellos lugares, ¿Crees que no los habrían internado? Todas las grandes historias que la gente común de la Tierra considera ficticias, transcurren en distintos mundos de Atlis. Quizás no fuiste físicamente a visitar Atlis, querido Valittin. Pero si has estado allí. Y es hora de que lo visites físicamente.

—¿Vamos a ir a Atlis? —Dijo poco convencido.

—Por supuesto que iremos. Debemos llevar la caja con nosotros para que vuelva a donde pertenece. No te preocupes, el tiempo transcurre distinto, cuando vuelvas, quizás nadie note que te fuiste. Para abrir un Fortært necesito estar en un lugar abierto. Vayamos a la terraza de tu edificio.
—dijo el elfo.

—¿Así, sin equipaje? —Realmente no lo creía aún.

—No necesitas más que la ropa que tienes puesta... quizás tus libros, un poco de tabaco y tu equipo de mate.

—Muy bien, ya estoy listo, vamos.

Resande sacó del bolsillo de su saco una llave azul. Comenzó a entonar una canción en el tono más grave de su voz. El idioma de aquel cántico me resultaba de lo más ajeno, era la primera vez que escuchaba algo así. El ritual habrá durado tres minutos máximo. Cuando el elfo terminó de cantar, comenzó a caminar hacia el borde de la terraza. Se paró sobre la baranda y mirando hacia adelante, como si tuviera algo frente a sus ojos,

hizo un movimiento con la mano, como si estuviera introduciendo la llave en una cerradura. Sonó un estruendo grande, aún más ruidoso que cualquier trueno. El espacio se abrió como una puerta corrediza alrededor de la llave. Resande volteó y me miró, pero esta vez sus ojos parecían relámpagos azules y estaba tan serio que sentí terror.

—Andando Valittin, tu primero. —Dijo con 4 voces juntas, todas de Resande, pero a la vez no.

—S-sí, lo que digas. —Contesté tembloroso.

En el momento que puse un pie sobre el portal, este me absorbió sin previo aviso y comencé a caer en lo que parecía un túnel de luz sin fin. Miré para arriba y vi a Resande saltar prolijamente detrás. En algún momento de la caída, Resande clavó la llave en lo que parecía ser las paredes de aquél lugar. Mientras caíamos, la llave rayaba la luz aparentemente sólida, la velocidad a la que atravesábamos el túnel comenzó a disminuir hasta detenerse por completo. Cuando por fin pude ver con claridad, estaba recostado sobre el césped más suave y acolchonado que alguna vez haya visto, o tal vez si, en algún sueño. Levanté la vista y vi a Resande colgando de la llave a cuatro metros sobre la tierra. Procedí a incorporarme, fue entonces cuando me maravillé de lo que veía. Si has leído *El Gran Divorcio*, de C.S. Lewis, tendrás una idea de lo que voy a describir. El cielo parecía estar infinitamente más lejos que en nuestro mundo, había más lugar para respirar. En el cielo se alcanzaban a divisar como si fueran lunas, otros espacios de tierra flotante, con castillos, palacios, construcciones gigantes, laberintos otras cosas, aun así, quedaban inmensos espacios de cielo vacío para mirar. Nos encontrábamos en un descampado enorme lleno de césped multicolor, a la distancia se podía observar lo que parecía ser un castillo gigante, del tamaño de una montaña de nuestro mundo.

Resande bajó del cielo con una voltereta en el aire y cayó de pie. Pronunciando palabras imposibles, llevó la llave frente a sus ojos, la quebró con ambas manos y con una mirada fulminante la destruyó.

—Listo, el Fortært que abrimos en tu terraza ya no existe. —Dijo el elfo con una sonrisa. —Esto es Maailmamme, mi hogar, estamos donde alguna vez estuvo Gyllene, el reino de los Haltiatti, los Altos Elfos según lo que tú conoces. Debo advertirte; Así como en tu mundo está impuesta la creencia de que todo lo que viene de tu mundo es malo, los padres prohíben a sus niños acercarse a los Rajenta y puede haber disturbios si alguien ve un Fortært, es más, en algunos mundos están prohibidos.

—¿Mundos? ¿Estás hablando de planetas?

—No. Todo Atlis es infinitamente grande, nadie sabe con certeza cuántos mundos hay. Los mundos son estos grandes trozos de tierra que ves aquí

y en el cielo. Están conectados por Fortært y Evig, hay constante comunicación entre mundos.

—De acuerdo, supongo que comprendo. —Dije preparando mi pipa—¿Qué sigue ahora?

—Tenemos que ir a visitar los distintos pueblos que hay en este mundo, no podemos viajar solos, es peligroso.

—¿Por qué es peligroso?

—Hay habitantes de este mundo y otros que han odiado a todos los habitantes de tu mundo que entraron aquí. No les gusta la idea de que ambos mundos tengan comunicación, ya que los humanos fácilmente corrompen todo cuanto tienen oportunidad de tocar. No es que siempre sean malos, sino que no lo pueden evitar. Cuando ciertas razas se enojan, pueden cambiar de forma y personalidad y volverse sumamente agresivos. Es por eso que debemos andar con cuidado.

Ahora, querido Valittin, andando, estamos a dos días de camino, a menos que encontremos transporte.

—¿Transporte? —Pregunté.

Capítulo 2

2

Los jardines

Mientras Resande caminaba, junto a mí, pude notar que en su interior brotaban grandes ideas sobre todo lo que podía hacer en Atlis conmigo, ya que siempre estaba solo. La soledad era parte común de la vida de los Rajenta. La sociedad desprecia a los porteros de Fortært, ya que estos están en comunicación con los humanos de nuestro mundo y eso les trae el rechazo de sus conciudadanos.

Los Rajenta eran elegidos por voluntad del Concilio de Todos los Mundos.

El Concilio estaba formado por los reyes de cada mundo de Atlis. Cada especie elegía cien Porteros para cada mundo dependiente de Atlis. Resande fue elegido por los elfos para ser uno de los porteros de nuestro mundo. Alguien podría preguntar, con razón, si no me parecía fascinante estar ahí, si no era algo para ponerse eufórico de alegría, saltar y reír. Lo cierto es que era todo tan extrañamente familiar que más que aquel conjunto de locura feliz (que más adelante habría de estallar en mí), sentía melancolía y nostalgia. Yo ya había recorrido los enormes jardines de Atlis cuando dormía de niño, y, si tú, lector, escuchaste los más maravillosos cuentos de cuna, si creíste en algo más de lo que nuestros ojos ven, si disfrutaste cada vez que saliste de tu casa como una aventura mágica sin importar a donde fueras, te aseguro que tú también estuviste allí.

Aproveché el viaje para conversar muchos asuntos concernientes a Atlis con el elfo y para conocerlo mejor. Lamentablemente noté que no estaba del todo dispuesto a hablar conmigo aún. Podía deberse a que yo soy humano y en algún momento me iba a tocar morir, por lo cual, involucrarse emocionalmente en una amistad conmigo, le significaba el dolor de una pérdida, cosa rara vez sentida por seres inmortales como los elfos.

Mientras caminábamos a un buen ritmo por el descampado sin senderos por el que íbamos (luego Resande me explicó que ese era un lugar sagrado conocido como "Los Jardines"), se me ocurrió preguntarle muchas

cosas para tener una conversación, ya que llevábamos media hora caminando en un silencio incomodo interrumpido por un par de canciones que el elfo entonaba solemnemente. Se me hacía demasiado serio en aquel lugar, siendo que en mi casa se había mostrado excesivamente confiado y alegre.

—¿Cuántos años tienes, Resande? Pareces de veinticinco o treinta, pero por lo que leí cuando era pequeño, los elfos viven para siempre a menos que una enfermedad o un asesino les de muerte.

—Tengo más años que tu país, más años que los que lleva colonizado tu continente, más años de los que lleva en vigencia la corona Inglesa y mi edad es mayor al número de años que se cuentan desde que Cristo pisó tu mundo.

—Que complicado que eres para contestar. O sea que tienes más de dos mil años.

—Si, en edad de los elfos soy bastante mayor.

—Dijo incómodamente.

—Me imagino que la cantidad de hijos, nietos y demás descendencia que tienes debe ser bastante alta, dado a que viviste tantos años.

—A los Rajenta no se nos permite casarnos y mucho menos tener hijos.

—Contestó cortantemente.

—Puedo imaginarme por qué. Se parecen a una gente que conozco bien, abundan en mi país. ¿No se puede renunciar a ser Rajenta?

—Eso significa el exilio. Es considerado traición al Concilio.

—Pero, apuesto a que la remuneración debe ser alta. —Comenzaba a sentir lástima por él.

—Agradecería que dejemos de lado mi tarea de vida asignada. —Dijo de mal humor— Dime Valittin, ¿Por qué no te casaste? Llevo veinte años vigilándote y cada vez que parecías encontrar el amor, todo se terminaba abruptamente. Pero aquella dulce joven, aquel "recurrente error" como lo llamabas hace años, ¿Por qué ella no?

—Agradecería que dejemos de lado mi... estupidez. —Contesté correspondiendo a su mal humor.

—Nunca voy a entender a los humanos, dan vueltas alrededor del amor como si fueran ellos quienes lo manejan, como si estuvieran compitiendo

para ver quien se rinde primero. Podría contar con los dedos de una mano cuantos romances históricos de tu mundo fueron verdaderamente ardientes, apasionados y tristemente, ficticios.

—Razón no te falta, estoy de acuerdo. Quizás la respuesta a tu pregunta sobre mis romances es justo lo que acabas de decir; Nunca tuve ganas de dar vueltas alrededor del amor como en una guerra. Un filósofo de mi mundo, dijo que el amor es ver la debilidad en la otra persona, y en lugar de avanzar contra ella, como en la guerra, se defiende a la otra persona y se muestra la debilidad propia, esperando que la otra persona tampoco dispare. Pero esto nunca es puesto en práctica allá... sino todo lo contrario.

Dime, ¿Cómo son los romances élficos?

—Nada que tu o tu especie conozcan realmente. Pero después de tantos años observándote, sé que es algo que tú desearías. Los elfos no conocemos los celos, ni la inseguridad. Rara vez se dan desamores, ya que cuando alguien se enamora entre los elfos, no hay dudas de que sea completamente sincero. En la historia de millones de años que llevamos en Atlis y en los mundos élficos, ha habido un solo caso de adulterio, un humano casado con una elfa fue el culpable.

—Tienes razón en cuanto a que es algo que realmente deseo. Mi juventud y mi capacidad de enamorarme rápidamente me impidieron vivir tranquilo mientras duraron mis amores correspondidos, por pocos que hayan sido. Cansé a mis más cercanos amigos hablándoles de ellos, hasta que quedé solo con mi dolor. Entre whisky y humo de tabaco pude olvidarme, pero no puedo decir que lo superé.

—No todo es tan grave, si bien los humanos no siempre van a encontrar el amor con ochenta años, o con cien, tú todavía estás claramente a tiempo.
—Dijo notando mi claro desánimo a raíz de la conversación.

—No es algo por lo que me preocupe a menudo. —Dije preparando mi petaca de whisky.

—No es necesario que hagas eso.

Fue una charla larga y bastante emocional. Todo lo que hablamos fue sumamente profundo, pude contarle mi vida entera a lo largo de aquel día, ya que no he vivido tantos años. Pero para que Resande me cuente su vida entera, habríamos necesitado algunos años, ya que dos mil cuatrocientos cincuenta y ocho años no se pueden contar en una noche, una semana, un mes y ni siquiera en un año, al menos en nuestro mundo. Resulta que para los habitantes de Atlis, nuestro mundo se llama

“Tumundo”.

Hablando largamente, nos alcanzó la noche. Ya que mi reloj no servía en Maailmamme, Resande me explicó cómo se cuentan las horas en esa región de Atlis, ya que la superficie sobre la cual estábamos no era un planeta esférico, sino una porción aislada de tierra flotante, no hay un sol que da vueltas alrededor de los mundos, sino que los soles son seres vivos que tiene romances con las lunas. Si en algún momento estos seres necesitan verse con sus compañeros de otros mundos, cubren de nubes el cielo que les fue asignado y completan sus amores en pasiones que explotan en luces gigantes, visibles desde todos los puntos de Atlis.

Cuando tuve acceso a los mapas de Maailmamme y otros mundos, pude comprender que son continentes flotantes, ampliamente mayores a los de nuestro mundo, así que explorar Atlis me iba a llevar un tiempo largo, pero aún falta para que pueda contarte eso.

Al despertar, descubrí que aún era de noche, así que volví a dormir. Mi intento fracasó, ya que Resande me estaba levantando las mantas que usé como cama.

—¿Qué haces? Es de madrugada todavía. Quiero seguir durmiendo un poco más.

—Dormiste suficiente y hay que seguir viajando, Valittin, lo lamento.
—¿Qué hora es? —Pregunté malhumorado a causa del sueño que sentía en ese momento.

—Las diez de la mañana. — Me pareció una respuesta notablemente extraña, ya que el cielo era espectacularmente negro y lleno de estrellas. Luego Resande me explicaría que no eran estrellas, sino las luces de las casas, lunas y seres de otros mundos que se divisaban en el cielo de Maailmamme, que durante el día se veían como imágenes transparentes del cielo brillantemente celeste de aquél lugar.

—¿Cómo pueden ser las diez de la mañana si es claramente de noche?

—Aquí un día dura 60 horas de tu mundo. —Dijo Resande con tono risueño.

—Siempre soñé con eso. —Recordé la frase de Abraham Lincoln “Ciertamente 24 horas no alcanzan para aprovechar un día”. Ese sueño mío se cumplía en Atlis. Podía despertarme, leer, tomar café, almorzar, dormir siesta y tan solo habría transcurrido menos de un cuarto de día. —

—No me gusta pasar demasiado tiempo en tu mundo. Viven sumamente apurados y no disfrutan tanto como se podría, además... —Hizo una

pausa— mueren muy pronto.

Me quedé en silencio mientras Resande levantaba el campamento que prolijamente había levantado la noche anterior... quiero decir, unas horas antes. Después de unos minutos de emprendido el viaje nuevamente, se me ocurrió preguntar nuevamente por el viaje.

—¿Cómo puede ser que no nos hayamos cruzado a nadie durante todo el día de ayer? —Pregunté mientras encendía mi pipa.

—Nadie viene por estos lugares, hay un Evig a unas horas de donde entramos.

—¿No les gustan los Evig?

—No. Dado que normalmente los humanos atraviesan involuntariamente estos puentes, la mayoría de los Evig han sido obstruidos y se prohibió acercarse a ellos.

—¿No es más fácil cerrarlos?

—¡No! —Dijo Resande exaltado y enojado. —¡Es un sacrilegio! Nadie sabe quién abrió los Evig, ni cómo, ni porqué, cerrarlos sería una verdadera locura.

—Está bien, no lo sabía, cálmate. —Dije intentando no enojarme yo también

—Los únicos que han cerrado Evig fueron los Traidores. Seres malignos, rebeldes a las Grandes Leyes Naturales de Atlis que partieron hacia tu mundo para ser adorados como dioses por los humanos. Tomaron formas de animales y hablaron a los hombres para que los adoren. Torpemente cerraron sus Evig creyendo que eran los únicos puentes que existían, para su desgracia, estaban equivocados. Fueron atrapados y encarcelados en el fondo del océano de la Tierra.

—¿Es por culpa de ellos que los humanos son despreciados aquí?

—Pregunté convencido de que tendría oportunidad de caerle bien a alguien.

—No. Es por culpa de los humanos que ellos corrieron esa suerte. Pasar demasiados años con humanos insensibles a la magia verdadera puede corromper el corazón de aquellos que venimos de Atlis y sus mundos y

hacer nacer la maldad en ellos.

—¿No hay maldad en Atlis? —Comenzaban a molestarme los constantes comentarios negativos hacia mi raza, pero cuando pensaba un poco, sabía que tenía razón.

—Si la hay, y es claramente peor que la de tu mundo. Pero está prohibido hablar de eso. Nadie conoce realmente su origen, pero no es como la maldad en tu mundo. Cuando sucede aquí, arruina mundos, los destruye.

También hay otra maldad, los esposos que golpean a sus esposas, padres que maltratan a sus hijos y gobernantes que dan tratos injustos a sus súbditos. Como el Concilio.

—Ya veo. Aquí también existe lo que a mi gente y a mí nos gusta llamar "Depravación Total".

—Tienes suerte de que estemos en Los Jardines, nadie se permitiría escuchar estas cosas en la ciudad.

—Resande, ¿Nadie viene a Los Jardines? ¿Cuántos son? —Pregunté por curiosidad.

—Nadie viene aquí porque es un lugar sagrado. La gente común no se acerca a estos campos por respeto. —Dijo Resande mirando hacia atrás.

—¿Respeto? —Pregunté

—Si. Respeto. Los Jardines son los lugares donde transcurren los sueños de los niños de todos los mundos. Sus corazones los transportan hacia aquí mientras duermen. Pueden jugar ilimitadamente. Verás Valittin, los niños de tu mundo llegan a ser reyes en los distintos mundos y reinos de Atlis. Son los únicos con la certeza de fantasía que se necesita para reinar aquí. Te sorprenderá saber que muchos reinos de los que visitarás están gobernados por niños humanos. Quizás tus sobrinos estén aquí ahora. Para ellos sus sueños duran algunos minutos de sus horas de sueño. Pero aquí, sus reinados duran años. Lamentablemente lo olvidan al crecer.

—¿Cuántas veces fui rey en Atlis? —Comenzaban a agradarme cada vez más las cosas que escuchaba.

—Miles de veces. —Dijo— Al igual que muchos otros humanos.

—Ya veo, eso disminuye mi ego.

—Pero hay algo con la gente que es como tú. Ellos siguen viniendo a estos campos incluso durante la adultez y sus sueños se vuelven cada vez más reales. Has traído a tus amores más grandes a Atlis. Vienes aquí a visitar a tus seres queridos, incluso a tus mascotas. Dios mismo se te ha

presentado aquí algunas veces.

—Resande, dijiste que estuviste veinte años observándome, ¿Cómo puede ser que sepas lo que pasaba conmigo aquí, si estabas observándome allá?
—Me había incomodado un poco saber que Resande tenía conocimiento de mis sueños—

—Como Rajenta puedo abrir tantos Fortært como quiera. Ya que nadie viene a Los Jardines, nadie lo sabe.

Todavía estábamos hablando entre nosotros cuando una criatura negra y horrible, parecida a un perro desnutrido saltó sobre Resande. En el momento exacto antes de caer al piso, Resande pareció explotar en una nube de polvo que se trasladó a espaldas de la bestia que lo atacó. Mientras se movía en forma de polvo, lo único que se veía del elfo eran sus ojos, parecían luces de neón azul. El enojado elfo en cuestión de tres segundos sacó de su cintura dos cuchillos que no había notado hasta entonces y los clavó en la cabeza de la bestia que cayó muerta en ese instante.

—¡Wow! ¿iQué fue eso!?! —Dije recogiendo mi pipa, que se había caído en el momento del ataque.

—Era una pesadilla. Duermen en las fronteras de Los Jardines y atacan a los niños que vienen demasiado preocupados. Pero no tienes que preocuparte, son entes solitarios y no suelen ser más de uno.

—Dime Resande, ¿A dónde van los habitantes de Atlis cuando sueñan?
—No lo sé, si lo supiera, ya habría hecho un Fortært hacia aquel lugar y no habría vuelto nunca. Es más, si llego a saberlo, es lo que haré.
—Contestó el elfo mientras en sus ojos brillaban chispas de emoción.

—Algo me dice que no disfrutas tu tarea de Rajenta. —Dije rascando mi barba.

—Y no estás equivocado Valittin, ¿Quién podría disfrutar ser elegido desde el nacimiento para tal tarea? ¿En qué corazón cabe la idea de que algo así sea deseable para un ser libre? Ciertamente quiero casarme, tener hijos, nietos, una estirpe. Conquistaría tierras, formaría mi ejército y me rebelaría contra El Concilio y su tiranía. —Sus ojos se encendieron de nuevo.

—Veo que el fascismo también se da aquí. —Dije con una notable tristeza.

—Los hombres aprendieron del Concilio. Ellos operan en tu mundo, son el lado maligno de Atlis, es de donde los monstruos humanos sacan fuerzas e ideas para las dictaduras de aquél lugar. No debería sorprenderte que todos sus miembros sean humanos.

No contesté. Me limité a fumar mi pipa mientras caminábamos. Por fin habíamos salido de Los Jardines. El pasto ya no era de una coloración con infinitas variables. habíamos llegado a un río angosto que separaba Maailmamme de Los Jardines, en ese momento descubrí que Los Jardines eran una isla.

—Resande, ¿no podías abrir un Fortært desde donde caímos hasta nuestro destino? —Dije algo molesto de caminar.

—Los Fortært están prohibidos en Maailmamme, llegamos a esa distancia porque el Evig de Los Jardines es lo más cercano que tenemos aquí a un lugar despoblado. —Dijo Resande.

—Ya veo. —hubo silencio por algunos minutos— Antes hablaste de “Transporte”, ¿A qué te referías? —Pregunté

—Lo verás en un segundo. Apenas terminó de hablar, corrió desde donde estábamos hacia el río, saltó y con el clavado más prolijo que vieron mis ojos, se zambulló en él. Pasaron cinco minutos aproximadamente hasta que Resande salió montando un horrendo, espeluznante, oscuro y claramente agresivo ser.

—¡Yo sé lo que es eso! —Dije temblando. —¡Es... ES!

—¡Es un Kelpie, Valittin! —Dijo el elfo entre risas y gritos.

Era un Kelpie. Un caballo marino de la mitología celta según lo que yo sabía. Estos seres se dedicaban a comer el ganado que pastaba en los ríos, pantanos y arroyos, así también niños, adultos y ancianos. No era algo agradable de ver cara a cara. Según Resande no son seres agresivos si están domesticados, el mito de su agresividad surge de aquellos que atacaron humanos en la tierra. Por mi parte, hasta el día de hoy, cuando voy a Atlis de visita o vacaciones, no confío en estos seres.

—No esperarás que monte eso, ¿O sí? —Pregunté preocupado.

—Me extraña de ti, compañero. Toda tu vida has querido ver esto. —Dijo

con fuego en sus ojos. —Pero no espero que montes a este, capturarás uno para ti. —Exclamó mientras me arrojaba uno de sus cuchillos desde los lomos del ser marino.

Noté que Resande disfrutaba gratamente cualquier momento de exaltación de ánimo, cualquier aventura lo sacaba de su ensimismamiento. No cualquiera se comporta así a los dos mil cuatrocientos cincuenta y ocho años de edad, y mucho menos captura un Kelpie a esa edad. El elfo tenía razón, toda mi vida había esperado ver algo así. Fue en ese momento cuando comprendí algo más de la naturaleza humana; ansiamos ver cosas que jamás vimos o veremos (a menos que estemos en Atlis) pero cuando estamos cerca de verlas, o se nos presentan argumentos sobre su existencia; desconfiamos y tememos ¡Cuanto más cuando finalmente las vemos! Lo mismo pasa con el amor. Nos enamoramos, ansiamos estar unidos con esa persona, pero cuando estamos cerca de un beso o una confesión; desconfiamos y tememos ¡Cuanto más cuando finalmente se da! Los elfos por lo general no conocen estas presiones, ellos conviven con estos seres mitológicos, sus romances son puros y sinceros, sus seres queridos no mueren con tanta frecuencia como los nuestros. Pero Resande conocía algo parecido, yo se lo atribuyo a la cantidad de años que pasó en la tierra. La tragedia humana sobre la que escribieron Salomón, Nietzsche y Moliere, es contagiosa a seres tan longevos. Intenté ignorar mis dudas y desconfianzas de este momento y me arrojé al río con el cuchillo en la boca. No era lo que uno esperaría al lanzarse a un río, dado que podía respirar, lo cual hizo todo mucho más fácil. La profundidad fue otro de los factores que me sorprendieron, ya que era como campo de kelpies corriendo libremente bajo el agua. Nadé hasta el lecho del río y comencé a perseguir a un Kelpie de color azul claro, con crines celestes, parecía más joven que el resto, pero igualmente mortífero. Después de una larga batalla, logré aferrarme al cuello de mi presa hasta que pude dominarlo y llevarlo a la superficie. Ciertamente terminé mi tarea agotado, al igual que el kelpie.

—¿Y ahora que, Resande?

—Ahora vamos a navegar a bordo de nuestros amigos, en algunas horas llegaremos a una aldea.

Capítulo 3

3

Corazones

Después de algunas horas navegando sobre los kelpies, llegamos a las orillas congeladas de una playa con la arena más blanca que había visto, parecía nieve. Dejamos ir a las bestias que estábamos cabalgando. Al cabo de aproximadamente media hora caminando, llegamos a una aldea con calles de piedra, al igual que las casas. Esta pequeña localidad presentaba un paisaje maravilloso, su arquitectura era algo que solo había visto en sueños hasta ahora, usaban triángulos en sus fachadas, círculos en sus chimeneas, y formas que a primera vista resultaban irregulares, pero, al observarlas con atención, presentaban una proporción maravillosa. Los habitantes de aquel poblado eran gente con culturas parecidas a las humanas, pero vivían como si no supieran lo que es el tiempo. Pude observar entre sus edificios un pequeño edificio de índole religiosa.

—¿A quién adora la gente aquí? —Le pregunté a Resande.

—Al mismo que tú y tu gente. —Contestó.

—¿Cómo puede ser? ¿Acaso la religión no es algo de mi mundo?

—¿Has leído "El hombre ilustrado", del humano llamado Ray Bradbury, Valittin?—Preguntó el elfo.

—Sí, ¿Por qué?

—En aquel libro existe un capítulo conocido como "El Hombre", ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, ahora entiendo cómo funciona. Y supongo que la entrada de humanos en este mundo también tiene su parte en eso, ¿No es así? —Dije mientras caminábamos.

—Así es. Además, El Hombre ha llegado en distintas formas a otros mundos de Atlis, algunos hablan de un león, otros hablan de otras cosas, tú lo sabes bien. Aun así, no existe tal cosa como "La religión". El sistema que oprime a los seres libres en nombre de una divinidad, aquí no es otra que El Concilio. Para estas personas el amor, la paz y la libertad de conciencia son los valores máximos por los cuales llegar a una deidad.

—Dijo Resande mientras entrábamos en lo que parecía ser un bar o una

taberna.

—Ya veo, ojalá en mi mundo aquellos elementos se dieran de esa forma. Los intereses bélicos, económicos y egoístas de individuos poderosos les han ganado a los verdaderos valores de los textos sagrados. —Dije con tristeza a la vez que elegíamos una mesa. —Dime Resande, ¿las demás religiones también existen aquí? ¿Los seres de este mundo tienen deidades propias?

—Así es, si buscas cristianos, judíos, musulmanes, taoístas, budistas o ateos, los encontrarás en Atlis. Además de estos cultos, hay gente aquí que sigue a los dioses nativos. Tus creencias no son de origen humano Valittin, has pasado demasiado tiempo en Atlis de niño.

—Entiendo. Él también se ha presentado aquí.

La persona que nos atendió era una joven habitante de aquella aldea. No era elfa, no era humana, sus cabellos eran del color de las naranjas más brillantes que crecían en los jardines de la Duquesa de aquella parte de Atlis, su piel era del color rosado más pálido, casi llegando a blanco. Sus ojos eran dorados como el sol de Atlis, y su voz, Dios santo, su voz era como el sonido de la flauta de pan más dulce que Resande podía fabricar, ya que además de ser el orfebre real, era un excelente lutier. Quedé tan fascinado con la apariencia y la dulzura de la voz de aquella joven, que todo el mundo alrededor, pareció enmudecer, al menos hasta que un chasquido de los dedos de Resande frente a mis ojos me sacó de mi trance.

—¿Von hatia dubé parisú?. —exclamó la hermosa joven.

—Parisú dol Valittin, kofe ærtes midamuna halta. —contestó el elfo.

—Hiim... Valittin. —Dijo la joven mientras me sonreía. —Kofe ar Valittin.

—dijo emocionada la dulce mujer.

—Café y dos saladas por favor. —Dije yo desubicadamente.

La joven me miró extrañada durante algunos segundos y soltó una carcajada feliz y muy dulce, mientras se marchaba para lo que parecía ser la cocina

—¿Que te dijo? ¿En qué idioma hablaron? ¿Qué le dijiste de mí? ¿Quién

es? ¿Que...?

—Cálmate Valittin. Me preguntó a quien había traído esta vez. Hablamos en Kunkili, la lengua de la luna. Le dije quién eras. Es la hija del dueño de esta taberna. Le pedí café y dos medialunas saladas. —Dijo Resande con un tono desagradable.

—¡Es hermosa! Pero dime; ¿qué es el lenguaje de la luna? ¿esa chica viene de la luna?

—Este poblado entero se formó a partir de exploraciones que tenían las lunas y soles de un mundo lejano. Esta gente desciende de ambas razas. —Dijo Resande mientras cerraba los ojos cansado del viaje.

—¡Wow! ¿Eso quiere decir que ella tiene sangre de soles y lunas en las venas? Seres astrales de Atlis en su estirpe. —Dijo aún más entusiasmado.

—Así es. Necesitamos pasar por aquí a causa de los poderes de su gente. —Dijo Resande con toda naturalidad, pero encendiendo la emoción de a poco.

—¡Poderes! ¿Qué poderes? —Pregunté casi gritando.

—Dependiendo del estado de los corazones de estas personas, ellos asumen la forma de un ser de fuego al estar emocionados, llenos de alegría, enamorados o extasiados por algo. Pero al deprimirse, dudar, llorar o sufrir, se vuelven fríos, como hielo.

—Supongo que será útil para nuestro viaje, a la hora de defendernos. —Dijo con una amplia sonrisa.

—Ella no viene con nosotros. Es su hermano a quien necesitamos. —Dijo Resande con una irónica actitud. —Veo que te interesa la joven, querido Valittin. No te recomiendo que te enamores aquí, pues tarde o temprano completaremos nuestra misión o moriremos en el intento, y en esos casos, o vuelves a tu mundo o vas al otro mundo.

—Mi mundo me cansó, el utilitarismo reinante y la falta de emoción en la gente me han llevado al hartazgo. Quiero vivir aquí, casarme aquí, trabajar aquí, disfrutar aquí. Además, ¿Qué quieres decir con eso de que "moriremos en el intento"? ¿Tan peligroso es dejar la caja en el lugar al que pertenece? —Esto comenzó a afectarme negativamente.

—Supongo que debí explicártelo mejor —Dijo Resande secamente— Yo dejé la caja allí para que tú la encuentres y así tener una excusa para que

vuelvas aquí. Pero mis motivaciones contigo son otras.

No dije nada durante un rato, me sentía mal, usado, pero, por otro lado, estaba en Atlis, el lugar que siempre había soñado, y en Atlis estaba todo lo que siempre había soñado. Otra vez estaba enfrentando un riesgo y en mi mente suscitaba la misma premisa que surgió cuando vi al kelpie emerger del agua; deseamos grandes cosas, maravillas, magia, y cuando está frente a nosotros sucumbimos ante las dudas y el temor, al igual que en el amor. Finalmente reuní coraje, miré fijamente a Resande y dije;

—¿Cuáles son las motivaciones? Intenta no omitir detalles.

—Los Rajenta rebeldes nos encontramos en un espacio independiente del Concilio para buscar una solución a este castigo que ellos nos han impuesto durante siglos. —Dijo Resande mientras levantaba los brazos de la mesa para que la maravillosa joven nos sirviera el café.

Los humanos que conforman El Concilio de Todos los Mundos de Atlis no siempre estuvieron aquí. Antes de que los Traidores cerraran sus Evig, dejaron pasar humanos por ellos, estos humanos fueron adorados como dioses aquí en Atlis, al igual que los Traidores en tu mundo. Naturalmente, mueren, son humanos, son débiles ante el tiempo, así que han formado su propia sociedad y se reproducen entre ellos, argumentando que esa es la pureza de los dioses y dejando así a sus hijos a cargo de sus puestos en la Mesa Áurea, que ellos usurparon.

—Muy bien, ¿Y esto qué tiene que ver conmigo? —Inquirí mientras mordía una medialuna.

—La única especie capaz de detener a los humanos, son los humanos, es por eso que El Concilio prohibió los Fortært de los Rajenta y bloqueó los Evig. Por temor a una revuelta total.

—¿Y qué tiene que ver la caja? —Debo admitir que estaba comenzando a emocionarme la idea de la revolución.

—La caja es el motivo por el que fui a tu mundo en primer lugar. Aún no se habían bloqueado los Evig más alejados, así que escapé de aquí en el momento que tuve oportunidad. Me encontré en Inglaterra, en medio de Stonehenge, cubrí mi identidad y me aproximé a la civilización.

Estaba paseando por una calle con muchas tiendas de antigüedades y vi la caja, con la inscripción de mi lengua, "Mavalla". Solo había leído de aquél artefacto en libros. Por lo que me dijo el vendedor, la caja había

llegado a Inglaterra luego de que un soldado inglés la tomara de un oponente derrotado que habría encontrado la misma en Malvinas. Cuando por fin pude descubrir en qué parte de tu mundo se encontraban las marcas que veía en el mapa, resultó que era en Argentina, la tierra de dónde vienes tú.

Debes saber que las civilizaciones americanas mantuvieron contacto con Atlis durante más tiempo que las demás, ya que fueron conquistadas por las fuerzas europeas mucho después. Mientras que en Europa ya habían sido bloqueados los primeros Evig, en Sudamérica aún vivían elfos, ninfas, dragones y uno de los Traidores, Quetzalcóatl, había criado hijos suyos; enormes serpientes emplumadas que resguardaban los Evig de las pirámides mayas.

Todos los seres de Atlis que convivían con aquellos humanos fueron asesinados junto con aquellas civilizaciones para que no revelasen en Atlis la bondad y riqueza alcanzada cuando ambos planos conviven. Los pocos que consiguieron resistir, usaron el tiempo que tenían para ocultar los Evig que pudieron.

Mis planes eran visitar los puntos del mapa, pero viajando por Argentina, te descubrí a ti, vi como abrías Fortært hacia Los Jardines al dormir, y comencé a observarte, luego comencé a seguirte en tus sueños, te defendí de las pesadillas mientras fuiste niño, te vi crecer, luego, pasó lo de Escandinavia, descubriste un Fortært antiguo que había sobrevivido al Concilio, encontraste los huesos de Fafnir y Gram, la espada de Siegfried, luego fue el gran desastre. Pero nada de eso importa, debes saber que existen doce dagas... —Resande hizo una pausa.

—¿Por qué dejaste de hablar? Ya sé que cerraste el Fortært y mi carrera se arruinó, pero no me importa, estoy aquí, todo esto vale más que la arqueología. ¿Y qué es eso de las dagas?

—No somos los únicos en este lugar. —Dijo mirando a los demás comensales.

—Pero ellos no nos entienden, ¿O sí? —Pregunté un poco despreocupado. Pero en realidad, cuando Resande mencionaba las palabras "Evig", "Fortært", "Fafnir" o "Tumundo", algunos se retiraron, y otros simplemente nos miraban horrorizados.

—No entienden español, pero sí algunas palabras en nuestra conversación, las palabras adecuadas como para encerrarnos en un Fortært que no va a ningún lado. —Dijo Resande con tono de preocupación.

Luego de llamar a la adorable camarera de dorados ojos, intercambiar algunas confusas palabras, Resande le entregó lo que parecía ser dinero, unas pequeñas piedras rojas en forma de cubo.

En el momento en que estábamos a punto de atravesar la salida de aquel lugar, una mano me tomó por la espalda y me tiró al piso violentamente. Cuando vi quien había sido, resultó que era un enorme, peludo y grotesco ser que nos venía mirando feo desde que entramos al lugar. Había estado bebiendo una bebida

marrón, parecía barro de río.

—iVITTU! iEPAKOTE! iJEKVER UKSNING! —Dijo el agresor

No me hacía falta comprender su idioma para saber que me estaba insultando, ya que yo estaba en posición horizontal en el piso, sobre mi espalda, y él estaba sobre sus dos gruesos, enormes y apestosos pies, me encontraba en desventaja, bastante atemorizado y tembloroso. Más asustado y tembloroso estuve cuando vi que levantaba uno de sus pies con la clara intención de aplastar mi cabeza.

—¿Dónde está Resande? —Era lo único que oía de mis pensamientos. Mientras pensaba dónde estaba mi compañero, tuve tiempo de rodar hacia uno de los lados para evitar morir aplastado, me incorporé y le asesté un poderoso golpe en la cara a aquel maleducado ser, pero lejos de caer sobre su espalda, me devolvió el golpe, así que volé por los aires. Mientras estaba suspendido entre el techo y el piso de aquél lugar de piedra, pensando cuánto me iba a doler, fui atrapado por las manos más cálidas, suaves y brillantemente engeguecedoras que había conocido. Aquel ser de luz me dejó sobre mis pies nuevamente, y se precipitó contra aquella bestia horrenda, causando que la embestida lo empuje y estrelle contra una pared. Fue en ese momento cuando una nube oscura con dos brillos azules que parecían fuego se acercó a toda velocidad a aquel monstruo, se oyó un silbido perturbador y el monstruo salió expulsado por la ventana más cercana, llevándose consigo parte de la pared. El resplandor engeguecedor era la camarera en su forma de sol, y la nube oscura era Resande en su forma de elfo perturbador.

—¿Estás bien Valittin? —Dijo mi tardío compañero.

—Sí, creo que sí. —Dije tratando de no hacer evidente frente a la joven mis lesiones, producto del golpe de aquél granuja.

—Oh, qué alivio. —Dijo ella, que para mi sorpresa sí hablaba español.

—¿Nos atacó por descubrirnos, Resande? —Pregunté nervioso.

—Nada de eso, se enojó porque no saludaste al entrar. Nadie va a notar que eres humano, nadie aquí sabe cómo son los humanos. Piensan que eres del Palacio del Concilio. Preocúpate por eso cuando estemos cerca de la capital de Maailmamme

—Hablas español ¿Tú también viviste en mi mundo? —Le pregunté a la joven.

—No, pero conozco a Resande desde hace un tiempo, él me enseñó todo lo que sé sobre Tumundo. —Dijo ella con una sonrisa amistosa.

—¿Cuál es tu nombre? Y ¿Cuánto es “hace un tiempo”? Porque Resande tiene muchos años, demasiados diría yo. —Dije intentando hacerla reír.

—Me llamo Auri Tuli Palenko, pero Aurili está bien. —Dijo mientras reía, mi chiste sobre la edad de Resande había funcionado. —Conozco a Resande desde que nací, mi edad en equivalencia a los años humanos es de 20.

—Auri, necesito hablar con tu hermano. —Dijo Resande seriamente.

—No está, le asignaron cuidar un Fortært que al Rey del Sol Mayor se le ocurrió abrir desde su palacio hasta el palacio de su hermano. —Dijo ella con indignación. Volviéndose a su lado frío.

—Entonces tendrás que acompañarnos. —concluyó Resande.

—No será posible, mi padre aún me necesita para atender el negocio familiar, desde que mi hermano fue llamado, soy la única que quedó a cargo y él es demasiado anciano como para ocuparse solo. —Dijo ella mientras oscilaba entre el frío y la normalidad.

El viejo Brann Tuli, el padre de Aurili, era el jefe de aquella pequeña aldea. Había fundado la taberna para que sus habitantes tuvieran un lugar donde reunirse. El viejo habitualmente estaba sentado en un trono de piedra gigante. Tenía un aspecto muy solemne, y de acuerdo a como se encontraba su corazón, cambiaba en tres variables. Una era un sol gigantesco que iluminaba la sala, ya que su padre era un genuino Sol, los dorados cabellos y su ondulada barba, se convertían en fuego, y sus ojos,

contenían el fulgor de un amanecer en uno y un atardecer en el otro. Cuando reía, sus sirvientes danzaban alrededor de él con alegría, bebiendo y jugando. Cuando se enojaba, no quedaba nadie que no estuviera atemorizado al presenciar aquella explosión de calor. Pero si el viejo Brann estaba triste, la herencia de la luna que fue su madre brotaba en él y toda la aldea, incluso las orillas del río que la conecta con Los Jardines, se congelaba y la gente no salía de su casa debido a la tristeza contagiada por el gigante, que en esas instancias se transformaba en una enorme estatua de hielo cósmico. En cambio, cuando el enorme anciano estaba en un estado de ánimo neutral, era muy parecido a un humano, aún inspiraba respeto máximo, por supuesto, pero su estatura disminuía, sus cabellos no estaban suspendidos en el aire, sino que sucumbían ante la gravedad. Sus ropas, lejos de ser polvo solar o polvo estelar dependiendo del estado de su corazón, eran simplemente ropas de tela. Sus cabellos eran una combinación maravillosa entre rojo anaranjado y blanco de canas. Entre todas sus arrugas y manchas hepáticas, aún se divisaba la personalidad jovial y explosiva de un sol.

Aurili nos acompañó hasta la sala del trono de su padre. Allí estaba el viejo Brann Tuli, una estatua enorme de hielo. Sentado en su trono, medía al menos cuatro metros. Traduciré toda conversación que esté en otro idioma para que sea más entendible;

—Padre, Resande el Rajenta de Maailmamme está aquí. —Dijo Aurili

El enorme bloque de hielo cósmico se estremeció y abrió los ojos, que, al mirarlos fijamente, reflejaban lo que uno normalmente ve desde su telescopio si mira al cielo.

—Alto Elfo de los bosques centrales de Maailmamme, dime, ¿Has venido en busca de mi hijo mayor? Y ¿quién es este hombre que te acompaña?
—dijo el enorme y helado ser.

—Saludos ilustre Brann Tuli, Señor de las tierras orientales, soberano sol de Los Jardines, Hijo de Helión y Muna. —exclamó Resande —Está usted en lo correcto, he venido en busca de vuestro primogénito príncipe y heredero de estas tierras y de vuestro trono. Pero la joven Auri me dijo que le fue encargada una tarea en reemplazo a un Rajenta.

—No le fue encargada la tarea de un Rajenta, fue nombrado Rajenta de las tierras del Sol ya que el anterior escapó de su servicio. Lo encontraron y le dieron muerte. —Dijo con gran tristeza mientras el ambiente se ponía aún más frío.

—Ya veo, así que hasta aquí llegó el dominio del Falso Rey del Sol. —Dijo Resande poniéndose otro abrigo además de los que tenía.

—Así es. Aquel humano traidor ha dado muerte a numerosos soles y lunas solo por su profana diversión.

—Ya veo, así que es por eso que Brani no está aquí.

—Dime Resande, ¿es este Valittin? ¿O es un humano que has traído desde la capital? —Dijo el gigante con genuino interés.

—Él es. Él ha sido rey en Los Jardines mucho más tiempo que cualquiera de los que llegaron antes que él. —Dijo Resande mientras me miraba para que me presente.

—Aquí me llaman Valittin. He venido por medio de Resande. —Dije yo mientras Resande se encargaba de traducir toda la conversación a la Lengua de la Luna.

—Bienvenido, Valittin. Veo en tus ojos, joven, que has recorrido Los Jardines durante muchos años, incluso más que la mayoría de los de tu especie.

—Así es, aunque, al haber transcurrido aquellos lugares en sueños, no tengo los recuerdos muy patentes. —Contesté

—Señor Brann —Dijo Resande— Valittin ha sido traído a nuestro mundo para ayudarnos a derrocar al Concilio y restaurar el gobierno autónomo de los habitantes de cada mundo. Ha leído muchos libros escritos por humanos que han estado aquí antes que él. Mi ausencia se debió al tiempo que dediqué a observar su vida y sus sueños.

—Entiendo. Ahora comprendo que elegiste un compañero de viajes digno de la tarea. Ya que mi hijo no los podrá acompañar, deberán viajar con Aurili. Me gustaría poder enviar una cohorte de guardias, pero recientemente El Concilio ha ordenado que todas las guardias de cada reino existente dentro de este universo, deben formar parte de la guardia de la capital.

—Ya veo. No podremos viajar con una legión. —Dijo Resande mientras sus ojos mostraban como desarmaba un plan para armar otro.

—Auri, llama al capitán Sverdlid. —Ordenó Brann.

Al cabo de unos quince minutos, entró Aurili acompañada de aquél hombre. El capitán de la guardia era un soldado antiguo, con años encima, parecía bastante viejo, pero de esas personas que por más que tengan setenta años pueden seguir comportándose como un joven de veinte.

—A sus órdenes Lord Brann. —Dijo el capitán. —Saludos Elfo. Saludos Valittin... —Agregó reverenciándonos.

—Saludos capitán Sverdlid. Le he mandado a llamar para que escolte a nuestros invitados a la armería oculta de nuestro pueblo. Deles lanzas, espadas y escudos. Y prepare una cohorte de los mejores jóvenes bajo su mando que hayan quedado.

—A sus órdenes señor. —Dijo Sverdlid y se retiró con nosotros detrás.

Fue así como nos dirigimos a la armería con nuestra guardia personal de jóvenes rebeldes para acompañarnos en el camino.

Capítulo 4

4

Armería

El capitán Sverdlid nos llevó hasta una pared adornada en el fondo del depósito de la taberna. Dio 3 pasos al frente y desenvainó su cuchillo de color dorado, se posicionó en cuclillas y trazó en la pared algunas letras solares y un círculo. Al terminar, clavó su cuchillo en medio del círculo. Acto seguido desenvainó su cuchillo plateado y realizó la misma tarea. Tomando ambos cuchillos, comenzó a moverlos como si fueran picaportes. El dorado en circunferencia hacia abajo y el plateado hacia arriba. En ese momento toda la pared se sacudió y se abrió la puerta oculta que coincidía con los trazos de Sverdlid.

Entramos en la armería. Era un depósito subterráneo gigante que estaba conectado con un túnel que daba hacia el exterior, tan grande que no se veía el fondo desde la entrada. Por lo que nos dijo el capitán, bajo el piso donde nos encontrábamos había tres pisos más con armas, escudos y armaduras. El piso donde estábamos se encontraba lleno de espadas de fuego inactivas de un lado de la pared y espadas plateadas al otro lado. En medio, se encontraban en fila las armaduras, iguales a la de Sverdlid. Estas armaduras habían sido forjadas en las estrellas más grandes que el cielo podía ofrecer, pero, la condición para poder fabricarlas, era que estuviera llevando a cabo un eclipse solar, a la verdad, una boda entre un sol y una luna. Las armaduras funcionaban tanto en la forma solar de los mestizos como en su forma lunar, podía arder en llamas y corresponder al fulgor del usuario, o reflejar la luz lunar en el cuerpo helado de aquellos seres.

Seguimos recorriendo por un rato más aquel galpón gigante y encontramos toda clase de armas, armaduras y libros.

Una de las armas que encontramos era distinta a todas las demás, era una daga igual a la que había en la caja. Cuando terminamos la aventura de la casa de Brann Tuli, Resande me explicó que esas dagas son usadas para abrir Fortært especiales, invisibles para quienes no posean los requisitos de usuario. Es decir, las dagas son llaves y son diez las que nos faltaban, ya que con la mía y la de la armería de Brann, se completaban

las doce. Una leyenda tan antigua como Atli dice que las doce dagas podían abrir un Evig. Nadie pudo comprobarlo nunca ya que siempre ha habido tres dagas perdidas. Resande y yo sospechamos que una de ellas es la que él encontró en Inglaterra.

En determinado momento, bajando las escaleras hasta el último piso y llegando al fondo, Sverdlid nos ordenó hacer silencio y avanzó con mucha cautela. Resande parecía un poco alterado, pero emocionado por lo que venía, había estado haciendo ruidos con su nariz, así que supuse que olió algo que yo no.

—Valittin, no entres en pánico por lo que viene ahora. —Dijo Resande a mi oído.

—No te aseguro nada. —Conteste nervioso.

Al avanzar algunos metros más, llegamos a la parte más oscura de aquel lugar. Y en el fondo, contra la pared y recostado sobre kilos de monedas y artefactos de oro, un enorme y gigantesco dragón del más oscuro color azul se hallaba dormido en un nido de hielo, encadenado a lo que parecían ser estatuas. Sverdlid avanzó y le gritó algo que Resande no tradujo. La enorme criatura abrió los ojos. Estos, al igual que los ojos de Brann, contenían un vacío estrellado tan profundo que daba miedo verlos directamente. Se veía realmente enojado, no le gustaba estar allí y quería salir.

El dragón se le incorporó sobre sus cuatro patas y con la encadenada cola dio un golpe al suelo que hizo temblar toda la estructura. Extendiendo sus alas, conectadas a las patas delanteras, se desperezó y dio un bostezo colosal abriendo las fauces que daban la impresión de ser la cueva de entrada al mismísimo infierno. La bestia dio unos pasos al frente, arrastrando su vientre en el suelo y moviendo la cola como un gato que juega con una presa. Se detuvo a unos escasos metros de donde estábamos nosotros y clavó su atávica mirada ancestral en mí.

—Valittin. —dijo el enorme dragón. Su voz era como un trueno hablando

claramente, su acento era seseante y extraño.

—Silencio bestia, una palabra más y te corto la lengua, me llevo todo el oro y te mato de hambre. —Dijo Sverdlid

—¿Acaso le dieron oro al dragón? —preguntó Resande

—No. Cuando lo aprisionamos en el nido de hielo, el comenzó a escupir todo ese oro directamente desde su estómago. Criaturas despreciables y codiciosas los dragones. —Dijo Sverdlid con asco.

Los dragones en Maailmamme son destructivos, pero los dragones nacidos en el Sol no tienen comparación, pueden vomitar lava y si tienen el tamaño adecuado, pueden hacer que una montaña sea la base de su nido. Las leyendas más antiguas de Maailmamme cuentan la historia de un dragón colosal que venía del sol más grande, del mundo más enorme de Atlis. Pero dado que había intentado matar al rey de los dragones, fue exiliado de sus tierras y condenado a vagar por las cadenas que conectan los mundos con el Centro de Atlis. Un día llegó a Maailmamme y decidió echarse a descansar en la llanura y usar la montaña más grande de estas tierras como su almohada. Evidentemente este dragón no era tan descomunadamente grande, de otro modo no hubiera cabido en la armería, pero por lo que le dijo Sverdlid a Resande, el dragón media sesenta y dos metros del hocico hasta la punta de la cola y veinte metros desde las garras hasta su punto más alto. La envergadura de sus alas era de ciento cincuenta metros aproximadamente y cada garra media tres metros. Por lo que dijo Sverdlid, era un trofeo de caza de Brann, quien lo había capturado en su forma de gigante solar, ya que estaba aterrorizando la aldea.

—VALITTIN. —Volvió a decir la bestia, esta vez gruñendo
ensordecedoramente.

—Silencio estúpido animal, no te conviene que me transforme aquí. —Dijo Sverdlid ardiendo en llamas.

Yo sabía porque no le permitía hablar. Todo el mundo sabe que los dragones son los seres más astutos, charlatanes y mentirosos que han existido. Ya que los dragones nacieron en Atlis, los que habitaban nuestro mundo antaño eran secuaces, hijos y descendientes del Traidor Nidhöggr,

el masticador de las ramas de Yggdrasil.

—Es hora de tu cena, enorme bestia. —Dijo Sverdlid. —Recuerda el trato, podrás cazar tu comida para ti, mientras no sea gente de la aldea ni su ganado.

—VALIT... —No alcanzo a decir nada, ya que Sverdlid le arrojó una enorme bola de fuego en la cara. Esto lo había hecho rugir salvajemente y sacudirse de su pose de descanso característica de un reptil.

—Te dije que te calles, caza tu comida y vuelve aquí.

El dragón estaba encadenado a las estatuas. Para que saliera a cazar su comida, se abría la gigantesca pared donde dormía el dragón y este quedaba aparentemente en libertad. En realidad, lo que sucedía, era que las cadenas se volvían invisibles y se extendían hasta cierta distancia, en este caso, la justa para que el enorme animal vaya al río, coma algunos Kelpie y vuelva. Si el dragón intentaba irse volando, las cadenas se helaban y lo arrastraban de vuelta hasta su prisión y si tenía como intención esconderse, estas se retraían hasta las estatuas arrastrándolo en contra de su voluntad, violentamente hasta su nido. El nido era de hielo, ya que las bajas temperaturas debilitaban toda la fuerza del dragón.

Mientras lo veía volar majestuosamente hasta el río, se me ocurrió decir:

—Podría ser útil para nuestra causa.

—También lo pensé. —Dijo Resande. —pero es demasiado peligroso como para confiar en él. Podríamos pasar que estemos peleando contra el enemigo y la bestia no distinga entre bandos, o que nos ataque en el camino. —Dijo Resande con cierto pesar. —A menos que... no. Nada. —Concluyó

Mientras veía al dragón brillar a la luz de las tres lunas de Maailmamme, vi como brillaba su color azul. Entonces recordé las viejas leyendas orientales. Decían que el día del nacimiento de Confucio vieron volar sobre su casa dos dragones azules, que, en el folclore asiático, indican el

nacimiento de un personaje notable.

Al volver, el dragón se acomodó sobre su sitio. Me estaba mirando fijo, yo estaba aterrado.

—VALITTIN. —Volvió a decir.

—Déjalo hablar. —Dije a Sverdlid, que ya preparaba otra bola de fuego, mientras Resande traducía.

—Valittin... —Dijo más calmado el dragón. —Tu naciste aquel día... tú eres... tú y yo estamos ligados de por vida... no pertenezco a Brann Tuli ni a Sverdlid. Mi tarea era protegerte en Los Jardines, protegerte de un dragón de pesadilla, un ser tan oscuro y gigante, que no podría ser derrotado por tu elfo guardián... Confía en mí Valittin, me tienen encerrado aquí como si no supiera hablar, como si no pudiera pensar por mí mismo, ellos me capturaron, yo llegué a Los Jardines para protegerte, jamás toqué una sola vaca. Diles que me suelten y yo te protegeré

—Resande, icomend der spokli inmadla! —gritó Sverdlid desesperado. Esto significaba algo así como "Te ordeno que me digas que ha dicho inmediatamente"

—Lo que dijo puede ser verdad. Este dragón puede estar capturado injustamente. Puede haber sido enviado por el Rey Dragón. —Dijo Resande con sorpresa.

—¿El Rey Dragón?, ¿la mayor amenaza para El Concilio? Tonterías. Puras palabrerías astutas de la Gran Lombriz Azul. —Dijo Sverdlid burlándose.

No es que el viejo capitán fuese una mala persona, sino que su edad y su historia lo condicionaron a pensar así sobre los dragones, ya que en su juventud se llevó a cabo una guerra civil entre los Solares y los dragones del Sol Mayor, que concluyó con los Solares expulsados de su tierra natal y dispersados por todos los rincones de Atlis como consecuencia de su derrota bélica a mano de estos gigantes alados.

El dragón, por su parte, se mantenía mirándome fijo, esperando una respuesta de mi parte haciendo caso omiso a lo que había dicho el capitán.

Tuve una pequeña reunión privada con Resande para saber si era conveniente tener al dragón de nuestro lado, en caso de que todo lo que la bestia decía fuese verdad.

—Necesitamos viajar más rápido, sus alas nos servirían de tienda y hasta de casa momentánea, estaríamos librados de un número interesante de enemigos ocasionales. —Dije yo

—Es un riesgo que podríamos tomar. Pero es necesario hablar con Brann y convencerlo de dejar ir su trofeo de caza. No cualquier Solar es capaz de capturar un dragón de tales dimensiones. Además, el Orgullo Solar no tiene límites —exclamó el elfo algo preocupado

—No debería anteponer su orgullo de cazador a la causa que nos motiva —Opiné.

—Pues no es algo que nos incumba realmente. Comienzo a impacientarme, sé que la aventura será aún más emocionante a bordo de un dragón tan grande. Pero tenemos que asegurarnos de poder defendernos si las cosas se salen de control. —Reflexionó mi compañero. —Así que, si Brann Tuli nos concede al dragón, le pediremos también las cadenas que lo atan ya que lo mantienen calmado y dócil.

Hablamos con Sverdlid para aclararle la situación y le permitió a Resande volver a hablar con Brann. Mientras, yo estaba a metros del dragón, lo que me llevó a acercarme a él y tener una profunda charla, entre un argentino y un dragón del Sol.

—Dime tu nombre, dragón, es necesario que nos conozcamos mejor. Si vamos a emprender juntos este viaje, debemos conocernos o cuando menos saber nuestros nombres. —Dije en un ataque de confianza.

—Vlefner es mi nombre, El infierno Azul es como soy llamado, Valittin. Y me encuentro a tu servicio desde el día en que naciste. —Dijo el enorme animal.

—Dices eso, pero, ¿Que tienes que ver conmigo? Nunca en mi vida te he visto.

—Debes saber que los dragones de color azul nacen destinados a presagiar el nacimiento de una personalidad importante. A quien tú conoces como Confucio tuvo sus dos dragones azules y yo, Valittin, salí del huevo que puso mi madre hace millones de siglos solo por el designio eterno de anunciar tu nacimiento y protegerte durante tu vida. Lamentablemente los Evig fueron bloqueados y los dragones tenemos prohibida la entrada al mundo donde te has criado. —Contó Vlefner el Azul.

—¿Eso quiere decir que vas a servirme? —Pregunté aún lleno de dudas.

—No te confundas besøk, aún eres humano y aún soy un dragón. Mi deber es protegerte, anunciar tu nacimiento al tiempo señalado fue una tarea cumplida, ahora solo queda vigilar que tu muerte se lleve a cabo en el momento correcto y también anunciarlo. —Dijo el dragón con el hocico abierto en lo que parecía ser una irónica sonrisa.

—¿Eso quiere decir que, si llega el momento adecuado y alguien me está por matar, tú mismo te vas a asegurar de que así sea? —Dije nervioso.

—No tienes por qué saber nada más sobre estos asuntos. Solo te diré que aún faltan demasiados años como para preocuparte por tu muerte. Hasta entonces, mi deber es protegerte de cualquier daño. Si me liberas me será más fácil y no tendré que destruir la armería y la taberna de Brann Tuli. —Gruñó.

—¿Todo este tiempo pudiste liberarte, ¿no? Supongo que tu carácter de dragón guardián te reprime algunos instintos negativos. —Exclamé jocosamente.

—Hay cosas que no deberías decir pequeño mortal. —Corrigió malhumorado mientras comenzaba a comer oro. —Sabes, Brann Tuli fue siempre un gran asesino de dragones, pero no le guardo rencor, no mató a mis padres ni nada por el estilo. Solo estaba loco. Comenzó a matar dragones porque veía la posibilidad de ser expulsado del Sol Mayor.

En ese momento se acercaban Resande, Brann Tuli y Sverdlid. El caminar del viejo helado anunciaba su decisión. Era obvio que eso iba a pasar, no se me ocurre otra posible variante para resolver el dilema de si dejar ir o no al dragón.

Capítulo 5

5

Ruinas

—De acuerdo enorme bestia, he investigado los antiguos relatos de la historia de tu especie en los Grandes Volúmenes Sagrados del Sol. Confío en que hablas verdad al decir que estás ligado a este besøk a quien llamamos Valittin. Te liberaré a cambio de tu oro. —dijo Brann Tuli

—¡Oh gloriosísimo Rey Tuli, Sol fulguroso de enorme brillo! ¡No tienes una idea de cuán agradecido estoy contigo generosísimo Soberano de Los Jardines, verdadero heredero del Sol Mayor! Indigno es este humilde dragón de vuestras gracias, dejadme que os muestre...

—¡A callar antes de que me arrepienta reptil zalamero! —interrumpió el Solar. —Capitán Sverdlid, abra la puerta y dele las cadenas al elfo.

Mientras Sverdlid abría el enorme portón, Resande guardaba las cadenas de Vlefner, Brann recogía el poco oro que había quedado, ya que el dragón, suponiendo su liberación, había comido más de tres cuartos del total de su oro, para guardarlo en alguno de sus tres estómagos, cosa que Brann Tuli no notó.

Cuando la puerta se abrió, había, esperándonos en formación militar, una compañía de doscientos soldados solares.

El dragón se levantó, sacudió todo su cuerpo agitando todo cuanto tenía a su alrededor, al ver la puerta abriéndose, comenzó a emocionarse visiblemente, y ni bien se abrió lo suficiente, corrió hacia el césped y comenzó a revolcarse en él, escupió algo de fuego y calentó las partes de su cuerpo que estaban contra el nido de hielo.

Era sin lugar a dudas un gran espectáculo ver al enorme reptil alado revolcándose como un perro que pide lluvia, bañado a la luz de tres lunas llenas en un cielo tan enorme. Toda mi vida había deseado ver algo así, y

ahora podía disfrutarlo.

Aquella noche la pasamos bajo las alas del dragón, cuyo abdomen proporcionaba un agradable calor para contrarrestar el frío clima de los campos abiertos de Maailmamme. Los soldados montaban y desmontaban su campamento con una velocidad impresionante, siempre alrededor del dragón. Aprovechando el refugio y la fuente de fuego que era el reptil, Resande construyó un silbato con algunos materiales que tenía guardado. Le explicamos al dragón que, si estábamos distanciados y escuchaba el silbato, debía acudir en nuestra ayuda.

Por la mañana comenzamos el vuelo sobre los lomos de Vlefner, mientras que la legión que estaba encargada de escoltarnos hasta la capital nos seguía montando unos enormes caballos en los que cabían cuatro jinetes cada uno. Por lo que pude hablar con Resande, estos caballos eran de la misma sangre que Bayard, caballo—hada de las historias medievales. Como sabrás, querido lector, a razón de cuatro jinetes por caballo, teníamos cincuenta caballos, o bayardes como se le llama a esta especie gigante, para toda la legión y veinte más para transportar provisiones y alimentos.

Comenzaba a cansarme de no tener idea de que íbamos a hacer a continuación, así que me acerqué a Resande y le pregunté;

—¿Y ahora qué sigue?

—Explorar. Tenemos mucho tiempo aún. —me contestó el elfo con amabilidad y cortesía

—¿Tenemos tiempo para qué? —quise saber, ya que la conversación de la taberna nunca había sido retomada apropiadamente.

—Valittin, ¿recuerdas cuando te dije que la caja era importante? Esas dos ubicaciones del mapa revelan la ubicación de las dagas faltantes. Debemos completar el Mavalla. Ya tenemos una daga y sabemos que la otra la tiene Brann Tuli, ahora solo queda encontrar las que faltan.

—Ya veo, ¿alguna idea de donde están las demás? —inquirí.

—Sí, las antiguas leyendas hablan de unas ruinas de los primeros pobladores de Maailmamme, a pocos kilómetros de aquí. Se cree que en el cofre del palacio que está en el centro de las ruinas se encuentra una de las doce dagas.

—Comienza a sentirse interesante esto de explorar ruinas antiguas, pero, siendo sincero espero una aventura peligrosa, no importa si al final me da miedo, necesito enfrentarme a ese tipo de retos. —dije bastante inspirado.

—¿No será que el hecho de tener un dragón de 60 metros protegiendo tu trasero te inspira más confianza? —bromeó Vlefner

Era la primera vez que escuchaba reír a Resande.

Al cabo de algunas horas llegamos a las ruinas. Era una enorme ciudad antigua, con una arquitectura que jamás había visto, con un lenguaje completamente desconocido grabado en las paredes. Mientras estábamos explorando, comenzamos a escuchar ruidos. Los ignoramos y seguimos caminando. En este lugar da la impresión de que a uno lo siguen seres curiosos, pero peligrosos. Supongo que el mayor terror es el que nos genera la incertidumbre hacia lo desconocido. Al cabo de unos quince minutos caminando por cuadras enteras vacías y plazas abandonadas, llegamos a un sector extraño de aquellas ruinas. Lo que veían nuestros ojos era una espectacular colección de estatuas de distintos seres; algunos conocidos, otros no tanto. Mientras paseábamos por entre medio de aquellas majestuosas esculturas, un pensamiento recorrió mi mente, pero inmediatamente lo descarté por ser muy improbable. Había pensado "¿Y si están vivas y nos atacan?" Pero vamos, mis notas de viaje no pueden ser tan predecibles.

Ciertamente eso no pasó. Lo que sí pasó fue que el piso bajo nosotros comenzó a temblar estrepitosamente. Comenzamos a sentir una presencia oscura y un presentimiento aún peor. Se escuchó un silbido ensordecedor y como si de un telón se tratase, extrañas tinieblas cubrieron la mayor parte del cielo que estaba sobre nosotros, las sombras proyectadas por las estatuas, emergieron del piso como seres sólidos, sombras de antiguos guerreros de aquella ciudad, con espadas, arcos, hachas y lanzas.

Vlefner levantó vuelo para mantener ventaja sobre la situación, Resande entró en su estado de polvo y los jóvenes combatían con sus espadas de fuego que partían las sombras a la mitad reduciéndolas a partículas oscuras. Estas mismas flotaban hasta el palacio central y volvían a salir de

sus puertas como guerreros sombríos. En cuanto a mí, me defendía como podía a espada y escudo, siempre cerca de Vlefner, pero intentando no salir lastimado por él.

De pronto, una sombra enorme saltó detrás de mí. Se oyó el silbido de la taberna y apareció Resande detrás del espectro, que acto seguido voló y se estrelló contra un grupo grande de sus compañeros.

—¡Cuidado Resande! —grité

Detrás de mi fiel compañero élfico vi cabalgar una sombra roja, acompañada del hedor más asquerosamente nauseabundo que jamás había olido. Resande se hizo nube de polvo al escucharme gritar. A través de la magia de Resande pude ver al ser más terrorífico que mis ojos conocieron hasta entonces. Una visión espectral que haría aterrar a cualquiera, más aún si sabe quién era y como se llamaba.

Este ser era un jinete montado sobre su caballo, pero tal era su deformidad y su nivel de asquerosa demonización, que sus piernas no colgaban, sino que su torso surgía de en medio del lomo del caballo. Parecía humano, pero no tenía piel alguna, parecía humano, pero en sus ojos no había vida, parecía humano... pero ningún humano podría sonreír así. Nuckelavee era su nombre. No poseía piel humana, su apariencia se basaba en un conjunto despreciable de tejido vivo, sangre y huesos, todo en descomposición. Sus brazos, mucho más largos de lo normal, colgaban casi hasta el piso y en cada uno tenía una lanza. Cuando Resande lo esquivó, el nefasto y oscuro ser, emitió un alarido tan desgarrador y terrorífico que comencé a temblar y hasta Vlefner que luchaba con garras y dientes contra las sombras se volteó aterrado; tuvo miedo.

Cuando todos pudimos retomar el aliento de aquella aterradora visión Nuckelavee había desaparecido, y reapareció atacando a uno de nuestros bayares. Comenzó a comérselo, y luego de un flechazo en un hombro de su parte <humana>, volvió a desaparecer, lo cual nos hizo temer mucho más. Con bastante terror y dificultad pudimos derrotar a las sombras, dado que en un momento Vlefner agitó las alas y las partículas negras se

disolvieron con el viento en lugar de reagruparse en el palacio.

Cuando todo era silencio, se escuchó nuevamente el alarido horrendo del Jinete Sangriento, seguido de un rugido de Vlefner, ya que el horrible monstruo le asestó un golpe en la cola arrancando algunas escamas que cayeron prendidas fuego en tierra dejando a descubierto parte de la piel todavía no renovada del dragón. Soportando fuertemente el dolor Vlefner dijo;

—¡Aquí se termina tu juego monstruo oscuro!

Entonces con un golpe de su poderosa cola, derribó a Nuckelavee y con un rugido salvaje se abalanzó sobre él desgarrándolo con sus garras en un ataque de clara ira y aún más claro miedo y terror. El gigantesco reptil estaba aterrado y ya no soportaba más la presencia de ese ser. Entre los alaridos de dolor del espectro y los rugidos de ira de Vlefner, mi corazón latía cada vez más rápido en agitación y terror.

Pude ver el claro terror en los ojos de los jóvenes soldados que venían detrás nuestro, ya que la mayoría estaba en su estado Lunar, hechos hielo.

Corrimos hacia el palacio de las Ruinas Oscuras, como más tarde las llamamos. La entrada era un arco sostenido por columnas, el color de todo aquel edificio gigante, era un blanco inmaculado, pero aun así daba la impresión de que la maldad dormía dentro, en alguna habitación. Entramos Resande, un grupo de veinte soldados y yo. Vlefner y el resto de la compañía nos esperaban fuera.

Mientras la enorme puerta de ébano se abría frente a mis ojos, pude ver que en el interior todavía quedaban sombras al acecho de algún enemigo. Junté valor, tomé mi espada de fuego y comencé a pelear de la mejor manera que mi improvisación me lo permitiera, luego de acabar con todas las sombras en la recepción del palacio, tuve la mala idea de mirar hacia arriba, pues desde el alto techo vi como descendían hacia nosotros cinco arañas gigantes, negras como la noche más oscura de Atlis y grandes

como un automóvil de nuestro mundo. No tuve mucho más miedo del que ya había tenido. Haber presenciado a Nuckelavee y verlo correr por el campo de batalla, gritando, riendo, atacando y hablando en su demoníaco idioma me había curado de muchos terrores anteriores.

Cuando la primera araña se me acercó, con sus colmillos intentó alcanzarme, pero usando mi escudo de sol, la detuve y comenzó a quemarse. Aprovechando su estancamiento en mi protección, tomé firmemente mi espada y apuntando a la frente del asqueroso arácnido, le atravesé el cráneo y cayó muerta al instante.

Resande se encontraba peleando con dos arañas a la vez. Sus ojos brillaban como lámparas en medio de una habitación oscura, con un color azul que recordaba al cielo brillante de allá afuera, en las manos tenía sus cuchillos. La pelea del elfo contra aquellos dos asquerosos y enormes seres parecía una coreografía, pues Resande se movía casi bailando e intercambiaba su estado de sólido a nube de polvo constantemente. Comenzó a atacar subiendo al tórax trasero de la araña más pequeña y la hizo chillar clavando uno de los cuchillos en su espalda, entonces la otra araña lo atacó saltando sobre él, pero Resande ya había preparado el cuchillo en posición vertical, que quedó ensartado en la mandíbula de la araña atravesando todo el cráneo y saliendo por los ojos. Había quedado recostado sobre la primera araña, que estaba inmóvil por el cuchillo clavado en su tórax. Resande levantó el pie y con su talón le dio al pomo del cuchillo clavándolo hasta lo más profundo de las entrañas de la bestia, que cayó muerta al instante. Hasta ver como el elfo limpiaba sus cuchillos era un espectáculo.

Los veinte jóvenes que entraron con nosotros lo tuvieron fácil peleando entre todos ellos contra una sola araña, que, para ser justos, era mucho más grande que las otras tres. Pero había un problema; yo había peleado contra una, Resande contra dos y ellos contra otra más, eso suma cuatro, y eran cinco las arañas que habían bajado.

—¡Valittin! ¡No! —gritó Resande con su mano extendida luego de haber lanzado su cuchillo, que, rozando mi mejilla y cortándola apenas, quedó insertado en la garganta de una araña que estaba a punto de comerme. Cayó muerta de lado izquierdo y nosotros seguimos con el viaje.

En la habitación donde nos encontrábamos, desde la puerta hacia adelante había una vista simétrica que consistía en un balcón central con escaleras laterales. Recorrimos toda la casa peleando con sombras y arañas gigantes hasta llegar al ático. Era una habitación oscura y nuestras espadas de fuego no alumbraban ni un poco. Para poder observar algo de lo que veíamos y conocer el origen de los múltiples ruidos que escuchábamos, Resande conjuró con su magia una luz que se proyectaba desde un orbe. Lo que vimos nos dejó sin habla. Había un espectro, una sombra raída, con ojos blancos redondos, dientes negros y en descomposición, y garras de fuego—fatuo. Cuando alumbramos, estaba devorado lo que parecía ser un cadáver de guerrero. Inmediatamente al fijar sus ojos en nosotros, el ataque comenzó.

—¡Las espadas no lo dañan! —dijo uno de los soldados antes de ser atravesado en la garganta por las garras del espectro.

—¡Mi magia no puede hacer nada! —gritó Resande lanzando haces de luz.

—Resande, dame tu daga. —atiné a decir.

—¡No tiene sentido Valittin! Saldrás herido. —me discutió el elfo.

—¡Dame la daga! Vlefner está encargado de que no muera. —argumenté

—¿De verdad crees que...?

—DAME LA DAGA RESANDE. —grité

Cuando tomé la daga y atacé al fantasmagórico enemigo. Se abrió en su sombra una luz rasgada, sin embargo, no fue suficiente para derrotarlo. Continué intentando lastimarlo, pero ahora que sabía que teníamos un arma capaz de herirlo, se movía con mayor cuidado y era más difícil atacar. Pensamos que, si Resande atacaba, quizás los resultados serían otros, debido a su agilidad, pero solo logró generar algunos rasguños.

—¿Que es ese ruido? —preguntó uno de los soldados.

—¿Valittin, oyes eso? —dijo Resande

—Sí, parece algo que está cayendo.

El techo del ático entonces fue completamente atravesado por un individuo blanco en armadura, armas y cabellos. Parecía un caballero de la antigüedad de nuestro mundo, tenía aspecto humano y su cara inspiraba confianza, pero Resande lo miraba con odio.

—¡Atrás espectro horrendo! Me entregarás la daga y dejarás estas oscuras ruinas o te enfrentarás a mi lanza. —amenazó

—Veo que Su Real Cobardía ha venido aquí. —dijo Resande con notable sarcasmo.

—¿Te conozco elfo? —Preguntó el caballero mientras esquivaba los ataques del espectro. —¡Ah! Un Rajenta, ya entendí. Este molesto querido servidor, pero créeme, es todo por el bien de Maailmamme. —agregó riendo.

—Pues no estás haciendo un buen trabajo. —exclamó el elfo mientras lanzaba con toda su furia la daga a la cabeza de aquel hombre.

Afortunadamente (o no tanto) el hombre esquivó la daga agachándose, lo que generó que el arma quedase incrustada en el medio de los ojos del espectro que estalló, dejando caer nuestra daga al lado de una daga de igual forma, pero de color negro. La nube de polvo élfico con sus destellos azules recogió ambas dagas ganándole en velocidad al caballero blanco.

—Dame las dagas Rajenta, sabes que te corresponde el destierro y la expropiación de tus llaves si no lo haces. —dijo el arrogante guerrero.

—Largo de aquí Traidor, sabes que te corresponde la muerte indigna si no lo haces. —contestó Resande con gran enojo e ironía.

—¿Quién es él? —pregunté a uno de los jóvenes soldados que estaban viendo la pelea que se avecinaba entre nuestro compañero elfo y el peleador blanco.

—Él es Lord Hvítt Svartur, es el duque de Maailmamme, quiero decir, el Falso Rey de este mundo, es parte del Concilio. Es un humano que llegó

aquí hace muchos años y nunca se fue.

—¡Saludos Visitante! Ten mucho cuidado cuando salgas, había un dragón enorme allá afuera. Mis hombres se están encargando de él. —Saludó Hvítt

—Saludos. El dragón es mío y dudo que...

Ni siquiera terminé de hablar cuando entró atravesando el ático un cuerpo de Guerrero con el símbolo del Concilio en su armadura. Era una de las víctimas de Vlefner, quien unos segundos después arrancó gran parte del techo del ático y comenzó a atacar a Hvítt, que, comenzando a enojarse, comenzó a insultar.

—Maldito elfo desertor, ¿Quién te metió tus ideas en la cabeza? —dijo

—No eres quien, para juzgar, Traidor. Tus comienzos aquí no te acompañaron a lo que eres hoy. Y para que lo sepas y lo reportes ¡Fui yo quien comenzó la rebelión! —gritó el elfo mientras sus ojos estallaban en resplandor azul.

El piso comenzó a temblar, los cuchillos de Resande al igual que sus ojos comenzaron a brillar. Hvítt se veía aterrado. Resande puso en posición sus manos, sacó sus cuchillos y al clavarlos en el suelo, un haz de luz corrió por el suelo hasta los pies del Rey y este voló por los agujeros del ático hasta la entrada del palacio.

Al recuperar su conciencia, lo único que el Rey pudo ver, era un enorme hocico de dragón, a sus hombres atados a un lado y la daga de Resande sobre su cuello. Para no ser por demás de malos y dejarles un poco de humillación, los atamos a todos y los dejamos colgando del techo de la casa. Alguien iba a llegar seguramente, pero el verdadero problema comenzaría al día siguiente.

Capítulo 6

6

Pesadillas

Mientras volábamos en el lomo de Vlefner, vi muchas cosas en los caminos que sobrevolamos. Vi ancianos, vi bestias que jamás habría creído existentes. Pero entre todas las cosas que vi, pude observar a una pareja de un sol y una luna que cabalgaba en relucientes unicornios por los coloridos prados de las rutas de Maailmamme. Eran hermosos, él y ella, felices, conscientes, era amor de otro mundo. Los conocimos cuando bajamos para recargar energías, ni siquiera importan sus nombres, solo importa que se habían enamorado y huyeron juntos por diversión, sin importar nada más, aquello era el amor. Si había algo que a ella le molestara, él dejaba de hacerlo casi inconscientemente, se adaptaba. Si había alguna actitud que a él no le gustará, ella sola se adaptaba a lo que él necesitaba. Ni siquiera hablaban de aquellas cosas, solo hablaban de su amor, de cuánto se amaban y de cómo pasarían la eternidad juntos. Eso era amor. Libre de inseguridad, de celos, de dolor. Libre y nada más. ¿Hay realmente algo así en nuestro mundo, querido lector? Si lo tienes, debes cuidarlo. Pues los amores que tuve en la Tierra, lejos estuvieron de esto. Aquí en Atlis nadie tiene miedo de confesar su amor, y si no es correspondido, los enamorados intentan seducir y enamorar al otro o la otra con su dulzura y ternura. Nadie jamás miraría al amor de otra persona, eso ni siquiera se cruza por las mentes de los habitantes de este mundo. No hay celos. El sentido y el respeto por el amor que hay aquí es uno de los motivos por los que me quedé tanto tiempo. Piensa, querido lector, piensa en la persona que te hizo sentir que no había más en el mundo que amar, que te hizo olvidar la maldad y el desánimo generalizado que rige en las culturas occidentales de la tierra. Piensa que hay un lugar donde el amor se vive a flor de piel y se entrega todo en pro de vivir y honrar al amor.

Resande y Vlefner me vieron muy desconcentrado aquel día. Ambos tenían tareas asignadas de por vida, el elfo era Rajenta y el dragón era el encargado de cumplir y anunciar mi nacimiento y mi muerte, ambos tenían su vida dedicada a eso. Pero yo era humano, mi tarea de vida no era solo una, sino que se extendía a lo largo de las circunstancias, lo mismo que el amor.

Días atrás, como recordarás, Resande me preguntó porque nunca me casé, porque aquel amor grande que tuve nunca fue reclamado ni por ella ni por mí. Pensaba decirle todo cuando volviera a la tierra. Sacarla de los grandes problemas de su vida y llevarla a Atlis, ser reyes y vivir en aquella gran fantasía. Pero no iba a ser posible. Si volvía a declararle alguna palabra, ella jamás me iba a hablar de nuevo. Lo sé lector, esto no tiene nada que ver con los grandes dragones, los conflictos bélicos con el Concilio o la rebelión de los Rajenta, esto es la profundidad del amor que hay en Atlis. Los soles y lunas llegando a alcanzar su brillo solo por amar, no es algo que no tengamos en la tierra, sino algo que no sabemos.

Mientras pensaba en estas cosas me quedé dormido sobre las escamas de Vlefner, ya que el vuelo iba a ser largo. Teníamos que ir al hogar de Resande.

En el camino, un exabrupto interrumpió mi sueño, el cielo por el que volábamos ya no era el mar de nubes o el océano azul al que me había acostumbrado, sino un mar turbulento lleno de truenos. Estaba a punto de caer del lomo del dragón que en ese momento se encontraba aterrizando en picada, Resande estaba asegurándose de que todo estuviera a salvo. Mientras terminaba de despertar, vi entre las nubes, una silueta gigante, más grande que Vlefner, por lo menos el doble de grande. El terror se había apoderado de mí. Cuando por fin aterrizamos, de los doscientos caballeros que nos acompañaban, solo quedaban unos setenta, el resto estaba desperdigado por el suelo, yaciendo muertos, estatuas de hielo, o hechos fuego, pero sin hablar ni moverse, estaban aterrados. Uno de ellos en particular me llamó la atención, la mitad de su cuerpo era fuego y la mitad hielo, pero el fuego derretía su hielo y el hielo debilitaba su fuego, luego de un rato solo quedaron de él unas cenizas mojadas.

No terminaba de enterarme de que estaba pasando cuando del cielo bajó un gigantesco dragón negro como la noche más nublada. No distinguía en él nada más que sus ojos, no veía sus escamas, pues carecía de tales, sus alas parecían hechas de humo y sus ojos... ¡ay sus ojos!, los recuerdo y me pongo a temblar. Eran ventanas a las peores visiones que se te puedan ocurrir, eran portales al infierno mismo, de un rojo tan tenebroso y maligno que incluso Resande se veía aterrado.

—Valittin, estuviste pensando en cosas tenebrosas, ¿Verdad? —preguntó Vlefner

—No lo sé, estaba teniendo pesadillas mientras dormía. —contesté

angustiado.

—¡Valittin, Vlefner! ¡Cuidado! —gritó Resande.

En ese instante el dragón negro escupió un haz de humo que salió disparado de sí como un cañón. Alcanzamos a esquivarlo, pero alcanzó por lo menos a veinte miembros de la escolta. Los soldados comenzaron a gritar y revolcarse por el piso, a vomitar, a golpearse entre ellos, a morder sus propias manos hasta hacerlas sangrar y a llorar desconsolada y desgarradoramente.

—Este es el Dragón de Pesadilla del que les había hablado, maldito sea Brann Tuli por retrasar mi tarea, no creí que fuera tan enorme a esta altura. —lamentó Vlefner.

—¿Dragón de Pesadilla? —pregunté

—El dragón monstruoso del que te hablé en Los Jardines, vengo ahuyentándolo desde que comencé a vigilar tus llegadas a Los Jardines. Se alimenta de tus recuerdos y pensamientos oscuros para crecer, detectó tus pesadillas y se llenó de poder, afortunadamente es posible detenerlo, pero no derrotándolo en batalla, debes dormir Valittin, encontrarlo en tus sueños y vencerlo. El Dragón no es su forma verdadera, sino una de sus fases. ¡Resande! Abre un Fortært y llévate a Valittin a Los Jardines, debe dormir en Maailmamme para luchar contra este demonio.

Vlefner no había terminado de hablar cuando el Dragón de Pesadilla lo embistió, empujándolo a varios metros de distancia. Con sus garras como frenos se levantó como pudo y contraatacó escupiendo fuego con gran ferocidad. En los ojos de Vlefner se podía observar miedo, mucho más miedo que cuando luchamos contra Nuckelavee. Lector, si sabes lo que es un Berserker, sabrás que es el estado en el que el Infierno Azul entró al luchar contra el espectro en la Mansión. Cuando la ira de Vlefner alcanzaba grandes cantidades, su mente se nublaba y solo reinaba el enojo, el odio y la fuerza. El fuego salía mucho más caliente de su piel y de su garganta, sus rugidos se volvían mucho más aterradores y sus ojos estallaban en una explosión celeste que prendía fuego lo que tuviera alrededor. Antes de entrar en este estado, entre contracturas y rugidos ahogados, Vlefner nos gritó:

—iKAUTÄLTÄ!

Que en idioma dragón significa “lejos de aquí”. Luego de esto, Vlefner comenzó a sacudir la cabeza violentamente, sus alas estaban completamente extendidas y su cola azotaba la tierra una y otra vez con gran fuerza. Agachó la cabeza un segundo, bajó las alas y relajó la cola. El dragón de pesadilla rugió con gran enojo y se acercó a Vlefner corriendo sobre sus cuatro garras para atacar, pero él en el momento justo levantó la cabeza ciego de enojo y escupió un haz de fuego a la cara negra del otro monstruoso reptil de humo y fuego negros. Mientras con Resande nos alejábamos a una distancia segura para abrir un Fortært, pude ver como el esqueleto de la forma física que había tomado el gigantesco dragón negro se dejaba vislumbrar bajo la capa de humo y fuego negros, un momento antes de que se cerrara el Fortært por el que viajaremos, pude ver como con su calavera al aire, el monstruo de pesadilla seguía luchando contra Vlefner.

Mientras caíamos por el Fortært rumbo a los jardines, fuimos interrumpidos por algún elemento que chocó contra el túnel de luz, tacleando a Resande. Atiné a caer en el hueco justo y aparecimos en algún lugar de Atlis entre las praderas donde nos atacó el Dragón de Pesadilla y Los Jardines. Era otro elfo, con la cara completamente tapada, los pies descalzos, el cabello rubio y largo, pero sus cuchillos eran blancos. Tenía su llave de Rajenta colgada en un collar. Resande se levantó del piso con un salto, blandió su cuchillo izquierdo y atacó a su rival, quien estalló en una nube de polvo blanco que se materializó detrás de Resande y le dijo:

—Así que no tuviste mejor idea que traerlo, justo en este momento, No podías esperar, ¿verdad? Una vida inmortal y no pudiste esperar la inminente caída del Concilio. Me decepcionas, imbécil. —dijo el elfo, con voz femenina; era una elfa.

—No sabes nada. Dime, ¿Cómo piensas que va a caer el Concilio si ningún humano de aquí está en contra de ellos? —cuestionó Resande

—Maailmamme es de sus habitantes, no de los humanos. Conoces las historias mejor que nadie, sabes lo que los humanos causan a los débiles de corazón, incluso el más bueno de ellos, incluso el más imaginativo. Sin

importar...

—Este hombre fue mejor rey en Maailmamme que cualquier elfo antes que él y tú lo sabes bien. —exclamó Resande notablemente molesto.

—Él no lo recuerda, difícilmente recuerde algo de lo que hizo como rey aquí. —respondió ella.

—Si me lo permiten, puedo no recordar mi gobierno aquí, pero conozco cómo funcionan las cosas y criaturas, creo en la libertad de la imaginación y... —dije imitando el lenguaje élfico lo mejor que pude.

—Silencio humano, no tienes voz —dijo ella interrumpiéndome mientras se acercaba con su cuchillo blanco en posición de ataque.

—Puedes atacarlo y decirle que no puede opinar, pero créeme que no salvarás esta tierra dejando que las cosas fluyan. Si llega a fallar tu plan, el Concilio dominará Maailmamme, ellos se reproducen, tienen hijos que en cuestiones de años tendrán más hijos, si los Rajenta nos descuidamos y los dejamos dominar, de aquí a mil años, nuestro mundo estará poblado por humanos y nosotros seremos sus esclavos. Tú sabes que será así.

—No será así, los humanos mueren, en algún momento u otro se extinguirán y dejarán de existir aquí, lo vi en una visión. —dijo ella calmándose y bajando la vista.

—¿Cuántos siglos hace que no se cumplen tus visiones? Estás presa de tus miedos y los confundes con visiones. Eres la mejor de los Rajenta en esta región, y eres una de las pocas que no está con la Rebelión. Abre los ojos por favor. —exclamó Resande con notable angustia.

—¿Quién dice que no estoy con la rebelión? No estoy con tu rebelión. Las cosas cumplen sus ciclos y el Concilio cumplirá el suyo.

—¿De verdad quieres vivir así hasta que el Concilio caiga? ¿No quieres casarte, tener hijos, tener tu propia casa, ver a Padre y Madre?

—preguntó Resande con temblorosa voz.

—Pasaste demasiado tiempo con el humano, Res. Aún tengo tiempo para retomar mi vida cuando todo esto acabe y pueda lanzar mi llave por un Evig para nunca más abrir un Fortært. —dijo ella con tono irónico.

—Heaveny... —susurró Resande.

En ese nombre, se encontraba la historia guardada de Resande y la elfa. Era el nombre de ella, pero estaba prohibido entre los Rajenta nombrarse entre ellos con sus nombres completos, ella lo había llamado "Res", él le

decía "Veny". Pero al llamarla Heaveny, las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, que, sin embargo, no cambió de expresión, amagó a decir algunas palabras, pero en cambio, abrió un Fortært bajo sus pies y se fue. Hacía más de mil años que Resande no la llamaba por su nombre. Cuando fuí a hablar con Resande para entender algo de lo que había pasado, estaba en un estado de tristeza bastante grande. Me miró y me dijo:

—Andando Valittin, debo llevarte a Los Jardines para que duermas. De otra manera el Dragón de Pesadilla matará a Vlefner.

—De acuerdo —dije— Pero me gustaría que me expliques algo de lo que pasó.

—No hay tiempo Valittin, andando.

Llegamos a Los Jardines, tenía que dormir y no sentía sueño, así que Resande sacó una de las bolsitas que llevaba en su cinturón y me sopló un polvo que me durmió al instante.

Desperté en el sueño, dentro de Los Jardines, pero Resande no estaba. Había allí un ser negro, de humo, igual al dragón, pero su forma era la de un niño. Su sonrisa me perturbaba, su sola presencia me aterró al instante. Extendió una de sus pequeñas manos, pero tenía garras en lugar de uñas.

—¿Qué pasa? —Pregunté

El pequeño me atacó y me cortó en el brazo con sus garras. No tenía mi espada de fuego para defenderme, así que comencé a desesperarme. Mirando atentamente en el campo mientras escapaba del niño que no corría detrás de mí, sino que caminaba tétricamente o se me aparecía sorpresivamente, vi una espada brillante, con escrituras desconocidas, tirada cerca del Evig de Los Jardines. Cuando el pequeño vio la espada en mis manos, su sonrisa se invirtió, comenzó a correr, me di cuenta de que podía moverme más rápido, era yo quien lo aterraba a él, o más bien la espada. El niño comenzó a cambiar de forma, se transformó rápidamente

en el gigantesco dragón del tamaño que doblaba a Vlefner y comenzó a gruñir, a lanzar humo, a volar, a sacudirse. La espada ahuyentaba todo ataque, excepto un zarpazo que me hizo volar separándome de mi nueva arma. El enorme reptil negro se posó entre mi espada y yo, no dejándome pasar, abrió sus enormes fauces frente a mí rugiendo. Lo que vi me perturbaba profundamente, era un abismo enorme lleno de odio, dolor, espanto y miedo. Alcancé a correr por debajo de sus alas para alcanzar mi espada. Atiné a tajear parte de las mismas. El enorme monstruo comenzó a chillar agudamente y a revolcarse. Con su cola me levantó convenientemente en el aire, su boca abierta a la garganta me esperaba en el aterrizaje, pero no me recibió a mí, sino a la punta de la afilada y brillante espada de sueño, la cual lancé y comencé a hacer todo lo posible por caer lejos de las fauces del reptil, que, con la garganta atravesada, comenzó a convulsionar y a reducirse hasta quedar hecho otra espada, completamente negra. La tomé e instantáneamente desperté con Resande y Vlefner al lado mío. En mis manos estaban ambas espadas, cuyas formas permitían juntarlas y hacer un solo mandoble.

—Uni Nukkua. —exclamó Vlefner

—La espada legendaria de los sueños. —agregó Resande. —Las espadas Uni y Nukkua se combinan. ¿Quién diría que Uni se había transformado en aquel monstruoso dragón? Eso explica por qué estaba desaparecida. Tus pesadillas la separaron de Nukkua, Valittin, por eso ambas estaban del otro lado de Los Jardines.

—Uni Nukkua... —dije mirando la espada plateada y negra.

—Resande, ¿vas a contarme algo sobre la Rajenta que nos atacó?
—pregunté

—Es mi hermana. Se llama Heavenny, pero la llamo Veny, ya que los Rajenta tenemos prohibido llamarnos por nuestros nombres entre nosotros. Ambos fuimos ordenados Rajenta de Maailmamme el mismo día, separados de nuestros padres y de nosotros mismos.

—¿Y cuál es su problema? ¿Por qué te atacó? —preguntó Vlefner.

—Ella no cree que derrocar al Concilio sea la solución, cuando era pequeña tuvo un encuentro con un Traidor prófugo y le concedió poderes de visión, pero no siempre funcionan bien en los últimos siglos. Tuvo una visión en la que el Concilio caería por el ataque de un ser distinto, especial. Nosotros creemos que es Valittin, ella no cree que pueda ser humano.

—Ya veo —comenté— está cegada por sus propias concepciones. Yo no creo ser el encargado de derrocar al Concilio, pero haré lo necesario para

liberar a Maailmamme de la tiranía del mismo. Mi nueva espada y yo, estamos dispuestos a defender a quienes lo necesiten, tanto aquí como en mi mundo.

—Eres valiente Valittin, para ser un humano, te pareces a un dragón.
—bromeó Vlefner.

—Gracias, lagartija. —contesté siguiendo la broma.
—No te pases de listo mortal. —concluyó el dragón.

Ya no teníamos a nuestra guardia personal, los que habían quedado sanos volvieron a la casa de Brann Tuli llevando a sus compañeros caídos para velarlos y llorarlos, así como para dar tratamiento a los que quedaron con secuelas de guerra. Aquella noche en la aldea hubo gran llanto, fue el día más helado en largos siglos, el único fuego que ardía, era la pira funeraria que habían hecho para despedir a los soldados que el Dragón de Pesadilla había atormentado hasta la muerte. Por lo que me contaron después, Aurili en su forma de hielo era mucho más hermosa que en su forma neutral o de fuego, pero solo accedía a esa forma en momentos de dolor, de tristeza y todos esos sentimientos negativos, oscurecían su hermoso abatimiento.

Ya era de noche, habían pasado largas horas y la noche por fin había llegado. Vlefner comenzó a sacudirse ligeramente para encender sus fuegos corporales y dispuso sus alas de forma que pudiéramos usarlas como carpa. Resultaba muy cómico verlo de lejos. Sus alas eran gigantescas, de lejos solo se veía la cola del dragón alrededor de una enorme carpa a través de la cual, se podía ver traslúcidamente un fuego que revelaba las siluetas del elfo, la cabeza del dragón y mi persona. Comenzamos a conversar;

—Resande, ¿Dónde estamos? —pregunté

El elfo sacó un mapa con infinitos dobleces y levantó uno en específico. Me dijo:

—Aquí, es el Vado de Rojai, campos de las tierras de la Reina del Cielo, Esto que ves aquí es la tierra de Brann Tuli, aquí está la mansión donde derrotamos a Nuckelavee y aquí es donde nos derribó el Dragón de Pesadilla, el Fortært que nos llevó a Los Jardines es el mismo que nos trajo aquí. A partir de aquí, en las tierras de Maailmamme, comenzarás a ver barcos voladores, ciudades gigantes llenas de oro, serpientes voladoras, bosques de piedra y cosas sobre las que has leído en tu infancia, pero también cosas sobre las que jamás oíste una palabra. Ahora duerme Valittin, nos esperan largos viajes.

Preparé mi cama portátil de plumas de grifo que me había regalado Auri y estuve a punto de guardar a Uni y a Nukkua por separado, ya que, por lo que me dijo Resande, quien duerme con Nukkua en la cabecera y con Uni en sus pies, soñará grandes sueños brillantes, si se hace al revés, soñará las más terribles pesadillas. Pero no me había explicado que pasaba al dormir con las dos espadas hechas una sola. No ignoré a mi curiosidad y eso hice, junté las espadas y coloqué a Uni Nukkua bajo mi almohada. Tardé algunos minutos en dormirme, y comencé a soñar.

Capítulo 7

7

Sueños

Cuando dormimos en nuestro mundo, Tumundo como lo llaman los atlianos, nos transportamos a Los Jardines en Maailmamme, pero cuando la gente duerme en Atlis y sueña, ¿Dónde va? Cuando me enfrenté con Pesadilla en Los Jardines, fui allí porque los polvos de Resande eran restos de un Fortært hacia allí. Pero, hasta ahora, nunca había soñado en Atlis.

Me encontraba en un lugar de colores azules y verdes, con un cielo de color entre anaranjado y amarillo, había despertado a orillas de un río color celeste, con el agua más dulce y refrescante que hubiera probado alguna vez. Los insectos que revoloteaban por aquel lugar eran hermosos, de brillantes colores. Las cosas que podía observar en el horizonte, parecían de acuarela. Me desperecé y noté que estaba vestido con una camisola de lino fino y unos pantalones de seda. Afortunadamente estaba descalzo, ya que aquél pasto era incluso más blando que el de Maailmamme y era más suave que terciopelo. Noté que las lágrimas habían comenzado a brotar cuando mis oídos captaron el sonar de un violín de palo santo, con cuerdas de oro tocado por un ser angelical, todo él brillaba con gran esplendor, a su lado. Una dama estaba tocando una flauta de lo que parecía ser madera de acacia recubierta en oro finísimo. Eran más hermosos que soles y lunas, llegué a pensar que las galaxias, los agujeros negros y los sistemas solares también eran seres antropomórficos (Equivocada palabra, tendría que decir que los hombres somos seres teomórficos) Sin duda aquellos músicos estaban más cerca de la imagen y semejanza de Dios que cualquier ser humano nacido en Tumundo. No sé si serían ángeles, o algo incluso más sublimes, quizás los ángeles encargados de cuidar los jardines de aquel lugar estaban menos cansados que los ángeles de nuestro mundo, a quienes debemos exhaustar. Después de pensar surgió en mi mente la idea de que aquel lugar podía ser Edén, otra de las tierras perdidas por el género humano. No tengo idea de donde estaba. El cielo de aquel lugar era distinto al de Maailmamme, ya que no veía los otros mundos o a los soles paseando con sus lunas, sino que había grandes islas flotantes con cascadas que daban al suelo, y el cielo solo era cielo, no había un espacio exterior. La luz que iluminaba aquel lugar era un ser, un Sol aún más sublime que el Rey del Sol Mayor de quien me había hablado Brann Tuli. Era obvia su presencia, no había maldad, no había dolor, era música, emoción, aguas cristalinas,

oro, seres felices y mágicos. Aquél lugar de ensueño lleno de color y vegetación, conservaba en su punto áureo dos árboles enormes, sus raíces se extendían al infinito, al igual que sus copas.

Seguí caminando y pude observar seres hermosos, no solo los músicos y bailarinas, sino que eran animales pastando. Uno de ellos en particular llamó mi atención, Behemoth, un espectacular dinosaurio, tan enorme que sobre sus hombros y articulaciones crecía musgo y pasto. Vivían animales más pequeños sobre él. Caminé un poco más y ante mí se extendía un espacio infinito de bosques, árboles, animales colosales cuyas cabezas pasaban por largo a los árboles más grandes, excepto aquellos dos que marcaban los puntos áureos.

Llegué a un palacio de oro, tallado en una montaña, como las grandes ciudades de Jordania. Los patios de las entradas estaban decorados con cascadas que caían desde las islas flotantes, plantas hermosas y animales exóticos y extintos en nuestro mundo. En las puertas del palacio había gente celestial jugando entre ellos, bailando, bebiendo alguna de sus mágicas cervezas e hidromieles, otros, más regordetes y barbudos, bebiendo vino, recitando y escribiendo, lo cierto es que en el patio frontal se estaba llevando a cabo una fiesta, todos aplaudían, reían, se besaban, bailaban, cantaban, oraban, leían y escribían, dibujaban y pintaban, algunos de ellos incluso lanzaban fuegos artificiales de las puntas de sus dedos. De sus pipas salían grandes figuras de humo que comenzaban a pintar las paredes y a moverse por ellas. Era realmente un banquete digno de ser visitado. Me senté y pasé allí un buen rato comiendo, jugando y bebiendo. Desde mi lugar en la mesa, de espaldas al palacio se veían los grandes espacios de aquél Edén, grandes jardines, árboles, aves enormes, Behemoth pastando a la distancia y el cielo era como un hermoso amanecer eterno. Uno de los participantes del banquete se acercó a mi oído y me dijo:

—Nukkua contigo, es más fuerte que Uni.

Desperté llorando desconsoladamente, quería volver, incluso estando despierto en Atlis, cuyo aire no estaba contaminado, cuyo suelo no era radiactivo, cuyos amores eran hermosos y perfectos, cuya cerveza corría en arroyos según Resande, quería volver a Edén. Sin lugar a dudas el deseo de tener las cosas es incluso más grande que la satisfacción cuando ya las tenemos. Esto es así en la mayoría de los casos, excepto en el

enamoramiento, la conversión y Edén. En aquellos casos la satisfacción de presenciar o poseer lo deseado supera mucho más la incertidumbre del deseo.

Cuando miré mi espada, ya no era negra y plateada, sino que era dorada, ya no era Uni Nukkua, ahora era Kulteräs, el Acero Dorado.

Anduve deprimido a causa de aquél lugar durante largos días de viaje, quería volver y dormir no funcionaba, ni siquiera con la espada bajo la almohada. Ahora entendía por qué Resande quería encontrar el lugar donde sueñan los habitantes de este mundo, es aquél lugar, es Edén. Mi mente se había comenzado a turbar, comencé a pensar que la única forma de llegar a aquel lugar era morir al cuerpo físico. Quería recuperar ese gozo, volver a ver a la fuente de aquella luz, a aquellos seres que estaban más cerca de lo divino que cualquiera de nosotros, que tú, lector, que yo, que Resande o Brann Tuli. Probablemente nunca volvería en vida, pero la esperanza iba a seguir allí. Volví a pensar en aquél amor fracasado. Probablemente nunca volvería a él, incluso habiendo superado todo y amando a otra persona, seguía anhelando ese sentir, no necesariamente extrañando a la persona, pero si a los aromas, sensaciones, percepciones y sentimientos. Podía extrañar la relación, sin extrañar a la persona. Algo parecido me pasaba con Edén, quería volver, extrañaba la sensación de estar allí, no al lugar per sé. Podía ir a Machu Picchu o a las selvas de Indonesia cuando volviera, y si bien los paisajes no iban a ser tan gloriosos, los podía reemplazar. Pero la emoción, la alegría, la atemporalidad, era propia de allí y eso es lo que no iba a poder soltar jamás.

No creas, lector, que voy a molestarte con mis desamores constantemente, o que no he logrado soltar lo que hiciera falta. Es para que entiendas las sensaciones producidas por aquél jardín infinito de grandes colores, minerales y seres. Si no hubiera podido soltar todas aquellas cosas, no hubiera podido entrar a Atlis. Pero la melancolía y los recuerdos son parte de nuestro ser. Es inevitable, tú lo sabes, debes haberlo vivido en algún momento, y si eres una persona que acostumbra a pensar demasiado las cosas, sabrás que no tiene nada de malo vivir los sentimientos a flor de piel.

Habíamos estado viajando durante días demasiado tranquilos los tres, recuerda que en esta parte de Atlis, los días duran sesenta horas, así que hablo de días de nuestra tierra, habían transcurrido tres días de Maailmamme. Resande y Vlefner habían decidido entrenarme en combate,

y, dado que las horas que habían transcurrido en aquél lugar eran tantas, ya sabía combatir bastante bien. Kulteräs seguía siendo divisible, pero ambos cuchillos eran dorados, parecía ser oro de aquel lugar. Mis entrenamientos a manos de un elfo bastante similar a un ninja y un dragón de sesenta y dos metros con alas de ciento veinte dio sus frutos. Naturalmente mi espalda permanecía vendada, fruto de las bolas de fuego, y los cortes inesperados por parte de la nube de polvo que era mi amigo.

—Resande, dime, ¿Quién forjó estas espadas? —quise saber.

—¿Recuerdas que una vez me preguntaste dónde quedaba el lugar donde iban los soñadores de nuestro mundo?

—Sí, lo recuerdo, dijiste que dejarías todo sin importar qué para llegar allí.
—dije.

—Así es, aquí lo llamamos Gelukður, el Jardín de la Felicidad. Nadie sabe dónde queda, ni porqué todos los que estuvieron allí hablan y entienden el idioma. Dentro de uno de los salones subterráneos del Palacio Dorado, habitan enanos que forjan los instrumentos de los guardianes de aquellos jardines. En un momento se pensó en la posibilidad de una guerra que acabaría con aquél lugar. Aquellos seres que viste tocando música, sirviendo los alimentos y las bebidas, danzando y cantando, son tan feroces en batalla como hermosos y solemnes en las fiestas. Dado a la posibilidad de tener que pelear, los enanos forjaron un arsenal entero de armas con un mineral que solo crece allí, del color más dorado que existe. Según las antiguas leyendas de Maailmamme, en una de las tierras que perdieron en Tumundo, se había forjado un arma capaz de contener los malos recuerdos y malos pensamientos de los humanos, para poder subsistir entre nuestro mundo y el suyo, pero fue tan fuerte la maldad que partió la espada en dos mitades. Pero la leyenda no dice mucho más. Tiene sentido que la espada te haya elegido a ti para derrotar a tus propias pesadillas manifestadas en un enorme dragón y así volver a unir sus partes.

—Ya veo... Así que por eso ahora tienes una espada dorada y no dos espadas de distintos colores, Valittin —agregó Vlefner — los dragones no tenemos armas, dado que nuestros dientes, fuego, garras, alas y colas nos alcanzan. Incluso nuestros cuernos pueden ser usados en batalla. No necesitamos armadura, ya que nacemos con ella. Pero cuenta la leyenda, de un artefacto extraño, capaz de hacer crecer a un dragón a proporciones gigantescas. Se dice entre los dragones, que el Rey Dragón posee este artefacto y por eso es tan enorme. Nadie sabe cómo es ni quien lo hizo. Pero se sabe que no es de este mundo. —concluyó el

dragón.

—Ya veo... Esta espada es lo único que me queda de aquél lugar. —dije observándola con detenimiento — Pero, ¿Cuáles son sus poderes realmente?

—Valittin, tú eres el encargado de restaurar nuestro mundo a su antigua gloria, los días de tu reinado fueron los más gloriosos de nuestra historia, debes saber que Kulteräs elige al que esté encargado de salvar nuestro mundo, es por eso que los enanos la forjaron.

—Muy bien, Resande, sigamos entrenando. —dije empuñando la dorada espada enana.

Pasamos largas horas combatiendo entre nosotros, casi jugando, casi peleando enserio. Lo cierto es que Vlefner no se limitaba para nada. No es cosa de broma pelear contra un dragón tan grande, que, además, no sabe jugar. Cuando la noche estrellada llegó, armamos nuestro campamento en bajo las alas de nuestro azulado y grande amigo reptil.

Vlefner había comenzado a roncar extrañamente, no como siempre, era como si estuviera discutiendo en el idioma de los dragones con algún enemigo. En un momento, sus alas se elevaron erectas como si fuera un escarabajo. Resande y yo salimos disparados en el aire. Los ojos de Vlefner estaban completamente cerrados, pero se movía por el prado baldío donde habíamos descansado a dormir como si estuviera luchando con uno o dos enemigos, por momentos parecían incluso tres. Alcancé a descansar sobre las ramas de un árbol junto con mi compañero elfo, viendo el espectáculo; un enorme dragón azul que se perdía en el azul del cielo y del pasto, si no fuera por el fuego que lanzaba hacia el vacío. Estábamos a bastantes kilómetros de cualquier lugar, ya que el lugar hacia dónde íbamos, el hogar natal de Resande quedaba a doscientos cincuenta kilómetros de distancia, y el último lugar donde descansamos y compramos, estaba por lo menos a trescientos kilómetros. El lugar más cercano estaba a setenta kilómetros, volando sobre el lomo de Vlefner llegaríamos viajando un poco nomás despertar. Había un río que recorría todo Maailmamme, el Nykyinen. Estábamos siguiendo el trazo del río para llegar, ya que marcaba el medio justo de aquél mundo. Mientras Vlefner corría lanzando zarpazos y tarascones al aire, nosotros estallábamos en risas, ya que resultaba muy divertido verlo dando vueltas carneras y rodando sobre sí. En un momento levantó vuelo torpemente y cayó de lleno en un clavado en el medio del río, lo cual generó que se despertase y saliera volando agitadamente. Existía la leyenda de que en algunos puntos del río vivían monstruos gigantescos, aquella noche descubrimos que no

era una leyenda. De en medio del río emergió una enorme serpiente, tres veces más grande que Vlefner, sólo en la parte que salió del río. Estaba realmente enfadada y echaba grandes nubes de vapor, rugía intentando poder atacar al Infierno Azul, que ni lento ni asustado arremetió con gran fuerza contra el enorme animal. Después de unos minutos luchando con gran dificultad, Vlefner tenía las de perder. Resande atacó como un rayo colgándose de la bestia con sus cuchillos, siendo sacudido violentamente y cayendo al agua. Yo estaba realmente emocionado de poder luchar contra un animal tan grande. Había perdido un poco del miedo que había sentido al ver por primera vez al Kelpie o a Vlefner. Ahora cada aventura era realmente emocionante. En aquellas ocasiones dije que era como la incertidumbre del amor. Pero esta emoción es también parte de lo mismo; la efervescencia de los corazones acostumbrados a vivir cada sensación como un fuego inapagable.

Vlefner estaba parado sobre sus extremidades, así que corrí desde su cola usando su espalda como una escalera con mi espada en mano y saltando desde su cabeza como un trampolín. Volé en el aire y caí sobre la cabeza de la enorme serpiente, clavando a Kulteräs en uno de sus ojos. Naturalmente, la sacudida fue tal que aterricé en el pasto como un meteoro, dando volteretas. Como pude, en medio del violento movimiento, separé a Uni y Nukkua y las clavé en tierra para frenar y no lastimarme más. Dado que el pasto es mucho más suave y que la gravedad es ligeramente menor en Maailmamme, no resulté tan dañado.

Pudimos ver como el monstruo se alejaba a gran velocidad por el horizonte. Todavía quedaban largas horas para dormir, pero como resultará obvio, lector, Resande y yo moríamos por saber qué era lo que había hecho a Vlefner comportarse de esa manera, era obvio que estaba en estado sonámbulo. Armamos nuevamente el campamento bajo las alas del dragón, pero no con camas y almohadas, sino con café, mesas y sillas. Resande y yo preparamos nuestras pipas y algunas comidas propias de la pastelería local y Vlefner nos contó su sueño a la luz del fuego interno que corría en lo que él tenía por venas.

—Les contaré qué fue lo que soñaba. Era tan intenso que incluso los movimientos que realizaba se manifestaban en mi cuerpo. Estaba en mi tierra natal, los jardines solares del Sol Mayor, que, como sabemos, no es realmente un sol en sí, sino un planeta de fuego. Estaba feliz en mi cueva, con todos sus pasillos y sus decoraciones de oro, mis montañas de monedas acomodadas, mi cama de piezas de oro y disfrutaba admirando mi riqueza, pero de las cumbres de mi palacio en la cueva, salían dos

dragones, uno blanco y otro negro, ambos tocaban mi oro y este desaparecía, eran más pequeños que yo, y significativamente menos poderosos. Ambos repetían sin parar al unísono:

—El oro es perdición, tú lo sabes, Azul.

No tenía idea de que es lo que querían decir. Luego de luchar un poco, los perseguí hasta afuera, creyendo haberlos expulsado, pero, en un momento, ambos se fusionaron en una sola figura, era Brann Tuli, aunque no el que tú conociste. Este Brann Tuli era el enorme y brillante asesino joven que reinaba en el otro lado del Sol Mayor, que, traicionando a los dragones nos expulsó a vagar por todo el universo. Aunque todo se dio vuelta cuando el Rey Dragón alcanzó el poder que hoy en día posee. En las manos de Tuli se encontraba un arma tan monstruosa que comencé a temblar y casi pierdo mi cola. Solo se encontraba en las leyendas que los dragones ancianos nos contaban cuando éramos pequeños para asustarnos. Se llamaba Lohikäärme. Era un arma legendaria que, según la leyenda, un dragón loco se había dejado seducir por un hechicero orco, que lo había transformado en arma. Se parecía a una guadaña. Su filo era un cuerno, su mango era un fémur, y su cobertura estaba completamente compuesta por escamas. A sus lados había garras y caía por uno de sus extremos lo que parecía ser una cola. En la unión del filo y el mango, se encontraba un ojo cerrado. Se cree que Lohikäärme puede ser usada para matar dragones con tan solo un toque. Comencé a escaparme de Brann Tuli, pero cuando miré para atrás, pude ver al monstruoso dragón gritándome que iba a tomar mi lugar, que iba a salir de Lohikäärme y me iba a dejar a mí en su lugar, quise escaparme por un cráter solar, pero caí en el río y desperté.

No nos detendremos en interpretaciones de los sueños, dado que en Maailmamme los sueños y las pesadillas, nada tienen que ver con la psicología personal de cada individuo, sino que se dan periódicamente en cuestiones legendarias y edénicas, supongo que es otro de los motivos que hacen de este lugar algo tan hermoso. Aun así, en otros lugares de Atlis los sueños se dan por cuestiones inherentes a la psicología de los seres inteligentes. Pero no es lo mismo un sueño de elfo que un sueño humano. Lohikäärme era, según lo que me contó Vlefner, el Dios de los dragones. Un dragón tan poderoso y eterno como el universo mismo, que, teniendo que dejar su forma física se había transformado en una espada legendaria, perdida por esos momentos. Aquello con lo que el soñó, era

una deformación de aquella leyenda que contaban los dragones que pertenecían a otro culto diciendo que Lohikäärme era un demonio que se había transformado en una espada atrapa almas.

Resande se veía muy pensativo y pasó a contarnos un sueño que había tenido la noche anterior.

—Estaba en las montañas que hay sobre el Palacio en Edén. Era un lugar que nunca había visto, ya que siempre me detenía en las fiestas del patio frontal. Desde aquella vista podía ver los enormes patios traseros del Palacio, llenos de niños jugando y animales fantásticos, pero también podía ver más allá, cosas que no puedo describir, ya que desconocía completamente aquellas visiones. Eran semejantes a animales, solo que tenían alrededor un aura de divinidad. Si tuviera que describirlos diría que eran parecidos a los dibujos de los Traidores, pero sin maldad, sin corrupción. Estaban a ese nivel de divinidad en el que uno sabe que no son dioses, pero tampoco son seres mortales. Ninguno había sido dibujado por los antiguos, pero había millares de ellos volando, jugueteando, corriendo, saltando y algunos, hasta luchando por deporte. Vi también a lo lejos un gran mar con tortugas que tenían el tamaño de islas, ballenas y bestias marinas del tamaño de planetas que saltaban y caían sobre el agua bañando aquél mundo por completo. Era fascinante. Me adentré hasta el fondo de un bosque en aquél lugar y encontré un enorme mono blanco sentado en una piedra. No me hablaba, solo me miraba, y cuando quise hablar, de mi boca solo salió música. El mono entonces ríe y me dio un rollo pequeño, que guardé en mi bolsillo. Luchamos por algunos minutos y cuando me venció golpeándome con su palo-báculo, desperté.

En ese momento Resande sacó de su bolsillo el rollo que el mono le había dado en sueños. El idioma que el rollo tenía nos era desconocido, incluso a él, que conocía la mayor parte de los idiomas de Maailmamme.

Continuamos nuestro viaje durante dos días atlianos más. Aún parábamos para entrenar, pero un día en el entrenamiento, pasó algo completamente nuevo. Estábamos en una zona con formaciones rocosas. Vlefner y yo estábamos peleando ardientemente mientras Resande hacía lo que ya llevaba algunas horas haciendo; Intentar descifrar el rollo en lo alto de una de estas rocas. En un momento comenzó a leer en voz alta lo que había podido entender. Su cuerpo comenzó a brillar, su postura cambió, sus brazos se extendieron y bajó saltando de roca en roca, moviéndose

como un mono. Quiso unirse al entrenamiento para probar sus nuevas habilidades, y lo cierto es que había resultado realmente poderoso. Podía esquivar, saltar, correr y golpear mucho más efectivamente que antes, aunque con menor prolijidad. Luego de algunas horas entrenando el efecto pasó, pero Resande seguía pudiendo moverse con la misma agilidad. Había aprendido de su estado temporal.

Luego de viajar algunas horas por las zonas rocosas, comenzamos a sentir que alguien nos seguía. No una sola persona, sino muchas. Fue cuando llegamos al Gran Desierto de Maailmamme que pudimos saber quién era, dado que su poder pudo derribar a Vlefner en pleno vuelo y dejarlo inconsciente.

Capítulo 8

8

Ejército

Perdí el conocimiento mientras caía sobre Vlefner. No podía ver a Resande y en medio del desordenado movimiento que provoca estar sobre un dragón cayendo en picada, no podía ver realmente nada. En medio de la inconsciencia y el estado consciente, abrí mis ojos algunas veces solo para tener que cerrarlos de nuevo, y lo que podía ver entre flashes eran seres con ropajes violeta atando al pobre dragón que yacía inconsciente en el piso. Desperté completamente luego de quien sabe cuántas horas. Me encontraba atado de manos y cuello a un poste. Estaba atardeciendo. Si algo tiene de bueno Atlis es que los atardeceres duran horas, pero en ese momento no estaba para nada interesado en el atardecer, quería liberarme. Los días de entrenamiento con Resande habían dado fruto para liberarme de muchas sogas, pero estas eran sogas de enanos. Aquellos seres de túnicas violeta eran los herreros de Maailmamme, un pueblo de enanos recluidos en las montañas, con un profundo odio hacia los dragones y los elfos.

Mi mente estaba pendiente de cualquier movimiento brusco que pudiera surgir, esperando ver una nube de polvo negro con brillos azules que derribara un par de aquellos seres de baja estatura y largas barbas. Pero eso no pasó.

A mi izquierda había tres enanos limpiando el cañón con el que Vlefner había sido derribado. Esta tribu había montado un campamento en aquella zona del desierto. Estábamos a algunos kilómetros de la ciudad de aquellos barbudos. Los enanos viven en ciudades talladas en montañas, sus profesiones favoritas son la herrería, la arquitectura y la guerra. Tienen una tecnología sumamente avanzada y una historia realmente extraordinaria, pero ahora no era momento de sentarme a beber cerveza y fumar tabaco para conversar con aquellos seres. Lo que me interesaba ahora y lo único en lo que pensaba era en liberarme o hablar con alguno.

Ni Resande ni Vlefner me habían hablado de los enanos, los elfos se llevan realmente mal con los enanos debido a conflictos culturales, pero, con los dragones se llevan aún peor, dado que, al vivir en cuevas, los enanos poseen una enorme cantidad de metales y piedras preciosas, posesiones que ningún dragón dudaría en robar.

Debido al silencio de mis compañeros de viaje sobre los enanos, no podía saber si estaban con el Concilio o en contra, además, no sabía hablar su idioma, lo cual hizo todo bastante complicado.

Me parecía realmente extraño que Vlefner no se despertará, si bien, como cualquiera que sepa un poco sobre enanos, sabrá que las sogas que estos confeccionan son completamente irrompibles, tanto así que sujetaban al lobo Fenrir hasta el Ragnarok.

En un momento determinado, de una de las tiendas salió una mujer humana de plateada armadura, una espada dorada y cabello rojo fuego, rodeada por una guardia de enanos. Tenía en su pecho la insignia del Concilio, así que sospeché que pertenecía a aquel nefasto gobierno. Se acercó hasta mí, me miró condescendentemente y me dijo:

—Si sabes algo de la Revolución, te recomiendo decirlo, no querrás pasar aquí mucho tiempo más.

—Si sabes algo de la Revolución, te recomiendo no pasar aquí mucho tiempo más. —Contesté irónicamente, lo cual me costó una patada en las costillas.

Fue entonces cuando un enano cayó calcinado de frente fruto de una enorme llamarada que salió de las fauces de mi querido y aun atado Infierno Azul.

El ataque iba claramente dirigido a la pelirroja guerrera, pero un enano, aparentemente fiel a aquél sarnoso gobierno, decidió cubrirla.

La piel de los enanos es muy parecida a la piedra, así que aquel ataque no le hizo tanto daño como nos podría hacer a ti o a mí, siempre y cuando, lector, seas humano o elfo, si eres un enano entenderás mejor la relación con el fuego y la resistencia.

Si mi insolencia me costó una patada en las costillas, lanzarle fuego a aquella mujer significaba la muerte para Vlefner, pero imagina un dragón de sesenta y dos metros ante "hombres" cuyas alturas no superan el metro sesenta, y, si bien estaba atado, los movimientos bruscos que producía y el fuego que salía de la corta abertura que le podía dar a su boca, resultaban realmente peligrosos para los enanos.

Desde que el enano cayó al suelo con su barba prendida fuego, pude notar que la mujer estaba aterrada del dragón, así que fue la primera en atacar; lanzó un tubo de metal al aire, para que, al quedar suspendido en momentum, se convirtiera en una gigantesca lanza de mithril. Procedió a tomar distancia, cargar la lanza en una de las ballestas industriales de los enanos y apuntarle a Vlefner en medio de los ojos. Noté que mi reptiliano compañero comenzó a reír burlescamente. Yo había comenzado a gritar, dando la situación por perdida y también a mi dragón guardián.

Clank *Click* y la lanza ya estaba por ser disparada. Pude ver como si fuera en cámara lenta, aquella filosa arma despegando en dirección a mi querido dragón y amigo. Pero fue entonces cuando Vlefner con la dificultad que aquello suponía estando atado, levantó ligeramente un ala de la cual salió aquella nube de polvo negro con destellos azules, y, como un si de un rayo se tratase, vi caer en zig zag al menos a treinta enanos, también la lanza y aterrizó derribando a la mujer quedando entonces Resande en cuclillas sobre su pecho, hablándole con suma rabia en lenguaje élfico. Luego de que la mujer del Concilio susurrara algunas cosas con tono suplicante, Resande le permitió pararse y le dijo:

—De acuerdo cobarde, dinos tu nombre.

—Soy dame Puniukset, Soberana de los Enanos y Duquesa de los Desiertos de Maailmamme, la Reina de Kultainen. Tercer Maestra Mayor del Concilio. —dijo con la mayor seriedad que pudo.

—Supongo que te has enterado de lo que le sucedió a Hvítt. —Dijo Resande mientras amenazaba a un enano con un cuchillo para que me

desate.

—¿Fuiste tú quien humilló a Su Majestad en las ruinas?

—Por supuesto que fuimos nosotros. Yo inicié la Revolución, yo traje a Valittin hasta aquí. —Contestó Resande con gran orgullo mientras se encargaba de la liberación de Vlefner

Al oír aquello los enanos se voltearon y se colocaron alrededor de Resande.

—Elfo de los bosques, dínos ¿Eres tú quien va a liberar a estas tierras y mundos de estos hombres? ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Poniendo a un hombre como Rey Supremo? ¿Planeas derrotar al Gran Rey Dragón una vez que derrotes al Concilio? —Preguntó un enano anciano que parecía ser el verdadero Soberano de los Enanos.

—Estimado Lord Kapios. Dejemos de lado los odios de nuestros pueblos. Este hombre es Valittin, cuyas leyendas fueron iniciadas por tu pueblo y están talladas en tus salones, no dudes de lo que ves. —contestó Resande con amabilidad diplomática.

—¿Qué hacemos con este fósforo plateado? —preguntó Vlefner refiriéndose a Puniukset.

—dame Puniukset, la daga, ahora. —ordenó Resande con ojos de rayo.

—Me torturarán si la pierdo. —contestó la pelirroja funcionaria.

—Entonces únatenos y nadie te torturará. Ni yo para conseguir la daga, ni ellos por perderla. Pero sabe que si aceptas no permitiré ni el más mínimo atisbo de traición y te mataré al instante si intentas algo extraño. De otro modo, vendrás como rehén y prisionera. —Dijo Resande a la mujer.

—Iré con ustedes por voluntad propia, pero la daga quedará bajo mi cuidado. —Dijo firmemente la seria y parca caballera.

—No estás en posición de poner condiciones. —dijo Vlefner encerrándola con su cola, entonces, finalmente, entregó la daga.

—¡Señores enanos! —gritó Resande a aquellos cortos hombres, quienes, en realidad, eran esclavos del Concilio y miraban mal al elfo. —Hoy como recompensa por vuestra liberación, solo les pedimos armas y algunos soldados que estén dispuestos a luchar por la liberación de Maailmamme de las garras de Hvítt Svartur y de sus superiores del Concilio. Al terminar

la guerra, vuestras tierras os serán devueltas con el doble de oro que os ha sido arrebatado.

Algunos enanos dudaban de confiar en un elfo, pero finalmente, fruto de la oferta de oro y devolución de las tierras, aceptaron y conseguimos una compañía de quinientos soldados, y, más adelante, una legión rebelde al mando de Puniukset, quien se había unido ideológicamente a la Revolución y no solo por las amenazas de Resande.

Hasta el momento, sabíamos que una de las dagas la tenía Brann Tuli, otra era la que encontré en Gaboto, también contábamos con la Daga Negra de las Ruinas Oscuras, las dos dagas de Resande y las dos dagas de Heavenny y ahora habíamos conseguido la de Puniukset.

Resande y Heavenny habían robado sus dagas del Castillo del Concilio. Las lanzas de los Caballeros eran viles imitaciones de las dagas, pero estas lanzas jamás podrían abrir ni un Evig ni un Fortært, tampoco podían manejar llaves o volverse polvo como las dagas de Resande.

Necesitábamos las dagas para volver a abrir los Evig, para derrocar al Concilio y para eliminar al Gran Rey Dragón, dado que los poderes de las doce dagas juntas concedían el tamaño y la ferocidad necesarios para esto.

Lo que seguía ahora era llegar al punto de encuentro de los Rajenta para entablar la guerra que tanto tiempo había estado gestándose. Resande tenía una llave que llevaba hasta ahí, pero hasta no haber juntado fuerza de todas las especies y mundos de Atlis, no tenía sentido volver, aun así, luego de conseguir la daga faltante, sería necesario que yo pase un tiempo en nuestra tierra para conseguir las dos dagas que había allí, el Mavalla era el mapa que marcaba la ubicación de las dagas faltantes.

Algunos días después, al intentar comprobar el poder de las dagas, descubrimos que dos de las que teníamos en nuestro poder no eran las dagas auténticas, sino imitaciones, dado que se rompieron al ser golpeadas con las dagas de Resande. No estaban hechas de metal de

Evig, sino de aleaciones de plata y acero. La daga negra y la daga de Puniukset eran falsificaciones. Pero, la daga que había encontrado en Gaboto, no se había roto. Entre mi espada de fuego de los Solares, Uni Nukkua y la daga, me encontraba en condiciones de luchar contra lo que viniese. Las dos dagas de Resande le concedían el poder de convertirse en nube de polvo y la invisibilidad. La daga de Brann Tuli le permitía crecer en tamaño tanto como quisiera. Y las dagas de Heavenny, funcionaban para atravesar elementos sólidos y para leer mentes. La verdadera daga negra, concede el poder de fundirse en las sombras o ambientes oscuros, y la verdadera daga que Puniukset debería haber tenido en su poder, permite tener una piel impenetrable. Pero ninguno conocía el poder de mi daga, pues había estado perdida demasiados siglos. Resande la había encontrado en mi mundo, y dado que estaba allá, su poder no tenía eficacia alguna. Intentamos por todos los medios activarla, pero no hubo caso.

Estas dagas son tan antiguas como los Evig y están compuestas del mismo material que dichos portales.

Así como los Fortært son hijos de los Evig, las dagas tienen también hijos e hijas forjables. Una de las manifestaciones de los hijos de las dagas son las llaves de los Rajenta.

Preguntamos a los señores Enanos si tenían alguna daga en su poder, pero la única que tenían les fue arrebatada por el Concilio.

Cuando estábamos prontos a partir, los enanos nos regalaron carros de guerra, catapultas, cañones y nos dieron un pergamino sellado que debíamos entregar en nuestra próxima parada.

Pasaron los días, volábamos sobre Vlefner y dormíamos dentro de sus alas, como de costumbre, pero a Puniukset la habíamos atado con cuerdas enanas ya que no confiábamos del todo en ella, por obvias razones. No sería nada sabio confiar en un antiguo enemigo que de la nada y casi sin razones decide unirse a uno. No fue hasta que comenzó a revelarnos información sobre el Concilio mismo que comenzamos a tenerle confianza, pero, aun así, dormía atada de sus tobillos. Al haber sido Tercer Gran Maestro, tenía acceso a todas las bibliotecas y salas del saber de los grandes Palacios. Pero estaba harta de tener que pedir permiso para todo, de tener que pagarle al Concilio para ser conocida, de no poder disfrutar

libremente. Había ocasiones en que se realizaban conciertos nocturnos, entonces el Concilio mandaba guardias a decir que los vecinos se quejaban de los ruidos y así perseguían al que pensaba distinto o denunciaba las injusticias. Puniukset era un alma claramente libre, una humana con resabios de cierto salvajismo de espíritu. Pronto nos hicimos amigos y compartimos el conocimiento que ambos teníamos.

Estábamos a dos días de viaje de la Capital donde se encontraba el Palacio del Concilio de Maailmamme, cuyo trono era ocupado por Hvítt. Aún nos encontrábamos en los Campos de la Reina del Cielo. Su castillo se podía observar a la distancia. El paisaje era en verdad asombroso, podía ver los barcos y serpientes voladoras de las que me hablaba Resande y a lo lejos se podía observar un bosque gris, pero lo más sorprendente, era el castillo de la Reina. Cortaba el paso como si fuera una nube que tocaba la tierra una escalera de mármol de Carrara que subía hasta el cielo y arriba de todo, un castillo con apariencia de arquitectura art nouveau de nuestro mundo, blanco nube del cual colgaban jardines.

La noche nos alcanzó, así que Vlefner se colocó en su pose de carpa y tanto los enanos como los legionarios armaron su campamento.

Una vez bajo las alas del dragón comencé a conversar;

—Puniukset... —dije

—Dime Puin, por favor. —me contestó.

—¿La Reina del Cielo es parte del Concilio?

—No exactamente. Recibe sus favores y les vende animales exóticos y comida de las nubes. Pero ella y sus plebeyos no participan en ninguna guerra, ni poseen dagas ni arma alguna. Solo se salva de ser atacada por su admirable belleza. Cada vez que entraba al Palacio, debíamos escondernos para no llorar su hermosura. Verás, sus cabellos también son rojos, pero superan en brillo y hermosura a mi cabellera. Además, posee unas majestuosas alas blancas que utiliza para moverse. Y si se siente cansada, monta en su dragona celestial.

—Seres despreciables si los hay. —añadió Vlefner

—Tu no quieres a nadie, mi escamoso amigo. —dijo Resande

—Estamos muy cerca de la Capital, pero pasemos por el Castillo Celeste para recuperar energías y provisiones. —sugirió Puin

Resande se levantó para dar aviso a los enanos y los legionarios de nuestros planes y volvió a los pocos minutos. Yo estaba mostrándole a Puin como tomar y preparar mate. Sin duda la mejor posesión que había llevado a Atlis desde mi casa era el mate. La cerveza corría en ríos, cuyas orillas estaban repletas de parras del lúpulo más aromático. El tabaco crecía entre la hierba y se secaba ni bien crecer, así que estaba por doquier y era del mejor que hubiera probado jamás, pero la yerba mate no era algo que creciera en todo Atlis, así que había llevado varios paquetes que Resande guardaba en su mágico bolso.

Puin comenzó a revelarnos información sobre los demás Maestros del Concilio, eran once además de ella y cada uno tenía una guardia personal de los mejores y más disciplinadamente entrenados defensores, cada uno tenía un mago, un guerrero, un experto en cuchillos, un arquero y tres dragones. Le pregunté dónde estaba su guardia, y me contestó que se encontraban en otro de los mundos, el cual se podía ver desde nuestro campamento;

—Allá, ¿lo ves? Es Meidän Kultainen. Allí está mi Palacio del Concilio, aquí solo soy Duquesa de las Montañas y Soberana de los Enanos, pero allá soy Tercer Gran Maestro y Reina de Kultainen... bueno, quiero decir, lo era cuando estaba en el Concilio. El verdadero Rey de Kultainen es un elfo oscuro, al que condené al exilio. —dijo Puin con notable arrepentimiento.
—Sugiero que vayamos a dormir para aprovechar el viaje mañana.
—propuso Resande.

Puin dormía cerca mío, yo había colocado a Uni Nukkua bajo mi almohada, como de costumbre, y ella se acostó a dormir al lado de la espada, sin saberlo. Cuando despertamos, la vi sentada mirando al cielo por una de las aberturas de las alas de Vlefner con lágrimas en los ojos.

—Estuviste allá, ¿no? En Eden. —dije

—No sé cómo llamarlo, ni cómo explicar lo que sentí allá.

—contestó con notable nostalgia.

—A veces pienso que quizás, los sueños que tenemos sobre Eden son recuerdos de un lugar que existió en el pasado y ahora solo nos llega ese resabio. Como las estrellas en mi mundo. Puedes ver la luz que han dejado incluso después de muertas. Como los amigos, quienes después de muertos, nos iluminan con recuerdos. Quizás Eden es Atlis en sus inicios, una mínima parte de algo. O quizás realmente sea un lugar físico. ¿Quién sabe? —concluí

Aún faltaba una hora para que suena la trompeta que despertaba al campamento. Teníamos grandes bestias de carga usadas por los enanos, además de carros y bayares de los soldados bajo el mando de Puin. Desde el desierto habían sido ya tres días de viaje y habíamos llegado a las puertas del bosque de piedra. Realmente eran ruinas muy antiguas. Atlis tiene millones de siglos de existencia, y todas sus civilizaciones fueron avanzadas e inteligentes, y es por eso que está lleno de ruinas en todos sus mundos. Estas eran las ruinas de algún gigantesco palacio lleno de columnas que ahora habían quedado como árboles, dado que en sus puntas habían crecido enredaderas. Era un lugar realmente hermoso, las columnas de piedra blanca con el verde de las hojas y las flores multicolores que ocupaban su suelo siendo iluminadas por el sol cenital daban sensación de tranquilidad.

La fauna del bosque consistía en simpáticos monos blancos que se camuflaban entre el blanco de las columnas, algunos ciervos enormes con ramas florecidas en lugar de astas y algunas leyendas contaban que había hombres de piedra, pero hacía siglos que nadie veía uno. Sinceramente, el bosque parecía más un laberinto, pues había muros que no estaban del todo derribados. De todas formas, no había manera de hacer entrar a una legión y una comitiva por aquellas estrechas paredes. Así que enviamos a un grupo de mensajeros enanos a entregar el pergamino. Ninguno de nosotros sabía lo que decía. Uno de los enanos nos dijo que era un mensaje para otra ciudad de enanos que vivían en una montaña cercana al brazo más ancho del Nykyinen. Resande dijo que lo mejor sería enviar a Vlefner con algunos soldados y nosotros intentar rodear la zona del bosque de piedra, sin embargo, yo no estaba de acuerdo, quería atravesar el bosque para ver cómo era, saber que había y quizás, hasta encontrar algo. Discutimos un rato y decidimos que una compañía iba a rodear el bosque y la otra lo iba a atravesar, mientras Vlefner iba a la otra ciudad de enanos acompañado de algunos de ellos. Resande se fue con Puin y la mayor parte de la cohorte. A mí me acompañaron unos cuarenta

soldados.

Realmente no vi nada fuera de lo común (para los parámetros de Atlis) Pero sí encontré un libro de cuentos y leyendas, al cual atesoré con muchísimo amor, tanto que me lo llevé y lo leía todas las noches, tenía muchísimas páginas y estaba escrito en idioma élfico, el cual Resande me había enseñado a hablar y leer. Se encontraba lleno de dibujos y algunos hasta tenían movimiento. Cuando estaba a unos metros de la salida del bosque algunas horas después, pude ver a Resande y la comitiva esperando al otro lado, cuando de uno de los árboles o columnas más altos, bajó un ave enorme, con plumas de mármol, tan fino y liviano que le permitía volar. Emitió un alarido y estalló la lucha. Cuando digo que era enorme, significa que realmente era gigante, el extinto Argentavis de nuestro mundo era tres veces más pequeño que este ejemplar rocoso. Separé a Uni y a Nukkua y me dispuse a pelear con la mayor habilidad posible. Las garras de las patas, al igual que el pico, parecían estar hechos del oro más duro. En el pecho tenía un brillo rojo entre medio de las plumas de mármol. Los alaridos que lanzaba eran ensordecedoramente metálicos. Sus garras parecían espadas afiladas y su pico, la punta de una jabalina. El ave era un autómatas de los enanos que habían habitado aquel lugar en otro momento de la historia, pues aquél bosque eran las ruinas de una de las grandes ciudades enanas de la superficie. Los golpes de mis espadas no le hacían daño alguno, solo alcanzaba a quebrar algunas plumas o rallarlas. Los soldados de mi comitiva tampoco tenían éxito en sus ataques. Resande y su compañía acudieron en nuestra ayuda, pero, aun así, ni con la legión llenando de flechas y lanzas al enemigo tuvimos éxito. Los quinientos enanos estaban postrados en tierra y ninguno atacaba. Pues esta ave era una especie de dios para ellos. Y ya nos habían dicho que no había una forma conocida de detenerlo, había sido creado por antiguas tribus enanas millones de siglos atrás. Verla con el mármol cachado y con las plumas quebradas era realmente aterrador. En un momento, emprendió vuelo y se despojó de todas sus plumas, que cayeron a tierra como granizo, y mataron a gran cantidad de soldados, yo me había refugiado bajo una de las partes que conservaban un mínimo de techo y resulté ileso, pude ver como el terrible monstruo dejaba al descubierto sus mecanismos metálicos y las membranas de sus alas. Este era el momento de atravesarlo con flechas y perforar sus alas. Era un plan perfecto, hasta que el ave descendió en picada, aterrizó en lo alto de una de las columnas y comenzó a picar y tragar mármol, que luego saldría en forma de un plumaje nuevo. Ni siquiera Vlefner con su fuego y sus garras habría podido derrotar a aquél ave, que, de hecho, tenía aproximadamente su tamaño.

—dame Puin, deme su lanza. —Dijo Resande con toda calma.

Puin le entregó el tubo a Resande, quien lo lanzó hacia arriba, haciendo que se abriera desde ambas puntas y cayera clavado en tierra, entonces, Resande, haciendo uso de la habilidad que el mono de Eden le había obsequiado, subió saltando todas las columnas y llegó a la más alta, se posicionó, apuntó, y con todas sus fuerzas, disparó al ave, que se encontraba en vuelo a punto de atacar. La lanza atravesó el pecho del enorme conjunto de oro, engranajes y mármol, que cayó a tierra desplomándose y rompiéndose, dejando al descubierto la batería central, que Resande había atravesado con la lanza de Puin. Los enanos enseguida fueron corriendo y desarmaron al ave para construir armas y vehículos con sus partes.

El concepto de lo sagrado para los enanos era válido en tanto sus máquinas estuvieran en funcionamiento, una vez que estaban rotas, armaban cosas nuevas y dejaban por escrito todo cuanto aprendían.

Seguimos viaje y vimos que venía volando nuestro compañero dragón, seguido por una flota de barcos aéreos, llenos de soldados enanos.

—Los enanos de la ribera del Nykyinen envían sus saludos a Valittin y ofrecen como obsequio y cooperación a la Revolución contra el Concilio esta flota de barcos cada uno con capacidad para una legión de soldados. —dijo un elegante enano en armadura.

Luego de los diplomáticos agradecimientos, emprendimos el viaje nuevamente. Resande y yo íbamos montados en Vlefner, Puin comandaba el barco del frente. El viaje se volvía más interesante y cada vez más peligroso. Después de algunas horas llegamos a las orillas de la nube donde se erigía el burgo de la Reina del Cielo. Atrancamos los barcos en sus puertos celestiales y emprendimos el camino hasta Palacio. Los soldados de la Revolución se quedarían cuidando los barcos hasta que Resande, Vlefner, los diplomáticos de los enanos y yo volviéramos de hablar con la Reina.

Capítulo 9

9

Nubes

Debo describirte, querido lector, hasta el más mínimo detalle, el lugar donde nos encontramos desde que llegamos hasta que nos fuimos, ya que su visión fue lo más impresionante que vi en mi vida. Debo describirte cómo fue conocer a Tündéri, la Reina de las Nubes, comer de los árboles que en sus jardines crecían, los cantos de su compañera dragón. Esto y tantas otras cosas. Comenzaré por contarte que la gente que habitaba el burgo de las nubes se veía realmente curiosa; sus cabellos eran convenientemente similares a las nubes de las cuales estaban rodeados, sus labios estaban pintados de rojo más brillante y su piel era blanca. Sus ropas estaban hechas de plumas de las aves que atravesaban sus hogares, dado que estaban en el cielo. Algunas ropas incluso, (sobre todo entre los más pobres) estaban hechas con paja que los pájaros llevaban para sus nidos y que los cazadores desechaban en las calles. Se las habían arreglado para poder plantar algunas flores acuáticas en estanques y fuentes. Casi todo allí arriba estaba hecho con hielo, nubes, plumas y plantas. Dominaban en el paisaje los colores de la gama del azul, el blanco y quizás algún verde, pero más ocasionalmente.

Los pintores utilizaban pigmentos comprados en los reinos de Maailmamme que estaban bajo el dominio independiente de la Reina, dado que el Concilio había prohibido el comercio de pinturas y materiales artísticos.

Comenzamos a caminar por las calles de aquel extenso lugar. El nombre de este reino era Royaumges, en su lengua, Reino de Nubes. El comportamiento de estas curiosas personas de nube me recordaba a lugares del mediterráneo europeo. Su ciudad estaba construida de manera similar a la Francia de los años 900 por lo que pude observar con mi ojo de arqueólogo. Incluso los vestuarios eran parecidos. Esto se debe a que un francés llegó a Atlis por medio de un Evig y fundó Royaumges. El nombre del reino tiene rasgos franceses; "royaume" es "reino" y "ges" puede ser "nuages" que es "nubes" en francés. Royauume des Nuages

evolució en Royaumges.

El reino estaba orientado hacia el este, mirando al Nykyinen y en el muro este, estaba ubicado el palacio, de modo que era visible desde cualquier punto donde uno estuviera parado. El palacio era una enorme construcción de cristal, con balcones colgantes, decoraciones por doquier y desde lejos se distinguía la figura de la dragona que acompañaba a la reina al volar, una criatura blanca, con la mayor sutileza que un dragón pudiera tener, sus escamas parecían estar hechas de nubes, sus ojos eran del azul del mar y su canto es algo que no podría describir. Si bien era un ser de lo más benevolente, había combatido en las filas del Gran Rey Dragón con una ferocidad impresionante. Además, podía cambiar de tamaño cuando quisiera. Normalmente estaba en un tamaño enorme para proteger las torres del castillo. Si en algún momento tenía que abandonar la guardia para dormir, unas enormes Argentavis tomaban su puesto. Entonces Clavakker, pues ese era su nombre, tomaba el tamaño de un perro y dormía junto a la reina a los pies de su cama.

Luego de atravesar una plaza llena de artistas, músicos, actores y escultores de nubes, pudimos llegar a las puertas del palacio. Puertas hechas de diamante con picaportes de oro puro y mosaicos de nubes endurecidas. Naturalmente, buen lector, estas nubes son la evaporación del Gran Mar, combinada con los átomos de Evig que hay en el aire de Atlis, es por esto que su composición les da la característica de poder endurecerse, crear ciudades, esculpir y también flotar, es decir, no son simple agua contenida y congelada en la atmósfera como en nuestro mundo. Vi un gran edificio de apariencia industrial, después de haber preguntado cuál era la función de dicho local, me dijeron que era la compresora de nubes, allí entraban las nubes y salían hechas ladrillos, arcilla o lo que se necesitara.

La ciudad principal estaba llena de estatuas de la Reina y de Clavakker.

Hasta esta altura de las notas de viaje que conforman esta novela, no he hablado de la música en Atlis. Cada vez que recuerdo Royaumges me deleito con la memoria que conservo de su música y las canciones de su gente.

En los lugares despoblados de Atlis la música es natural. Las distintas tribus nativas (de quienes hablaremos más adelante) creen que es música

de Edén que se transporta a nuestro mundo.

En el País de las Nubes la música natural de los campos del lugar era una maravillosa melodía danzarina que saltaba y bailaba por sí misma en los oídos de los campiranos.

Las calles principales estaban llenas de flautistas, acordeonistas, guitarristas y toda clase de instrumentos propios de aquel mundo.

Una banda de hombres de las nubes cantaba junto con un extraño hombre—gato una canción que decía lo siguiente:

Sean ustedes muy bienvenidos a este país

Un lugar donde el cielo nunca está gris
Un lugar donde las nubes se besan entre ellas
El lugar de las hadas y elfas más bellas

Es en nuestro reino donde la magia vas a respirar
Es aquí donde tus sentidos te harán querer girar
La infancia se abraza con el alma
Y las hadas danzan en tu palma

El corazón te dará varios saltos

Y tus pensamientos serán los más altos

Nuestra amada reina nos representa

Nos protege y alimenta

Su dragona nos mira desde la torre
A su vista cualquier enemigo corre

Nada nos falta, nada necesitamos
Con entusiasmo y placer trabajamos
Si algo acaso precisamos
La reina nos lo concede y nosotros la amamos

Estas canciones cantaban los músicos de la plaza central del patio interior del palacio, el cual estaba lleno de gente comerciando distinta clase de cosas. Me ahorraré las descripciones del mercado ya que no guardaba demasiadas diferencias con las cosas que ya conocemos, pero, debo decir que el patio del castillo, era una verdadera ciudad con sus partes y todo lo que puedas imaginarte. Entre el patio y el castillo, había un bosque frondoso y lleno de bestias pertenecientes a la Reina con sus respectivos cuidadores.

Un bosque lleno de naranjas gigantes, sandías poblando el suelo, tantas que se rompían al caminar, manzanas doradas y frutas que jamás en mi vida había visto. El aroma de aquel lugar era algo mágico. La descomposición de los organismos en Atlis no es como en nuestro mundo, aquí las cosas vivas o aquellas que alguna vez lo estuvieron, pasan a otros estados. Las frutas jamás se pudren, hay especies que nunca envejecen y, si bien, las cosas no son eternas porque nada aquí dura realmente para siempre, duran mucho más tiempo que las vidas de las personas.

Finalmente llegamos al palacio real. Las puertas estaban resguardadas por dos enormes leones blancos y los alrededores estaban llenos de frondosa vegetación. Uno de los leones se llamaba Ruhand y el otro Eacla. Debían cuidar a la reina a toda costa. Después de un cuestionario entre Resande y los leones en la lengua de aquellos animales, ambos entonaron un canto y la puerta se abrió. No hace falta que describa lo inmenso del castillo, lo hermoso de los palcos, lo majestuoso de las escaleras, pues todo aquello quedaba corto, pequeño, despreciablemente insignificante ante la visión de la Reina con sus alas desplegadas recibiéndonos, alertada por el canto de sus guardianes. El trono se ubicaba al fondo del salón, en lo alto y en el centro justo de la pared. Un hermoso trono de oro y nubes. Había en aquel lugar gran cantidad de cortesanos. Pasamos algunas horas allí hablando con algunos, fuimos amablemente atendidos con diversas bebidas y comidas, luego todo el mundo se sentó. La Reina entonces pidió silencio desde su trono levantando su mano. Todos callaron de inmediato. Con su terrible y divina voz pronunció las palabras:

—Habla, Valittin. O que el elfo hable por ti, ya que su corazón late más fuerte que el tuyo.

Resande dio unos pasos al frente y comenzó a hablar;

—Señora reina, señores cortesanos. La representación de Maailmamme ante esta asamblea, se complace en cumplir, en primer término, el

agradable deber de festejar la adhesión de tres reinos a los dominios de Su Majestad. Saludamos pues, en las personas de su Reina, y de sus dirigentes a los reinos de Krantí, Thawra y Geming, Reinos de las tierras de Drugic y Kultainen, y hacemos voto porque estos reinos se han unido al grupo de reinos no alineados, que luchan contra el Concilio y su tiranía.

La Revolución que hemos estado llevando a cabo los Rajenta rebeldes entre los reinos principales ha crecido cada día más, teniendo ya acorralado al Concilio y teniendo en nuestro poder la mayoría de las antiguas dagas. Hemos encontrado a Valittin y lo hemos devuelto a nuestro mundo, para que reine justamente como antaño. Una vez que liberemos a Maailmamme del Concilio, podremos finalmente derrotar al Rey Dragón y devolver a los Solares lo que es suyo por derecho. Te pedimos a ti, oh benevolente y divina Reina de Royaumges y de las tierras libres, que apoyes nuestra causa con soldados y armas. Sabemos que mantienes relaciones diplomáticas con todos los poderes de nuestro mundo y que muchas veces te encuentras con las Autoridades Superiores cara a cara. Te pedimos ahora que veas la injusticia con la que actúa el Concilio y los combatas junto a nosotros, ya que, de otra manera, se volverán contra ti y tu reino estará en gran peligro. Tenemos en nuestras filas a quien fuera la Tercer Maestra Mayor del Concilio, dame Puniukset, la dama de los Desiertos. Hemos rescatado a los enanos que ella había capturado y arrebatamos la daga que el Concilio le dio a proteger. Lamentablemente era una falsificación y la daga verdadera se encuentra perdida. Esto ha causado que dame Puniukset se una a nuestra causa de todo corazón. Hemos, además, derrotado a Hvítt Svartur en las Ruinas Oscuras. La daga oscura también resultó ser falsa. Pero tenemos en nuestro poder, la daga más importante. Aquella que estaba en el mundo de Valittin. Lo que sigue ahora...

—Alto Rajenta. —ordenó la Reina— Has conseguido llamar mi atención. No solo has logrado que un Maestro Mayor enderece su senda, sino que has conseguido una de las dagas perdidas. Debo confesarte que la daga del desierto está en mis dominios, resguardada con toda seguridad. Me fue entregada por Svartur en una negociación hace años.

Me uniré a tu causa, noble Sirviente. Y a ti, viajero Valittin, ¿Qué más puedo ofrecerte? Tienes en tu poder la daga más importante, además de poseer la Espada del Edén. Solo puedo ofrecerte armaduras, oro y una montura oficial. Te entregaré a uno de los leones de mi prado; Karama, porque eres digno de tenerlo y cuidarlo. Deberás cepillar su melena y cuidar las plumas de sus alas. Te entregaré también una armadura para

él.

A este punto, Vlefner había guardado silencio, pues dado que su personalidad no era muy política, solo habría hecho el ridículo al intentar hablar. Pero lo que más le preocupaba, era que Clavakker no dejaba de mirarlo desde los pies del trono de la Reina. Esto lo ponía más nervioso que cualquier otra situación.

—Dime, bello dragón azul; ¿Quién eres? ¿Hay algo que pueda hacer por ti en este día? —preguntó la Reina volando hasta Vlefner.

—Mi nombre es Vlefner Infierno Azul y estoy ligado de por vida a la vida de Valittin. Si Su Majestad desea hacer algo por su servidor, lo único que podría ser, es darme una armadura digna de un dragón. —dijo firmemente mi amigo. —

—Así será querido dragón. —exclamó la Reina soltando una risita. —

Pasamos la noche en los salones reales. En un momento de la larga noche de Maailmamme, que, desde las alturas era mucho más bella, comencé a escuchar una música apacible y hermosa. Venía desde lejos. Al asomarme para mirar por la ventana, pude ver una de las lunas brillando llena en todo su esplendor, en su forma de esfera, riendo desde dentro de los piropos y amorosas palabras que le llegaban de algún sol que la quería cortejar. Era algo realmente hermoso de observar. En un momento, la redonda y brillante escena, se vio interrumpida por la contraforma de dos dragones enormes danzando alegre y hermosamente por el cielo. Vlefner y Clavakker habían estado conversando durante toda la noche y se encontraban volando juntos sobre los jardines reales. Era un espectáculo realmente genial, la luna brillando con toda ternura y mi amigo encontrando el amor. Cuando finalmente aterrizaron para ir a dormir, me recosté pensando en lo que venía ahora. Resande no tenía la mente en nada que no sea la Revolución, pues su vida entera se había dedicado a eso. Yo me encontraba en una especie de viaje de vacaciones al lugar con el que siempre soñé, pero se sentía como que disfrutarlo era inmoral, porque de mí dependían todos para liberar a estos mundos. Intenté no darle más importancia y me fui a dormir.

Al día siguiente nos reunimos nuevamente con el ejército de la Revolución, Puin y los enanos para emprender viaje y seguir buscando las dagas. Luego iríamos al castillo del Concilio para poner fin a todo de una

vez.

El camino que la Reina nos había marcado hacia la siguiente daga comprendía el paso por una de las montañas más grandes de Maailmamme, debíamos llegar allí atravesando el mar de nubes, el cual, realmente era un mar, con flora y fauna propios. A esta altura no te sorprenderá, buen lector, que una enorme y exageradamente gigante serpiente saltó por encima del mar de nubes, asomando su monumental cabeza. No hace falta explicar demasiado. El silbido familiar de Resande activando sus poderes, destellos azules y polvo negro. Puin, comenzó a correr gritando y usando todas sus habilidades con la ayuda de los enanos. Vlefner comenzó a rugir en un volumen ensordecedor y sus ojos expulsaban fuego. A este punto, estas cosas me divertían, ya no importaba si mi vida corría algún riesgo. Encendí al máximo todos los interruptores que mi emoción tenía disponible, y así, inflamado en fuego de alegría, salté corriendo desde la cabeza de Vlefner, separé a Uni de Nukkua y comencé a atacar a aquél enorme animal cuyo punto de apoyo, seguramente era alguna montaña o punto elevado. Mis espadas de sueño solo le hacían cosquillas, mi espada de fuego era demasiado pequeña como para herirla. Me divertí unos instantes lastimándola superficialmente, arrancando algunas escamas y plumas propias de aquel reptil enorme. No era Quetzalcoatl, su tamaño era ínfimo comparado con la enorme Kukulcan. Me di cuenta que la cosa era en serio cuando la serpiente abrió sus alas y observé que todos estaban peleando en serio excepto yo. Así fue como, parado entre los ojos de la bestia, clavé mi daga en el centro de su frente.

Luz. Lo único que puedo decir, es luz. El enorme animal abrió la boca y los ojos de par en par y comenzó a expulsar luz. Después de algunos momentos, me encontraba montando a la enorme serpiente mientras mi león descansaba en uno de los barcos. En ese momento conocimos el poder de la daga. Era la más peligrosa de las doce. Esta controlaba la voluntad de los seres. O eso creíamos, por lo que habíamos podido ver.

Entre los enanos ya contaba con innumerables apodosos y nombres legendarios en sus propios idiomas. Me divertí todo el viaje tomando cerveza, fumando el tabaco de los enanos, exploramos una enorme cantidad de islas flotantes llenas de especies extrañas de frutas y animales, ni siquiera Resande las conocía a todas, y él tenía miles de años viviendo allí.

Finalmente llegamos a la isla que el mapa nos indicaba. Era realmente enorme, y estaba conectada a otras dos islas por encima de la base, caían de las islas superiores, hermosas cascadas de agua pura. Arriba de todo estaría la daga. Pero no podíamos subir aún, ya que sentada en rombo, se encontraba Heavny esperándonos. Cuando Resande finalmente bajó del barco, la elfa se puso en pie y blandió sus dagas:

—Bienvenido, hermano. Te esperé desde la última vez que nos vimos. Me imaginé que vendrías acá. Veo que juntaste un buen ejército para hacerle la contra a lo que el destino y las Autoridades ya determinaron. —dijo Veny—

—Veo que sigues sin razonar. Si tanto piensas así, deberías devolverle al Concilio tus dos dagas. —dijo Resande con frialdad. Estas palabras hicieron que su hermana se pusiera incómoda. — Ya que las robaste justamente para derrocarlos. Los espías dicen que el Concilio ya tiene todo prácticamente listo para zarpar rumbo al Sol Mayor arrastrando todo a su paso. Si planeas retrasar este frente de batalla mucho más, avísame, así doy la orden y los otros Rajenta pueden actuar tranquilamente.

—No tienes idea de lo que dices. Tus recuerdos son los que están alterados, no los míos. —dijo Heavenny poniéndose nerviosa—

—Con que esas tenemos. Date cuenta, es el Concilio mismo quien te implantó esas ideas en la cabeza. El Cuarto Maestro Mayor es un científico loco y realmente oscuro. Seguramente tuviste un encuentro con él.

—Irrumpió Puin. — El suele manejar a las personas por medio de hechizos causando este tipo de efectos.

Heavenny entonces comenzó su ataque gritando y arremetiendo contra Resande con fuerza. Los árboles enormes que había en aquel paradisíaco lugar, le servían a Resande para rebotar por todos lados con los poderes que el mono le había brindado en Eden. La lucha en un momento terminó siendo un remolino de polvo negro y polvo blanco, los destellos de ambos elfos brillaban y lo único que se escuchaba era el silbido producido por sus poderes y los choques de las dagas. Se me había ocurrido hacía ya largo rato clavar mi daga a la elfa para librarla del supuesto hechizo. Pero cuando le quité la daga a la serpiente gigante, esta volvió a su agresivo comportamiento y tuvimos que matarla, entonces lo mismo sucedería con Heavenny. Por el momento no dije nada y dejé que Resande luchara con ella algunos momentos más. Para pensar en algún plan mejor. Mientras todos veían como los elfos luchaban, fui montado sobre Karama al barco de los herreros y les pedí algunas armas. Un escudo y una pistola de red. Volví a la mayor velocidad que pude sobre mi león y me metí en medio de la pelea entre Resande y Heavenny, ambos tomaron distancia frenando con sus pies sobre la arena de la isla. Heavenny entonces comenzó a decirme que me quitara del camino o saldría lastimado. Resande se quedó en silencio sabiendo que yo tenía un plan. La elfa sacó su arco y con tres flechas recién invocadas con magia comenzó a dispararme, para eso era el escudo, comencé a correr alrededor de ella buscando el ángulo correcto para disparar con la red. Cuando por fin pude hacerlo, con una de sus dagas cortó la red, así que no me quedó más que luchar arriesgándolo

todo y la atacó con la daga. No quedó clavada, sino que le hizo un corte superficial en el costado del cuello bajo su oreja izquierda. Otra vez; luz. Gritos y llanto. Salió de ella un espectro de humo verdoso que comenzó a maldecir a Heavenny por no haberle llevado las dagas. El espectro era el equivalente a un holograma del Cuarto Maestro Mayor del Concilio, Lord Ölumë. La elfa quedó en un estado de conmoción grave. Intentamos acercarnos para hablar con ella, pero abrió un Fortært y desapareció. Nosotros entonces subimos a la isla superior y nos llevamos la daga.

Los días siguientes Resande estuvo en un silencio atroz, no comía, no tocaba música, no fumaba, no tomaba mate. Solo pensaba y escribía.

Puin y yo nos hicimos más cercanos en las largas noches que pasábamos mirando los cortejos de las Lunas y los Soles, inventando historias sobre las cosas que pasaban en los mundos que veíamos desde aquél en el cual estábamos, todo esto, recostados en las costillas de mi acolchonado león. Vlefner andaba bastante tonto, fruto del enamoramiento. Más de una vez me confesó que quería pedirle a Resande el favor de abrir un Fortært hasta Royaumges para visitar a Clavakker, pero que en el estado de tristeza del elfo pensaba que no sería una muy buena idea.

Me la pasé haciendo armas, tocando música, cocinando cerveza y probando todo tipo de café que traían los enanos de las montañas. Estábamos a solo un día de viaje de la base rebelde en el Bosque, el hogar de Resande en el extremo noroeste de Maailmamme. Lo alcanzábamos a ver desde lejos. Extrañaba dormir bajo las alas de Vlefner, extrañaba que solo seamos el elfo, el dragón y yo. Pensaba que todo podía volver a ser así en algún momento cuando termináramos la guerra... pero entonces Resande habló. Dijo algo que generó un cambio importante en esa idea.

Capítulo 10

10

Guerras

Las actitudes de Resande desde el encuentro final con Heavenny habían cambiado radicalmente. Todo chiste había quedado atrás. Apenas comía, la música que tocaba era insoportable. Vlefner había intentado hablar con él en numerosas ocasiones, infructuosamente.

Resulta que los secretos de la mente de la hermana de mi amigo incluían muchos datos secretos de la Revolución, ya que ella, junto a Resande habían dado inicio a la misma. Esto había preocupado mucho al elfo y era lo que turbaba su mente. En lo poco que hablé con él, me permitió saber que el manifiesto de la Revolución establece la ejecución de aquellos que revelen información sobre los planes a los organismos opositores. Sobre todo, en casos de Alta Traición como revelar información al Concilio. Pero en este caso Heavenny había sido probablemente hechizada por Lord Ölumë al encontrarse y trabar lucha con él en algún momento.

Llegamos al Bosque una tarde de primavera. Las flores volaban en el aire mientras aterrizábamos los barcos en sus afueras. Vlefner se sentía realmente incómodo moviéndose entre los árboles. El tamaño del Bosque era equivalente al de dos reinos. La Revolución tenía sus cuarteles en el Palacio del Bosque, oculto entre los pasadizos y casi completamente subterráneo.

El Concilio tenía prohibida la entrada al bosque, ya que las Autoridades Superiores los fulminaban cada vez que intentaban entrar, Puin tenía miedo de pasar. Pero luego de charlar con ella la pudimos convencer y no hubo problema. Es por esto que hasta hoy, se dice que las A.S estaban contra el Concilio en sus cruzadas y a favor de la Revolución, que había elegido el Bosque para sus operaciones justo por este motivo.

Los Rajenta se encontraban resguardando la sala y preparando Fortært en caso de tener que salir con urgencia.

Los ejércitos de los demás Rajenta se encontraban reunidos en el Gran Salón de aquél palacio. Con Puin de nuestro lado, podríamos saber todo

cuanto queramos del Concilio, al menos tanto como ella sabía. Solo faltaba Resande en aquella reunión, los otros mil Rajenta y sus ejércitos ya estaban reunidos esperándolo. Lo llamaban Rey y muchos de ellos lloraban al verlo en el palco superior, observando hacia abajo. Esto era lógico, ya que Resande había pasado décadas sin aparecer por aquellos lugares. No se atrevió a decirle nada a nadie sobre el incidente con su hermana. Aquellos que estaban allí pensaban que ella había desaparecido hacía muchos años y que los avistamientos que se habían llevado a cabo, no eran más que mitos. Resande comenzó a hablar desde el palco superior, situado a muchísimos metros de altura. El público estaba ubicado en un anfiteatro monumental bajo el palco;

—Queridos compañeros Rajenta. —dijo en la lengua sacra de los de su oficio. — He traído a Aquél a quien buscamos tanto tiempo. Valittin está con nosotros. El futuro de Maailmamme y de todos los Meidän está a salvo con el añorado Rey Supremo de este mundo. Pelearemos contra el Concilio y venceremos. Nuestro ejército es superior en número, nuestros poderes los superan. La Tercer Maestro Mayor está de nuestro lado. Aquellos que se hayan hecho con alguna de las doce Dagas Antiguas deberá entregarla y de esta forma venceremos al Concilio y derrotaremos entonces a la mayor amenaza, Dalagdö, el Gran Rey Dragón, usurpador del Sol y del Gran Amuleto, el cual le ha concedido su descomunal tamaño, proporcional a su locura y maldad.

Los Rajenta ovacionaron el discurso de Resande, pero este, una vez que terminó, pasó caminando frente a mí con una expresión sumamente fría y sombría.

Los días siguientes los pasamos armando los planes de ataque, charlando con los demás Rajenta sobre qué hacer y donde, a quien capturar, que buscar, donde atacar, hicimos inventario y hubo grandes sesiones de entrenamiento realmente cansadoras.

Durante un atardecer, hizo su aparición en el patio, la Reina de las Nubes junto con Clavakker y una gigantesca hueste de hadas, elfos oscuros y hombres de las nubes armados para pelear. La Reina no vestía su transparente y suave vestido de seda, sino que portaba una atemorizante armadura de guerra forjada en una estrella moribunda de galaxias mucho más alejadas en comparación a aquellas que tuve oportunidad de aprender.

Hablamos con Resande de ir a buscar en cuanto sea posible, las dagas del Mavalla a Argentina lo antes posible. No había forma de que esa información haya estado en la mente de Heavenny, ya que el Mavalla fue encontrado por Resande el tiempo que vivió en nuestro mundo. Mi idea le pareció adecuada, así que buscamos a nuestro círculo más íntimo. El Dragón, Puin, el Señor de los Enanos y un grupo de cinco Rajenta para custodiar el Fortært. La verdad es que estuvimos varios días buscando por las montañas de Tandil y tardamos cerca de un mes hasta que, en un cofre enterrado en lo alto, encontramos una de las dagas, parecía de Vantablack. Era la daga de sombras. En el instante en que la tomamos, salieron del piso una cantidad impresionante de espectros a los que nos enfrentamos solos Resande y yo, querían recuperar la daga a toda costa, pero cuando vieron mi daga de voluntad volvieron aterrorizados a sus descansos eternos. Los espíritus de la tierra definitivamente son mucho más peligrosos y melancólicos que los de Atlis. Este ataque nos alertó y vino a nuestras mentes un mal presentimiento sobre la siguiente daga, ambos pensamos al mismo tiempo que alguno de los Maestros Mayores del Concilio podría estar en nuestro mundo resguardando la daga. Sabíamos que era difícil sin tener el Mavalla, pero había Rajenta que seguían siendo fieles al Concilio, quizás alguna leyenda, algún presentimiento, alguna información brindada por uno de los Traidores desde sus prisiones oscuras, el caso es que sentíamos que la daga faltante estaba siendo protegida por una persona poderosa. No nos equivocamos; cuando llegamos al lugar designado, estaba levitando sobre la nieve Lord Skönhet, quien protegía la daga. Era un joven guerrero con apariencia nórdica, alto, joven de rubios cabellos largos ataviados con trenzas múltiples, un físico guerrero y filosas armas, de las cuales solo seleccionó su lanza. Skönhet era el Segundo Maestro Mayor por debajo del rey Hvítt Svartur y por encima de Puin. Nos había estado esperando allí por pura morbosidad, es decir, quería pelear con nosotros. Luego de una de las típicas charlas previas a las peleas, nos explicó como se había enterado que iríamos y como nos ganaría con su insuperable poder. Nos dijo que tenía el poder de ver más allá de lo que sus ojos le permitían, tenía visiones y había previsto aquella pelea. Lo cierto es que fue realmente difícil ganarle. Resande atacaba con su velocidad extrema y Skönhet lo frenaba o lo esquivaba, evadía mis ataques como si fueran realmente predecibles. Su situación se dificultó algo cuando separé a Uni Nukkua, pero al cabo de unos instantes encontré la forma de pelear contra mis armas utilizando uno de los extremos de su lanza, mientras, con el otro extremo luchaba contra Resande. Los golpes que propinaba con sus pies eran casi letales, atacaba a las costillas y a la columna. Utilizaba su lanza como un bo. Ya nos había golpeado bastante, era la primera vez que veía sangrar a Resande, pues había recibido un golpe en la boca y su labio se había roto. Los elfos tienen apariencias muy delicadas, pero son ciertamente mucho más duros que nosotros los humanos a la hora de pelear o lastimarse.

Pude darle un golpe de puño en la nariz a Skönhet, pero me lo devolvió con un cabezazo que me dejó casi inconsciente. Estábamos al borde de perder, pero una visión le atravesó la mente y lo dejó convulsionando en el piso, cuando Resande y yo fuimos a ayudarlo y lo tocamos, pudimos ver lo que él veía. El Gran Rey Dragón estaba preparando sus huestes infernales para atacar a un ejército. Aquello que veíamos era realmente aterrador. Tomamos la daga y ayudamos a Lord Skönhet, quien volvió con nosotros por medio de un Fortært que Resande abrió en un lugar desierto y allí lo dejamos. Ese día comprendimos que las Autoridades Superiores actúan también fuera de Atlis.

Volvimos al Palacio del Bosque con ambas dagas en nuestro poder. Fuimos nuevamente ovacionados al mostrar las dagas y reunir las con las ocho que ya sabíamos dónde estaban; Las dos dagas de Resande, mi daga, las dos dagas de Heavenny, las dos que acabábamos de conseguir y aquella en poder de Brann Tuli, quien se había hecho presente en su forma helada en aquella reunión mientras nosotros buscábamos las dagas en nuestro mundo, dejando a su hija al cuidado de los dominios Solares en Maailmamme. Sverdlid se acercó para darnos el número de soldados y el inventario de artillería que poseíamos. Las posibilidades de perder se veían casi nulas. Tuli nos pidió que por favor rescatáramos a su hijo.

Al cabo de algunos días uno de los espías llegó con noticias. Nos dijo que el Concilio había hecho contacto con sectas oscuras al servicio de los Traidores. Los propósitos de estas sectas era abrir Fortært corruptos entre Atlis y las celdas oscuras donde estaban encerrados estos enormes y profanos seres. Sin duda si llegaban a aparecer, acabar con ellos no sería tarea fácil, pues, además de sus tamaños y poderes, muchos de ellos poseen entre sus poderes los de dominar mentes y despertar muertos. Nos superarían en poder y número.

Entre las estupideces realizadas por el Concilio, esta era la mayor, pues aparentemente no eran conscientes de que ellos serían destruidos junto con todo lo demás. A menos que sus planes sean volver al mundo humano y destruir Atlis. Si algo nos caracteriza a nosotros los humanos es que destruimos nuestros hogares, agotamos los recursos que no nos pertenecen y continuamos viajando hasta encontrar nuevos. Desde el neolítico es así; los hombres viajaban y cuando ya no podían explotar más aquella región, viajaban a una nueva y continuaban con ese círculo. Esto es lo que el Concilio ignoraba. Creían estar gobernando un mundo salvaje cuando, en verdad, lo único que hacían era reprimir mediante regulaciones absurdas y prohibiciones sin sentido. Esto sucede en muchos casos, con algunas percepciones de la religión, pues, si algo no es malo en determinado libro sagrado (sea cual fuere), uno puede hacerlo. Pero si un líder de esta hipotética religión nos dice "No hagas esto, pues está mal" y

en tu conciencia ese hecho se vuelve malo, ya no lo podrás hacer por motivos de conciencia. Esto es también una forma de represión que el Concilio aplicaba a los ciudadanos que estaban bajo su dominio.

El ejército de La Revolución ya estaba plenamente formado, ya teníamos en nuestro poder las dagas perdidas. Vlefner y yo abogamos por atacar desprevenidamente al castillo del Concilio y tomar el poder a la fuerza, pero Resande y los demás líderes nos advirtieron que ese tipo de medidas nunca funcionan bien, que lo que quedaba hacer era conquistar metódicamente los distintos reinos.

Ese es el rumbo que la historia toma ahora. Ya no podré hablar de Resande, Vlefner, Puin y yo, a partir de ahora tendré que relatar cómo nuestros generales de distintas razas atacaron las principales ciudades y fortalezas del Concilio, al menos hasta que llegue a contar sobre la Capital. Los reinos eran cinco repartidos en Maailmamme. Los demás mundos también tenían reinos. Eran veinte ciudades en total. Muchas de ellas estaban abandonadas o casi sin cuidado, pero las principales ciudades estaban fuertemente resguardadas. Uno de los mundos ya estaba con la Revolución, dado que Puin, lo había conquistado. Habíamos enviado barcos de Enanos para darles la noticia y conseguir más gente para nuestros ataques, pero aún no teníamos noticias de ellos.

A la ciudad ubicada al sur del Bosque, cuyo nombre era Bandar fue Lord Mauden, el Señor de los Elfos Oscuros junto con un ejército de diversas razas. Lord Mauden tenía llaves de Rajenta, pero ninguna daga. Su estatura era impresionante, sus cabellos eran blancos violáceos, sus ojos resaltaban de su piel morada, eran de color cian. Se vestía de negro y verde realmente oscuro. Ostentaba unos cuernos color madera.

Lord Mauden tenía bajo su mando solo a criaturas nocturnas o buenas para ver en la oscuridad, como los Enanos, elfos nocturnos, duendes y toda clase de felinos y murciélagos. Por lo que me contaron los soldados y el mismo Mauden, la historia de la conquista de Bandar fue así:

Salieron del Bosque en sus monturas aquellos que eran bípedos, y al galope aquellos que eran cuadrúpedos. Incluso para nosotros que los veíamos salir ya eran invisibles a los cien metros de distancia, y eso que salieron en pleno mediodía. Habían salido cuando el sol irradiaba resplandor para llegar allí en medio del anaranjado atardecer de Maailmamme, reconocer los contornos de la ciudad y ver por donde colarse dentro para atacar los centros de mando una vez que la noche se

estableciera firmemente.

Se escabulleron dentro de los muros de la ciudad mientras todos dormían. Era un ejército realmente numeroso, pero compuesto por seres espectacularmente silenciosos.

En cuestión de un par de horas la ciudad estaba completamente sitiada y el Maestro de aquella ciudad tenía la espada de Mauden apuntándole al cuello. Así se llevó a cabo la conquista de Bandar pero no había allí ninguna daga.

La ciudad del Oeste, Zapad, tenía defensas muchísimo más hostiles que las de la ciudad del sur. Sus habitantes, grandes seres celosos de sus posesiones y de su defensa, no dejarían pasar a ningún invasor sin antes pelear. Así que de eso se ocupó Lord Banteng, un Rajenta que tenía la apariencia de un minotauro. El y su ejército eran nuestro frente de demolición, gente realmente agresiva en batalla, pero muy amistosa con sus compañeros. Mis más dulces cervezas y más divertidas anécdotas las disfrute junto a él en las mesas del palacio la noche anterior a las invasiones. Un minotauro de 2,5 metros de altura, seguido por un ejército de los seres más violentos y groseros de la Revolución, luchando contra aquellos empleados del Concilio, seres oscuros que habían decidido seguir la maldad humana propia de aquellos detestables hombres. Uno de ellos, el general del ejército, el Maestro Mayor de aquella ciudad, luchó con su lanza contra el hacha del minotauro. Los poderes de Rajenta de Banteng le daban fuerza más allá de los límites comunes, al igual que los poderes de la lanza utilizada por su nefasto rival, Bodho, Quinto Maestro Mayor del Concilio y Señor de Zapad. Finalmente, Banteng derrotó a Bodho en batalla. No pude verlo, pero por lo que pude oír después, la lucha fue impresionante, la Revolución conquistó Zapad, pero Lord Banteng fue atravesado por una espada en el corazón por parte de un sirviente de Bodho que había quedado escondido. Sus últimas palabras fueron "Las Autoridades me esperan, parto al Palacio Dorado de Eden sabiendo que al Concilio no le queda más que desaparecer; ¡Yulin Kullum!" que, en idioma Rajenta era un grito ritual para dar a entender la gloria y el honor en lo que uno hacía.

Fruto de este traicionero ataque, los generales del ejército de Lord Banteng clavaron sus armas con furia contra aquellos que estaban custodiando la ciudad. Fue realmente una matanza, honestamente yo no me sentí para nada cómodo con aquellas actitudes sanguinarias, pero una revolución y una reconquista no se pueden hacer sin sangre. Estábamos en una guerra, asumir al enemigo era necedad. Al cabo de unos segundos, los cuerpos sin vida de los soldados del Concilio estallaron en polvo y fueron lo que el viento recogió. Lord Bodho no fue asesinado, no le dieron ese lujo, en cambio, lo colgaron de los pies en uno de los

balcones del Palacio de aquella ciudad.

Estaba amaneciendo cuando el mensajero atravesó un Fortært con las llaves de Banteng para dar la buena y la mala noticia. Podía ver a lo lejos aquella ciudad, era parecida a Moscú, al menos desde lejos y solo en cuestiones morfológicas. Los colores de esta ciudad eran sumamente brillantes, los soles de Atlis resplandecían con furiosa belleza. Los castillos y rascacielos recortaban sus contraformas en el Sol Mayor que desde el bosque podíamos observar.

Todos lloramos a Lord Banteng. Yo mandé a construir un monumento en su honor; Una escultura con la inscripción "Yullin Kullum"

La Revolución siguió conquistando las ciudades periféricas sin grandes luchas ni muertes considerables. Aún no habíamos llegado a las ciudades de los Maestros Mayores. Estas estaban ubicadas en los Meidän, aquellos mundos que desde el suelo de Atlis, se podían ver en el cielo de la misma forma que en nuestro mundo divisamos la luna de día.

Los Meidän eran muchísimos y estaban ubicados en escalera, Maailmamme era sólo uno de ellos y debajo también tenía otros mundos. Cada Maestro Mayor tenía para sí un Meidän; Maailmamme pertenecía a Hvítt Svartur y Kultainen, que era el más cercano a Maailmamme, pertenecía a Puin.

Pasaron los meses y la Revolución había conquistado todo Meidän Maailmamme excepto la Capital. Esta ciudad ocupaba un tercio de la superficie del Meidän. En esta ocasión, todo el ejército revolucionario atacó. Por cuestiones de afinidad, yo iba pilotando a Vlefner, mientras que Resande atacó montado en uno de los autómatas enanos. Este tenía una forma parecida a un lobo, solo que no era exactamente un lobo. Con las maquinarias de ataque diseñadas por los enanos, las flechas de los arqueros de diversas especies, el frente de demolición y los dragones que quisieron colaborar pudimos derribar gran parte de la primera Muralla. Fue una lucha ardua hasta llegar a la segunda Muralla interior, ya que estaba ubicada a miles de kilómetros de donde nos encontrábamos y se hacía difícil avanzar contra las fuerzas del Concilio. Estas incluían dragones, orcos, ogros, golems, licántropos y vampiros monstruosos, ghouls y toda clase de aberraciones llenas de maldad. También incluía hombres malignos, elfos y enanos corrompidos por las mentiras del Concilio y muertos vivientes despertados por Lord Ölumë.

Me encontré en el frente de batalla utilizando mi espada de fuego en una mano, con Nukkua en la otra y la daga en el cinturón, completamente asegurada en caso de tener que utilizarla como recurso de emergencia. Me vinieron a atacar con verdadero temor algunos engendros, animales y bestias. Entre estos no maté a ninguno, pues no me atacaban para hacerme daño, sentían verdadero respeto, pero también sentían miedo de lo que el Concilio pudiera hacerles. Los dejé pasar. Luego me encontré luchando contra sanguinarios y violentos orcos, quienes realmente querían matarme. Intenté luchar con fuerzas y tener la fuerza y el coraje que realmente toma la guerra. Tampoco maté a nadie, los herí en las piernas o en los ojos de forma que no pudieran pelear más, al menos contra mí. No te confundas querido lector, sé que seguramente otro iría y los remataría, pero mi conciencia no me dejaba hacerlo.

Resande se encontraba luchando con algunos monstruos, después de varios meses por fin lo vi divertirse en la lucha, aunque esto no era algo que pudiera durar mucho aquel día. Al cabo de unas horas lo pude observar entre el fragor de la guerra luchando con verdadera furia y sagacidad, completamente salpicado en sangre y rodeado de cadáveres monstruosos que se convertían casi instantáneamente en polvo.

Para mi sorpresa Vlefner no había entrado en su estado de Berserker, no había presenciado nada que lo hubiera alterado a aquel nivel, esto fue realmente sorprendente, pues había estado peleando incluso con dragones. Las luchas de Vlefner con dragones que medían el doble que él y lo atacaban al unísono fue majestuosa, casi no salió lastimado y venció espectacularmente a dos enormes bestias aladas que lo quisieron acorralar. El nombre de Infierno Azul no es algo que se le haya dado solo por su color de escamas, sino por el color de las llamas que libera su cuerpo en la lucha. Pude verlo en el clímax de la guerra en la Primera Muralla escupiendo una bocanada kilométrica de fuego azul que carbonizó a sus enemigos y se llevó una buena parte de los barcos voladores del Concilio.

Los enanos bajo el mando de Lord Kapios atacaban desde nuestra flota de barcos voladores que estaba en lucha con los del Concilio, ganando ventaja con el ataque de Vlefner. Muchos de nuestros enanos saltaban con sus hachas de guerra y sus espectaculares espadas desde nuestros barcos a los barcos enemigos para despeñar a sus rivales y derribar los barcos.

La Reina de las Nubes se lanzó a la lucha con una gracia inigualable. Su dorada armadura resplandecía. Era verdaderamente un rayo; por donde pasaba volando con sus alas desplegadas, los enemigos caían atravesados por luz, o quedaban ciegos y malheridos. La seguían legiones de hadas y duendes. Las hadas eran como dardos de luz que perforaban las defensas enemigas, incluso, atacaban en cardumen formando nubes de luz que

enceguecían a quien las viera. Los duendes atacaban a los pies y patas del ejército enemigo haciéndolos caer y luego otros los remataban.

A la Reina la acompañó Clavakker, que tomó su tamaño máximo para entrar en la lucha. Ahora puedo decir que realmente sentí terror, nunca había visto un ser vivo tan grande y hermoso. Pero su tamaño descomunal no era nada comparado al tamaño de la Segunda Muralla. La vi luchar con gran ferocidad, pero este tamaño le jugaba en contra, ya que a las ballestas gigantes del enemigo les resultaba un blanco más fácil, la estaban lastimando demasiado y ya se encontraba en problemas. Pudo darse cuenta a tiempo y se redujo a un tamaño más natural para unirse a Vlefner en la lucha.

Los Solares que se nos habían unido tanto tiempo atrás atacaban con todo cuanto tenían, desde el campo de batalla se podían observar enormes gigantes de fuego luchando contra lo que se les atravesara

Cayó la noche y las hordas nocturnas de Lord Mauden hicieron su aparición. Los licántropos y vampiros enemigos no eran rivales para estos seres. Los Elfos Nocturnos atacaron, lo único que podía ver de ellos eran sus ojos brillando en la oscuridad. Y las chispas que sus armas expulsaban al chocar contra las armaduras y armas enemigas.

De la Muralla del Castillo, salió volando por encima de la Segunda un gigantesco y horrible gusano alado. Cayó al campo de batalla aplastando a gran parte de ambos ejércitos y arrasando con todo cuanto su enorme y horrenda cabeza, que, en verdad, solo era el fin de su cuello alcanzara. Un rostro deforme y una boca llena de dientes. Movimientos torpes y desesperados, ojos vacíos y ciegos. Una verdadera Anguila de la Muerte. Se arrastraba por el campo de batalla sembrando el terror. Sus gruñidos y gemidos eran dignos de una pesadilla. Incluso los seres y soldados más valientes bajo nuestro mando sentían un verdadero terror, pero lo que más me preocupaba, era ver a Vlefner temblando, con las patas enterradas en tierra, las alas erectas y la cabeza escondida entre estas, crujiendo los dientes y expulsando horror por los ojos. Estaba verdaderamente paralizado. La bestia lo olió y lo detectó, lo cual hizo que reptase a toda velocidad en dirección a mi dragón. Ocurrió todo en un abrir y cerrar de ojos. La bestia fue empujada con verdadera fuerza y esto la hizo derrapar y dar contra la Muralla lateral. Clavakker la había embestido, pero una de las púas que la bestia expulsaba desde sus alas la había atravesado dejándola realmente malherida. La Reina gritó ensordecedoramente y lanzó un rayo de luz contra la bestia. Por un momento parecía de día a causa del resplandor que este ataque provocó, pero la bestia era inmune a la luz y la noche le daba más poder, la Reina voló y con sus espadas comenzó a atacar ferozmente, lastimando con profundidad al enorme cilindro de carne viva de color gris mortecino que

parecía estarse divirtiendo a pesar del dolor. Vlefner ya no estaba paralizado, ya no sentía temor y en sus ojos no había más que fuego. El Berserker se había activado. Sus alas estallaron en llamas, parecían el doble de grandes, pero era la imagen que el fuego proyectaba. El gusano hizo algo que ninguno de los que estuvimos presentes esperaba que hiciera y lamentablemente es algo que jamás voy a poder borrar de mi mente. Incluso a veces tengo pesadillas. Emitió una carcajada con una voz temblorosa y profunda, voz de monstruo, voz de engendro... de demonio.

Y dijo con lentitud y deforme dificultad:

—Azul, muerte, muerte... mu...te. Ven, A....zul. Ja... Ja... Ja...

Vlefner comenzó a rugir y sacudirse violentamente, comenzó a gritar en idioma de los dragones, a proferir maldiciones y lanzó una llamarada de fuego azul que envolvió a la bestia fétida. El fuego hizo que se revolcase de dolor, pero no había forma de apagarlo, era fuego del odio y terror de Vlefner, no se quemaba con el oxígeno de Atlis, se quemaba en su objetivo y no se apagaba hasta consumirlo completamente.

La bestia emitía horribles y traumatizantes quejidos de dolor, mientras, nosotros seguimos luchando con terror y cada vez con más furia. En un momento, cuando ya casi no quedaba vida en ella dijo:

—Ölumë... Pa... dre... Muero... Muero... No pedí... Reviv... Rev... Ir.

Y diciendo esto murió, estallando en polvo y dejando solo huesos y restos de los materiales del hechizo que el depravado nigromante del Concilio había utilizado para revivir a este espeluznante ser de antaño. Pero lo llamó "padre", lo cual me hizo sospechar que Ölumë no es humano, además, por lo que decían, nunca dejaba a nadie ver su rostro.

Cuando la bestia finalmente murió, estaba rayando el alba y nosotros seguíamos peleando. No habíamos llegado ni siquiera a la mitad del territorio de la Segunda Muralla y nos encontrábamos acorralados, pues de los otros Meidän bajaban más huestes enemigas para combatirnos y hacernos retroceder. La Reina se encontraba curando a Clavakker, Vlefner seguía en estado de Berserker, pero ahora estaba encadenado por el enemigo, a mí me habían paralizado con cuerdas enanas y me encontraba en peligro de que me sacaran mi daga. Resande se encontraba escapando

de cuanto enemigo se cruzaba y nada de lo que hiciéramos podía resolver la situación, pero entonces pasó lo que estábamos esperando.

Capítulo 11

11

Muros

En plena dificultad, viendo como nuestros compañeros revolucionarios eran asesinados cruelmente, viendo a nuestros amigos en dificultades, desde el cielo, pude ver una enorme cantidad de seres que descendían volando, montando en pegasos, en grifos, en dragones, en nubes y en barcos. Algunos tenían grandes poderes, incluso había Solares entre ellos. Esta vez había Estrellas atacando al enemigo. Resulta que Puin había viajado a Kultainen y consiguió un ejército mientras la Revolución conquistó los Reinos que rodeaban al Bosque. Muchos de estos seres me eran completamente desconocidos, pues caían en el campo de batalla como si fueran rayos, hacían sus entradas con espectaculares cilindros verticales de luz y al caer, generaban ondas expansivas que repelían a sus enemigos haciéndolos volar por los aires. Otros, parecían ángeles, pues eran guerreros alados con espadas fulgurantes en sus manos, pero no eran ángeles, eran Altos Elfos de Kultainen. Resulta que, en su pasado, habían hecho alianzas con una raza de enanos ya extinta, quienes les fabricaron toda la maquinaria de guerra necesaria y les enseñaron cómo fabricarlas por sus propios medios. Estos Altos Elfos eran la guardia de Puin en Kultainen, la guerra pudo avanzar muchísimo a nuestro favor, pero no echamos abajo la Segunda Muralla. Aún quedaban kilómetros de enemigos por derrotar, al menos obtuvimos los poderosos refuerzos. También en este grupo de combatientes había muchos dragones, leones enormes con relucientes armaduras, completamente conscientes de la lucha y serpientes de guerra.

Puin había dejado parte de su ejército conquistando las ciudades del Concilio en el segundo Meidän por encima de Maailmamme, pues el primero era Kultainen.

Con la ayuda de estos Altos Elfos, con la perseverancia de la lucha, intentando no cansarnos y poder derrotar al enemigo, atravesamos los días con gran ímpetu. Los generales de la batalla, es decir, Resande, Vlefner, Puin, Lord Kapios y yo, el Rey Supremo, tomábamos turnos para descansar, sobre todo Puin y yo por la condición de humanos. Ella debía descansar menos, pues, ya que había nacido en Atlis y no en la tierra, no se cansaba tanto. Se hacía difícil dormir aquellos lapsos de cuarenta minutos, pues todo el tiempo la lucha era un tira y afloja entre el ejército enemigo y La Revolución y las oportunidades para ser despertado abruptamente no faltaban. La lucha duró muchísimos días y en medio de

las lluvias y truenos que podíamos ver y que caían sobre amigos y enemigos, la pasión de la liberación brillaba desde nuestros ojos.

Estábamos a escasos metros de la Segunda Muralla. Una de las lunas de Atlis se había colocado detrás del gigantesco muro y alumbraba dramáticamente la escena. El estado Berserker de Vlefner había durado más que nunca y junto a él se encontraba Clavakker, quién se había podido recuperar de sus heridas gracias a los cuidados y la magia de la Reina de las Nubes. Esta última había sufrido una terrible transformación. Entre todas las razas que, combinadas en mestizajes, finalmente conformaban su especie, predominaban las hadas (de ahí sus alas y su brillo) Su apariencia había mutado a una figura de luz pura, ya no era un ser humanoide irradiante de luz, sino que era una silueta fulgurante y enceguecedora a la vista, le habían salido antenas, sus alas eran mucho más grandes y sus pies eran puntiagudos.

Elevada ahora por sobre los enemigos, con su nueva Forma Divina, se colocó en un punto clave sobre el campo de batalla. Los proyectiles enemigos se consumían antes de alcanzarla.

Con un simple y rápido movimiento de su brazo, expulsó de su aurora numerosos proyectiles brillantes que penetraron a los enemigos, esquivando a los aliados. Ya quedaban pocos enemigos que derrotar, cuando, desde la Segunda Muralla, irrumpiendo la luz de la luna, Lord Ölumë pronunció a viva voz un hechizo y de la tierra comenzaron a brotar toda clase de engendros, los principales eran los siguientes; un ser compuesto de raíces, otro de tierra y piedras, una femenina de arcilla y un elemental de viento que tomaba los rayos que caían a causa de la tormenta.

A estos cuatro seres gigantesos se le sumaban esbirros compuestos de lo mismo, pero en menor tamaño, aunque en mayor número.

La primera lucha fue contra el ser de tierras y piedras. Un enorme ser colosal, adornado de fulgurantes runas mágicas invocadas por el nigromante del Concilio. Su cara tenía una expresión sumamente neutral, con los ojos y la boca cerrados. Su cuerpo estaba compuesto por partes irregulares, que, de alguna forma terminaban creando la imagen de un hombre. Atacamos con todo lo que teníamos, mientras, los demás luchaban contra los otros elementales. No parecía haber forma de derrotarlo. Yo me encontraba en el piso, con la espada de fuego en una mano y Uni en la otra. La única utilidad que le encontré a mis espadas fue escalar la enorme mole que nos atacaba sin piedad, ya sea lanzando piedras que sobraban en su estructura, pisoteando, lanzando manotazos o cambiando su postura entre la figura de un ser bípedo y la de un cuadrúpedo. Además de estarlo atacando yo, también Puin estaba dándole lucha con su lanza y con ayuda de los enanos y sus útiles armas. Puin estaba atacando a las patas delanteras de la forma cuadrúpeda del

elemental mientras yo luchaba contra su rostro. Puin arremetía con furia utilizando su lanza, la cual finalmente quedó enterrada en una de las patas de aquel ser. Yo había subido a su cabeza para apuñalarlo inútilmente con mis armas. Para ponernos en una peor desventaja, aquella viviente estatua volvió a su forma bípeda, dejando a Puin suspendida a gran altura, colgada de su lanza, y a mí, observando todo el panorama desde el punto más alto, es decir, sobre la cabeza del elemental. Podía ver más allá de la Segunda Muralla. Pude ver los planes de Lord Ölumë junto a Hvítt Svartur. Estos tenían prisionero al heredero de los Solares, a Heavenny y estaban preparando mi jaula. Esquivando con dificultad los manotazos del enorme ser, tomé la Daga de la Voluntad en mis manos y con un rápido movimiento la enterré en la coronilla de la cabeza de piedra de aquél elemental. Entonces, por las runas decorativas del gigante, comenzó a brillar una luz verde que terminó en una explosión luminosa llenando todo de polvo alrededor. Cuando la nube se desvaneció, pude ver a los otros elementales postrados en tierra adorando a aquel que estaba ahora bajo mi dominio, todos excepto el elemental de viento, cuyo color se había vuelto ahora rojo sangre.

La tormenta se había cerrado ahora y bajo su ojo nos encontrábamos mi elemental y el elemental enemigo. Volteé un segundo y pude ver a Ölumë controlando al ente de viento y truenos que venía a toda velocidad para atacar. Habría sido realmente difícil detenerlo si no hubiera sido por la ayuda de los otros elementales, que se opusieron al agresivo ser tomándolo y deteniéndolo cuanto mejor pudieron, pero al estar formado por viento, electricidad y voluntad, no era tangible. Esto generó que pudiera abrirse paso entre sus compañeros. Todos los elementales tenían un núcleo que los mantenía animados, pero el núcleo del elemental de viento era externo a su cuerpo, este núcleo, el cual era una esfera de 30 centímetros de diámetro, estaba en poder de Ölumë, aunque de esto no nos habíamos dado cuenta aún.

El elemental continuó atacando con truenos y fuertes golpes de aire, ni mi grupo de ataque ni yo pudimos dañarlo ni detenerlo con nada de lo que teníamos a nuestra disposición. La Reina de las Nubes en su forma Divina ascendió a lo alto y ordenó a las nubes caer sobre el elemental y retenerlo el mayor tiempo posible, entonces las grandes formaciones celestes comenzaron a rotar y juntarse alrededor de este humanoide gigante de viento y trueno, primero a sus manos, como si fueran esposas, luego a sus pies, como si fueran grilletes, luego a su cuello, derribándolo a tierra, hasta finalmente cubrirlo por completo formando una enorme pirámide de nubes de tormenta que despedían rayos. Todo fue calma durante unos instantes, el cielo se despejó por completo y los soles daban su brillante luz, lo cual generó que Ölumë se escondiera. Conseguimos derribar la Segunda Muralla y pudimos retomar la lucha contra el Concilio, ya faltando solo la Tercer Muralla y la Muralla del Castillo. Los enemigos que se encontraban aquí no eran especialmente fuertes, al menos no tanto como los anteriores. Esta vez pudimos avanzar con mucha mayor rapidez

que la vez anterior, solo durante el día. Cuando cayó la noche, estos seres contra los que combatíamos comenzaron a sufrir metamorfosis horribles, muchos de ellos se volvían locos sin cambiar su aspecto físico, pero eran especialmente feroces. Había entre los cambiantes, hombres oso, licántropos, vampiros, leonales, harpías, y alguno de ellos simplemente se transformaban en monstruos sin forma. Había también elfos traidores, trolls, orcos, ogros, gigantes, y toda clase de aberraciones oscuras.

Ölumë hizo su aparición nuevamente, pero esta vez dejó escuchar su aterradora voz:

—Dime Rajenta traidor, ¿Cómo piensas derrotar algo que no puedes tocar? ¿Cómo pretendes matar algo que está muerto? —Preguntó

—¡Lo muerto y lo oscuro son subordinados de la vida y la luz, eso, a lo que tú tanto le temes! —Contestó Resande con controlada furia.

—No conozco el sentir, ni la sed, ni el hambre, tonto elfo. Incluso tu inmortalidad está presa del tiempo, incluso la luz es susceptible ante la oscuridad. —Respondió Ölumë. —Valittin tiene en su poder tanto la luz como la oscuridad, pero veamos cómo funciona una sin la otra.

No entendí que pretendió expresar con aquella última frase en aquel momento, pero desearía haberlo hecho. El nigromante saltó desde la Muralla y aterrizó al lado mío. No era humano, claramente no era un ser vivo, pues bajo sus ropajes podía observar huesos, un esqueleto, movido por una voluntad encerrada en algún lugar de aquellos harapos que lo cubrían. Tenía carne descompuesta para darle volumen y alguna fuerza a su cuerpo, pero toda fuerza y magia salían de su propia maldad y oscuridad. Desde la cabeza del Elemental, comencé a luchar contra este oscuro Maestro del Concilio. Mientras Puin hacía el mayor esfuerzo posible para descender sin hacerse daño. Llamé a Karama para que viniera a recogerla. Para evitar otros inconvenientes, desenterré la Daga de la cabeza del elemental y la guardé asegurada. Esto generó que el Elemental se derrumbara, pues su núcleo no estaba bajo el dominio del nigromante ni bajo mi daga. Mientras caía, mi león alado me recogió en medio del aire. A Ölumë lo recogió un murciélago sin rostro y comenzamos a luchar en el aire.

Desde el lomo de Karama, desenvainé a Uni y Nukkua separándolas. Ölumë comenzó a reír frenéticamente.

—No tienes la luz suficiente para dominar esa espada, Rey Supremo, lo mejor será que me la des a mí, que estoy formado por las mismas células que Uni. —dijo infundiendo un profundo terror en mi interior, como la sensación de un monstruo hablando en una pesadilla.

—No tengo nada que darte, pues al Dragón de Pesadilla fui yo quien lo selló dentro de Uni en Los Jardines. —Contesté un poco tembloroso.

—Solo fue un sueño. Solo un sueño, Valittin. —dijo tranquilamente y sonriendo.

El oscuro mago comenzó a recitar hechizos en antiguos lenguajes prohibidos. Uni comenzó a vibrar poderosamente, saltó de mi mano y quedó suspendida en el aire. Nukkua volvió sola a su vaina y no pude sacarla, pues había atravesado la vaina misma y no se movía de allí. Los aterradores rugidos del Dragón de Pesadilla volvieron a sonar desde mi espada. La pirámide de nubes que cubría al Elemental se sacudió terriblemente dejándolo salir e ir directamente hacia Uni. Una enorme esfera se formó de la fusión de estos dos elementos tuvo como consecuencia una luz brillante, nubes por montones y una separación en el amplio cielo de Maailmamme.

De esa amplia separación descendió un gigantesco huevo negro con nubes en su interior. El olor del aire y la música natural de Maailmamme entonces cambiaron, yo los había percibido antes, vagamente lo recordaba, como quien recuerda un sueño. El huevo solo se mantenía allí flotando mientras la guerra seguía desarrollándose varios metros debajo.

A este punto yo había desaparecido de la vista de mis amigos, pero al estar ocupados en la guerra ninguno podía preocuparse por mí, los demás Elementales, ahora libres del dominio de Ölumë, se encontraban en libre voluntad, ya que no habían sido sometidos al poder de la daga, pues, con seres inanimados, al ser retirada el arma legendaria, los desactiva y los vuelve inertes, no así los poderes del nigromante. La voluntad de estos seres se había liberado cuando yo controlé al Elemental de Tierra, y ahora servían a los poderes de la naturaleza, los cuales habían sido gravemente ofendidos por el Concilio en sus diversos intentos por llevar la contaminación reinante en la Tierra a Atlis, es decir, comenzaron a atacar al ejército enemigo. Resande en estos momentos se encontraba luchando a viva piel contra otro Rajenta enemigo de la Revolución, este tenía la capacidad de utilizar portales de espacio para trasladarse en distancias cortas, lo cual lo hacía insoportable en la lucha, pero no era un problema para el elfo, quien convirtiéndose en nube de humo podía surcar fácilmente aquella dificultad. Aquél insoportable Rajenta había formado un

campo de portales alrededor de Resande para atravesarlos a altas velocidades y atacar de esta forma al elfo, que, ya preparado, comenzó a esquivarlo, fiel a su costumbre de reproducir una especie de danza a la hora de esquivar un enemigo recurrente. En medio de la danza, lo único que se podía ver era el campo de portales siendo constantemente atravesado por el rival de Resande y a este último danzando dentro. Comenzaron a dibujarse diversas líneas de sangre alrededor del piso, resulta que, en medio de la danza, Resande había sacado a relucir sus Cuchillas, es decir, las Dagas. De un momento al otro, todos los portales se fueron cerrando, del primero al último, y de este salió disparado el Rajenta, derrapando en el piso con peso muerto, ya que así estaba. Se había desangrado a causa de los cortes que las cuchillas en la danza del elfo le habían causado.

En un momento de la lucha, apareció por la retaguardia de la lucha, Lord Skönhet hizo su aparición montado en un gigantesco lobo de nieve. La insignia del Concilio que tenía en su armadura parecía haber sido desgarrada y él tenía la apariencia de haber pasado demasiado tiempo lejos, pues su pelo estaba suelto y desordenado y su barba había crecido bastante. Lo habíamos dejado en un desierto cerca de la Capital, pero no podía volver allí sin la daga que le había sido encomendado proteger, pues lo torturarían y lo convertirían en un subordinado de Ölumë. Recorrió todo el campo de batalla, entre el polvo del aire, es decir, los restos de Revolucionarios y el Concilio. Si quedaba alguno agonizando en grave estado, sea del bando que fuere, el lo atravesaba con su lanza para finalizar el sufrimiento.

Llegó finalmente a donde él quería llegar, donde estaba su hermana, Puniukset. El concepto de "time—lapse" es conocido por aquellos que se dedican a la edición audiovisual, digo esto, buen lector, porque cuando ella lo vio, corrió a su abrazo y allí se quedaron durante un buen rato, mientras la furia de la batalla se desarrollaba detrás de ellos. Una vez terminados los saludos, Skönhet volvió a montar su enorme lobo de las nieves, desenvainó una asombrosa espada construida a partir de su lanza del Concilio. Esta era la primera espada de mithril que vi. Así, con el odio en sus ojos y en sus gritos de guerra, Skönhet se lanzó a la lucha contra el Concilio con toda furia. Los únicos Maestros Mayores que nos quedaban por derrotar, era el Maestro Mayor de Maailmamme, Hvítt Svartur y el Maestro Mayor del mundo de más abajo, el mundo inferior, el primer peldaño de aquella escalera cósmica de mega continentes que llamamos Atlis, el nombre del dominio de Ölumë es Adholoka. Este mundo estaba constituido de sustancias oscuras, casi no brilla luz alguna, más que los calderos de los hechiceros y algunos fuegos fatuos que allí arden. Se cree que desde aquí se dan a la fuga seres malignos y hacen de las suyas en Maailmamme, generando odios y siempre buscando traer nuevamente a los Traidores. Siete de los Meidän estaban bajo el dominio del Concilio con Maestros Mayores, los demás solo eran gobernados por algunos Maestros y Generales, pero el Rey Supremo del Concilio era desconocido para todos

los subordinados. Se corría la voz de que el cargo máximo era ocupado por Lord Ölumë, pues el más poderoso era él. Puin nos dijo que nunca había visto la cara del Rey Supremo del Concilio, pero que sus órdenes eran siempre dadas por lacayos, espectros y fétidos seres al servicio del Nigromante.

Ahora teníamos a nuestra disposición Kultainen, el Meidän de Puin. Tusara, el Meidän de Skönhet, solo faltaba terminar de conquistar Maailmamme, pues la capital del Imperio del Concilio se encontraba allí. Las tropas de Puin estaban conquistando los Meidän superiores y aquél que se encontraba dos escalones por debajo de Maailmamme, es decir Según y Drugic, los superiores y Spodaj, el que se encontraba debajo de Tusara.

Todas estas cosas sucedían mientras en lo alto del cielo de Maailmamme, Ölumë y yo trabábamos la lucha. Ya que Nukkua no salía de su funda y Uni se había fusionado en el huevo, la espada de fuego de los Solares era mi única opción, dado que no estaba dispuesto a luchar utilizando la daga. Combatimos durante algunas horas hasta un momento dado, en el cual acorralé al esquelético ser entre el huevo y el filo al rojo vivo de mi espada Solar.

—Da la voz de alto ya, ahora mismo. —dije secamente

—No me des órdenes, Valittin, pues, aunque hables, no te voy a obedecer.
—dijo con tono neutral

—Muy bien. —dije comenzando a cortar lentamente con el fuego. Esto no pareció hacerle daño alguno.

—¿De verdad crees que puedes lastimar algo que no siente, matar algo que no vive, ordenarle a una voluntad independiente? Adelante, destruye este envase, la Transformación Conciliadora te hará escuchar su canción.

Dado que no me quedaba más opción en aquél momento, le saque los seguros a la daga de la voluntad e intente utilizarla para dominar a Ölumë, quien, al ver esto y forcejear conmigo, comenzó a reír alocadamente otra vez. La enterré en medio de su cráneo, pero no hizo efecto, aquél era un cuerpo levantado con la daga de Ölumë, la daga de la resurrección. Riendo entonces con la daga enterrada en un cráneo hueco, tomó su daga y la clavó en el cascarón del huevo. Esto provocó que la daga se introdujera en el cascarón, perdiéndose en medio de las nubes

que el huevo dejaba ver.

—Te dije que no tenías la luz suficiente para gobernar la oscuridad de tu espada, humano estúpido. Un ser con pesadillas no puede gobernar una espada que las genera, mucho menos derrotarlas. Tu tonto elfo te ha llenado la cabeza con ideas de liberación, suficiente es que estés en este mundo al que no perteneces y del cual no deberías tener una sola idea. Vuelve a Tumundo, vive tu vida, pensarás que todo lo que aquí viviste fue un sueño, volverás a tu rutina de hombre mortal y no tendrás que sufrir ver a la Revolución caer, ni al Concilio conquistar el Sol Mayor. —dijo intentando convencerme

—No tengo la más mínima intención de regresar hasta no haber liberado a esta gente de tus sucias garras llenas de muerte y oscuridad, prohibiciones estúpidas y represión en sus reinos, expropiación de los bienes de los habitantes originarios de estas tierras, son cosas que deben terminar, tanto en mi mundo como aquí, pero si puedo ser Rey Supremo aquí, si puedo tomar la Revolución y derribar este sistema que tú y tus subordinados han levantado, créeme, lo haré. Además, no puedo permitir que traigas a los Traidores de vuelta a Atlis, pues, en primer lugar, ellos fueron quienes cerraron los primeros Evig. Trabajaré el tiempo que tenga que trabajar para volver a abrirlos y lograr que ambos mundos vuelvan a colaborar como hace tantos años.

—Como prefieras, oh Majestad Suprema, por cierto, llamarte Revolucionario y Rey Supremo en tu mundo es contradictorio, pero como humano débil que eres, supongo que vas a abolir los gobiernos y se los vas a dar a seres más débiles y con menores capacidades. ¡Entiende! No puedo permitir que Brann Tuli tome el Sol Mayor, no me importa que haya sido suyo antes. Durante eternidades he mirado como seres inútiles e inferiores gobiernan por encima mío, mientras a mí, la maldad, me ha tocado el mundo inferior, debajo de todos los demás, cerca de las fauces del abismo mayor. ¡Pero se acabó, ahora conocerás la furia de la oscuridad!

Habiendo dicho esto, Ölumë tomó su lanza del Concilio, que, más bien, era una guadaña y rasgó de arriba a abajo el cascarón del huevo. Esto generó una onda expansiva tan grande y ruidosa, que las nubes que rodeaban el huevo, se dispersaron en un círculo de amplio diámetro. La onda derribó a todos los que se encontraban en la lucha, y nos mandó a volar a Karama y a mí, que aterrizamos en tierra rodando violentamente. Perdí el conocimiento durante unos minutos.

Durante el tiempo que estuve inconsciente, me encontré en Eden. esta vez en el interior del Palacio Dorado del Jardín. Había allí un trono enorme y adornado con grandes historias, a su alrededor, cierto número de seres particulares, en el trono había una persona sentada, tan alta, que mis ojos solo veían sus faldas. Su cabeza se encontraba tan alta que no alcanzaba a verla y su piel era tan reluciente que apenas podía contemplarla. Tenía a su alrededor, revoloteando constantemente millares de seres luminosos que iban y venían a toda velocidad. Había también, en lo alto de las ventanas del salón, seres alados, completamente cubiertos de plumas que musicalizaban la escena repitiendo algo que ahora no recuerdo. No tuve más opción que postrarme en tierra ante semejante visión. De repente, un varón se me acercó y me dijo "Levanta la cabeza", cuando lo vi, sostenía a Nukkua en sus manos, y cuando lo escuché hablar, supe que de alguna forma, ese hombre hablando, era también el que estaba sentado en aquél trono. "Tus sueños ya no necesitan pesadilla, desde ahora tus sueños serán áureos. Yo me quedaré esto, pero tú te llevaras algo más."

Desperté con Vlefner mirándome fijo en la retaguardia de la lucha

—Valittin, tu espada...—Dijo el dragón mirando al cielo de espaldas a mí con visible temor

—¿Cual espada? ¿Qué pasó?

No entendía, pues su cabeza me tapaba la visión. Pero cuando me levanté y vi lo que estaba saliendo del huevo, quise volver a estar inconsciente. El Dragón de Pesadillas de Los Jardines estaba haciendo esfuerzos por deshacerse de los restos del cascarón, era ahora varias veces más grande y estaba a punto de caer del cielo mismo, cubierto con nubes de tormenta y rayos por montones.

Cayó en tierra haciendo temblar el Meidän entero y derrumbando la Tercer Muralla, junto con parte importante del Palacio, pues allí había decidido aterrizar. Lanzó un rugido tan sonoro que dejó un pitido agudo en mis oídos durante algunos minutos, sin mencionar que estaba a miles de metros de distancia.

Sabiendo lo que se avecinaba intenté blandir mi espada de fuego, pero esta se había apagado durante la caída y ya no tenía aceite Solar para volver a encenderla. Tomé entonces el mango de mi otra espada, aquella que se encontraba en la funda. Esta vez salió sin ningún problema, pero ya no era Nukkua. Era una espada áurea.

Capítulo 12

12

Transformación

Había una vieja leyenda en los Meidän sobre el Concilio, las leyendas decían que cada Maestro Mayor poseía una transformación que los sacaría de apuros, es más, leyendas aún más antiguas dicen que utilizaron estas transformaciones para conquistar los continentes flotantes de Atlis. A su vez, los Rajenta también poseen transformaciones en menor rango, en algunos casos, no son más que aumentos de habilidades, como ya lo había visto en Resande y en los demás.

Mientras a la distancia veía al Dragón de Pesadilla reptar a través de las paredes exteriores del Palacio, pensaba en las transformaciones de Lord Ölumë y la de Puin, por un lado era un terror inimaginable que aquel oscuro nigromante tuviera alguna forma de incrementar sus poderes, pero esto no sería una preocupación, ya que el cuerpo contra el que yo había luchado, el que sostenía la daga de la resurrección, no era más que un títere dominado a la distancia. El verdadero Lord seguramente estaba en alguna oscura cueva de Adholoka sacrificando a sus sirvientes para preparar algo aún más poderoso.

En medio del desastre generado por el Dragón, que ahora tenía poderes eléctricos, Heaveny y el hijo de Brann Tuli pudieron escapar de sus jaulas. Brann, el Solar, hijo de Brann Tuli, pues se llamaban igual, había llegado hasta nosotros él solo. Le preguntamos donde estaba Veny pero nos contestó que la última vez que la vio había entrado al Palacio corriendo a gran velocidad. El dragón entonces extendió sus alas, provocando una ventisca similar a una tormenta de arena a la vez que se aproximaba volando. Entre medio de jadeos y rugidos de odio, pues esto era parte de su composición, expulsó un grito. Algo tan inesperado y aterrador. Además de ser una criatura de destrucción masiva e inimaginable, tenía inteligencia para hablar. Gritó mi nombre, me llamó Valittin desde la distancia. Parecía estar teniendo alguna clase de conflicto, pues había sido mi espada durante todo el tiempo que la tuve, siendo que yo mismo la había sellado, pero además, tenía en su composición al Elemental de Viento, que se encontraba gobernado por Ölumë. Pero si en algún momento había podido permanecer como una sola espada junto a Uni, y esta había tomado forma física, sospechaba que la nueva Uni podía unirse a Nukkua nuevamente y formar así una sola espada, o al menos, destruir una de las dos para siempre. Kultiekka, (pues en lo poco que se sabe del lenguaje de Edén, Kult es "dorado" o "áureo", y este era el color de la

nueva espada —miekka— que había recibido en los sueños) fue el nombre que le puse a la espada. Los pocos enemigos que quedaban en Maailmamme habían huido para no volver jamás, pues la visión del dragón los aterrizó. Antes de que el Dragón Uni apareciera en un huevo del cielo, pensábamos que La Revolución había triunfado, solo tendríamos que recuperar las dagas faltantes, derrotar a Svartur y Ölumë y ya podríamos luchar contra el Gran Rey Dragón para así finalmente liberar Atlis de toda opresión.

La lucha contra Uni fue terrible, muchos murieron, La Reina de las Nubes resultó terriblemente dañada en una de sus alas y ya no pudo luchar más. Esto hizo que Clavakker incrementara su tamaño hasta casi igualar el de Uni. Cuando Vlefner vio que su amada estaba siendo gravemente dañada en medio de la batalla, estalló en furia, se convirtió en una bola gigante de fuego azul y arremetió contra Uni, atravesándolo desde el flanco izquierdo de su pecho, dejando al descubierto costillas gigantes, nubes de tormenta y truenos. Uni entonces comenzó a escupir truenos, y en una gran explosión de electricidad, expulsó al Elemental de Viento quien volvió a sellarse en el núcleo que se encontraba en manos del títere de Ölumë, al cual Uni aplastó con furia. Toda la Revolución estaba luchando contra este gigantesco ser de nubes oscuras, pero él no respondía con ataques, sino con confusión. Tenía la inteligencia para hablar y ya había expulsado al Elemental. Tenía aún dentro suyo la daga de la resurrección. Mientras recibía ataques de todos los flancos de la guerra, lanzó un aullido al cielo, dio un salto y clavó las garras en la tierra. De repente, todo el polvo que había en el aire volvió a materializarse en cuerpos de guerreros que habían sido muertos en batalla. Uni, la espada de las pesadillas ya no estaba bajo los controles de Ölumë ni tenía malos deseos. Ordené de inmediato que cesaran el ataque. Kultiekka saltó de mi mano y se enterró en la frente de Uni. La enorme masa de nubes oscuras y huesos entonces comenzó a brillar con gran fulgor. Los huesos comenzaron a llenarse de carne y luego de escamas, las nubes comenzaron a dispersarse y en cambio, ahora, parecía que era el brillo del sol en lugar de la tormenta que aparentaba antes ser. Un dragón dorado ante el cual todos los dragones presentes en aquel campo de batalla se postraron, incluidos Vlefner y Clavakker. Este divino ser era la manifestación del dios de los dragones, la deidad máxima de la religión de estos seres. Su nombre era Lohikäärme.

Todos los dragones allí presentes entonaron una canción en su honor, lógicamente estaba en el idioma de estos reptiles, pero traducida al español, forzando algunas rimas, decía algo como esto:

A vencer la oscuridad llegó el dorado

La luz volverá a brillar desde nuestro amado
Mantendremos las historias de su legado
Y recibiremos de su parte cualquier enviado
Naciste del amor entre el aire y el mar
Aprendiste primero a volar y luego a andar
Descubriste el mal y lo venciste
Descubriste el horror y lo encerraste

En tu juventud desgarraste a los Traidores
Y fuiste declarado campeón entre los ganadores
Mantuviste el orden durante millones de años
En tu ausencia, controlaste y reparaste muchos daños

Cuando nacimos los seres menores
Viajaste al jardín de los honores
Ascendiste a los antiguos jardines santos
Y maravillaste a los dioses con tus actos

Nos prometiste que volverías en nuestra necesidad
Que tendríamos el cuidado de nuestra deidad
Cuando el Oscuro levante su rostro
Volverías para derrotar al dañino monstruo

Gloria para el Dios Dragón

A vencer la oscuridad llegó el dorado

La luz volverá a brillar desde nuestro amado

Mantendremos las historias de su legado

Hemos recibido el cumplimiento de lo prometido

De ahora en adelante, el pueblo de los dragones estará bendecido

Lohikäärme contestó lo siguiente:

—Amado pueblo dragón. Me he manifestado aquí por voluntad de las Autoridades Superiores. Kulteräs ya no existe más, me he transportado a través de Valittin, quien portó mi forma de espada hasta aquí, para poder detener la oscuridad que reinaba en Uni y así materializarme frente a ustedes y detener a Ölumë, pues es él quien durante la era del Concilio mantuvo el caos y la oscuridad. No serán cosas fáciles las que se avecinan, pues no podré luchar contra Dalagdö ni contra Ölumë en esta forma. Volveré a ser una espada, esta vez, para siempre. Este cuerpo que ven ahora, habita en Eden, cuando terminen sus viajes por este mundo volveremos a vernos y celebraremos las victorias en los campos eternos de aquél lugar, pero por ahora, solo puedo permanecer en las armas empuñadas por el Rey Supremo, Valittin. Así debo despedirme de mi pueblo aquí. Antes de volver a la forma de espada y a Eden, daré una advertencia a Dalagdö. Si me escucha a mí, podrán tener esperanzas, pero, de lo contrario, deberán prepararse para luchar con todas sus fuerzas. Debo dejarlos. Yulin Kullum y hasta siempre amados hijos. Hasta siempre Rajentas y hasta pronto Valittin.

Todos al unísono correspondimos al saludo con "Yulin Kullum".

Lohikäärme volvió a su forma de espada y salió disparado al sol, dejando la daga de la resurrección en mis manos.

Las cosas que quedaban por resolver ahora eran Hvítt Svartur, Heaveny y Ölumë. Por fin hubo paz y pudimos disfrutar el brillo de los soles. Brann Tuli se encontró con su hijo y festejó el encuentro. Le recomendamos volver a sus tierras y disfrutar la reunión junto con Aurili. Le pareció bien y así, dejándonos su daga del gigante, marchó.

Nos adentramos en el Palacio del Concilio. Pude notar que Puin estaba especialmente nerviosa, temía que Hvítt se transformara. Los humanos que formaban parte del Concilio habían sido mutados por Ölumë para poder cambiar de forma ante casos de emergencia. Algunos de ellos perdían el conocimiento y otros sufrían cambios en su carácter, pero sin perder la consciencia ni el control. Puin odiaba las transformaciones, dado que le recordaban a las torturas que Ölumë les hizo sufrir para adquirir estos poderes. Skönhet se veía tranquilo. Debía mantenerse calmo para poder tranquilizar a Puin. Pero todos los que estábamos allí sabíamos que si Hvítt se transformaba, ellos dos tendrían que transformarse para derrotarlo. Llegamos a la Sala de la Mesa Áurea. Este enorme salón tenía la forma de un rectángulo áureo, en el piso, estaba trazada la espiral de oro, y en el punto de la espiral, estaba la Gran Mesa Áurea del Concilio. Sentado en el lugar de honor, estaba Hvítt Svartur con una daga en cada mano. Las dagas que poseía eran la daga de la edad, capaz de hacer envejecer o rejuvenecer todo lo que tocara y la otra era la daga de ánima, capaz de dar vida a objetos inanimados. Svartur no era rey del Concilio por ser un guerrero muy hábil, ni por haber conquistado algo, sino por ser hijo de los reyes antiguos. No tomó ni dos minutos detenerlo y quitarle las dagas. Íbamos a llevarlo preso cuando en un abrir y cerrar de ojos Heavenny, quien estaba oculta en las sombras de la habitación, (pues había entrado al Palacio cuando Uni aterrizó en él), lo atravesó con una daga en el hombro. Esta era finalmente la daga faltante, la daga de la revelación, una daga que obligaba a quien entrara en contacto con ella a revelar lo que se le preguntase.

—Ahora, maldito cobarde, ¿Dónde está la secta y cuánto poder tiene ya?

—Inquirió Heavenny.

—La secta está en Adholoka, aún les falta poder para abrir un portal, pero ya no debe tardar, por favor no me lastimes más —dijo con dificultad el débil líder del Concilio.

—Muy bien humano, puedes marcharte a donde quieras, pero lo que más te recomiendo es que vayas a Tumundo, te dejaremos en las propiedades de tu familia, donde serás recibido con alegría. —interrumpió Resande abriendo un Fortært.

—Que considerado hermanito, supongo que tu si conservaste tu locura después de todo. Perdona por todas las cosas que tuviste que pasar al buscarme. Por fin todo está listo. Volveremos a casa, volveremos a ver a Padre y Madre. ¡Volveremos a ver a nuestros hermanos! Volve...

—Vení —interrumpió Resande— Estuviste bajo el dominio de Ölumë durante mil quinientos años. Madre y Padre, nuestros hermanos, el

bosque, los reinos de los elfos de Maailmamme...

—No, Resande, no, dime que no es lo que yo creo... ¡No te creo! —dijo Veny llorando contra el pecho de su hermano y golpeándolo en los hombros.

—Pero no te preocupes. —dijo Resande dejando correr las lágrimas—Tenemos al Rey Supremo, él tiene las doce dagas, tiene la daga de la resurrección y la daga de la vejez, quizás podamos ver a Padre y Madre otra vez, y si no, nos estarán esperando en Eden, como cada vez que soñamos con ellos.

Heaveny siguió llorando larga y amargamente, pero al menos ya todos estaban reunidos. Lo que quedaba por hacer ahora era detener a Ölumë.

La Reina de las Nubes volvió a su bella y transparente forma para hablar con nosotros. Antes de viajar a Adholoka, si Ölumë no venía antes a nosotros, tendríamos que reunir a la Revolución en el Bosque, restaurar lo que hiciera falta y darme la coronación que correspondiera.

Los días que siguieron fueron muy parecidos a los primeros días que pasé en Maailmamme. Otra vez habían vuelto las aventuras en los inmensos campos, ahora con Puin y Skönhet sumados al grupo que teníamos con Vlefner y Resande. Viajamos en los vehículos de los enanos, montamos en los lomos de Vlefner, quien solía jugar con Clavakker. La Reina de las Nubes ahora podía descender desde Royaumges para visitarnos. Los Solares habían crecido considerablemente. Todas las razas se mostraban sumamente felices de mi gobierno. Llamamos a todos los habitantes de todos los Meidän a Los Jardines, allí se llevaría a cabo mi coronación. Acudieron toda clase de seres. Si me pusiera a describirlos, no terminaría con estas notas que te he escrito en forma de historia, querido lector, seas quien seas.

Resande, que había sido el orfebre real del Rey Supremo anterior al Concilio, confeccionó una corona para mí. Era la corona más hermosa que había visto en toda mi vida. La Reina de las Nubes se ofreció como mi Consorte Real, pero mi corazón estaba en otro lado, y la Reina Suprema de aquel mundo fue Puniukset. Aun así, Resande con suma dificultad le declaró su amor a la Reina de las Nubes y, dado que le dijo que sí, Resande era ahora Rey de las Nubes. Skönhet se casó con Aurili y Brann hijo con Heaveny. Tanto las bodas como la coronación se llevaron a cabo en Los Jardines. Mientras estábamos dispuestos en las posiciones reales, la espada dorada formada por Lohikäärme cayó desde el Sol Mayor a mis pies, junto con un mensaje que decía lo siguiente:

“Saludos, Valittin. He regresado a ti para acompañar este mundo desde las manos del Rey Supremo. Debo informarte que Dalagdö ha desistido de sus intenciones de gobernar para siempre el Sol Mayor. Me ha jurado lealtad nuevamente y ha prometido entrar en sus cabales. En breve dejará el Sol Mayor en manos de Brann Tuli y de todos los Solares, los Soles y las Lunas que deseen habitar lo que es suyo por derecho. Espero que sepas resolver las situaciones que se presenten desde que leas esta nota hasta que Dalagdö abandone el Sol Mayor.

Yulin Kullum — Lohikäärme.

Decretamos una fiesta de una semana, claramente era muchísimo más larga que una fiesta en la Tierra, pues los días duraban sesenta horas terrícolas. Todo fue alegría, tomábamos cerveza que salía de los Arroyos de Los Jardines de Maailmamme, conocidísimos en toda Atlis por producir cerveza. Los primeros pobladores plantaron lúpulo a lo largo de todas sus orillas, cada brazo producía un estilo distinto de cerveza. Los nobles de Kultainen me obsequiaron una caja de oro llena de tabaco de sus grandes bosques. Tanto los Señores Enanos como yo la disfrutamos. Las ruinas de Los Jardines habían sido restauradas y las utilizábamos para dormir allí. Todo fue hermoso hasta que llegó el quinto día. Ese día nos llegaron noticias desde el Meidän más alto. Resulta que ahora que los nobles estaban festejando, los guerreros habían rechazado un ataque de Ölumë, y eso no es todo, al cabo de otro día más llegaron las mismas noticias desde Kultainen. Llegó el séptimo día y Ölumë se hizo presente personalmente en la fiesta junto con un grupo de encapuchados

—Saludos, Oh Rey Supremo Valittin, saludos a ti también, Reina Puniukset.

—Saludos —Dijeron repetidamente los encapuchados con tenebrosas voces.

—No eres bienvenido aquí, nigromante fétido. —Contestó Resande

—Lo sé, lo sé muy bien, no he venido esperando algo distinto, ni he venido a traer regalos. ¡He venido a traer caos!

Cuando dijo esto, los encapuchados dejaron caer sus ropajes. Eran seres indescriptiblemente horrendos, no eran humanos, no eran elfos, ni

enanos, ni nada parecido, parecían hombres pájaro, con la piel caída y en descomposición, un color rosado manchado con verde y un pequeño pico doblado hacia dentro. Cada uno tomó un cuchillo y se cortó el cuello. Estaban dispuestos en una posición tal, que la sangre formó un sello en el piso. Ölumë comenzó su transformación. Se había transformado en un demoníaco ser de terribles dimensiones, cuernos gigantes, cuatro brazos, cuatro piernas y un cuerpo con tejido vivo, pero sin piel. Del sello comenzó a salir un horrible fuego violeta, desde el cual se había comenzado a abrir una puerta hacia otro mundo.

Puin entonces dejó de lado el papel de reina y comenzó también a transformarse para comenzar a luchar. Su transformación le otorgaba plumas, sus pies se transformaban en patas de águila, de sus brazos crecían plumas hasta darle alas. En su cara no crecía ningún pico, pero sus ojos, aunque no cambiaban estéticamente, podían ver como cualquier ave.

Skönhet también se transformó. Era algo mucho más poderoso que un hombre lobo o un hombre oso, pero, sin embargo, muy parecido a ambos, solo que su pelaje era de un blanco reluciente. Mientras ellos se las arreglaban para pelear contra Ölumë, del círculo de sangre en el suelo, comenzaba a emerger un ser oscuro, más grande que la Capital. No podía permitirlo, así que tomé las cuchillas de Resande y me encargué de limpiar el círculo lo mejor que pude. Una vez que ya quedaba poca sangre en las piedras de Los Jardines, tomé la espada Lohikäärme y la enterré en el centro. Una luz dorada salió del impacto y la invocación fue obstruida, sin embargo, el Traidor intentaba salir aún. En medio de la pelea entre Puin, Skönhet y Ölumë, sangre de aquél horrible hechicero cayó en los restos del círculo. Estas gotas de sangre generaron que el Traidor intentase nuevamente atravesar la brecha desde su prisión eterna en el fondo del océano de nuestro mundo hasta Atlis, ahora con más fuerza.

Vlefner comenzó a borrar el círculo con sus garras como si fuera un perro cavando en tierra. La lucha de Puin y Skönhet contra Ölumë estaba llegando a su fin; el hermano había reducido al enorme monstruo de carne viva, que, entre gritos y maldiciones había conocido ahora su derrota. Puin hizo lo propio y acabó con Lord Ölumë y con él, también acabó con lo poco que quedaba del Concilio. Esto dio inicio a una paz duradera y próspera, aunque dentro mío desconfiaba de la promesa del Gran Rey Dragón. Sabía que, si tardaba demasiado, Brann Tuli comenzaría otra guerra para recuperar el Sol Mayor, y yo, como Rey Supremo debía posicionarme a favor de él.

Mi primer mandato fue reconstruir todo cuanto había sido destruido durante la Gran Guerra, también mandé un grupo de Rajenta a limpiar Adholoka para hacerlo habitable nuevamente. Trasladé la Capital de Maailmamme del Palacio a Los Jardines, como siempre había sido antes

del Concilio.

No he hablado mucho de las ciudades en estas historias, pero no es porque no fueran hermosas, tecnológicas o atrayentes, sino porque en los grandes campos baldíos de Maailmamme era donde la magia intrínseca de este otro universo se llevaba a cabo. La música de fondo, criaturas salvajes que salían al encuentro con el afán de luchar contra uno, manifestaciones sobrenaturales de las deidades de aquellos reinos, eventos realmente alucinantes como tener que buscar objetos perdidos de otras eras, nuevas ruinas que se descubrían todo el tiempo. Lo cierto es que no había forma de aburrirse en Maailmamme. Pasábamos los días de descanso en las orillas del río, construimos mansiones para cada noble y para nuestras vacaciones íbamos al paraíso natural que ofrecían los oasis de Kultainen.

Capítulo 13

13

Reencuentro

Durante el período de paz que estaba atravesando mi reinado se desarrollaron diversas expediciones en territorios no explorados del continente. Habíamos descubierto formas de contactar con los guardianes de los bosques y recibir dones y objetos de parte de ellos.

Habían pasado cinco años desde que el Concilio fue derrotado. Todo era nuevo, el calendario, la sede del gobierno, el aire y la música. Puin y yo tuvimos dos hijos, un varón y una mujer. El nombre de mi hijo es Oroszlán y el de mi hija es Sárkany. El mayor en este momento tenía tres años y la menor apenas unos meses. Casi al mismo tiempo que Oroszlán había nacido, un huevo que Clavakker y Vlefner habían estado cuidando durante un tiempo, se abrió y lo primero que hizo el pequeño lagarto azul fue intentar volar sobre mi pequeño hijo. Los destinos están ligados y no es extraño que, si mi vida estaba ligada a la de Vlefner, la del pequeño Sininev lo estuviera a la vida de Oroszlán. Casi por el mismo tiempo, la Reina de las Nubes y Resande habían dado noticias de estar esperando un hijo. Un ser de extrema belleza saldría de semejante unión, pues una Reina de las Hadas como lo era Tündéri uniendo sus genes con los de un Alto Elfo de los Bosques, ciertamente daría como resultado la más perfectas de las criaturas que por ese entonces recorrerían Maailmamme.

Sininev creció mucho más rápido que Oroszlán, pues, mi pequeño hijo solo tenía tres años y no alcanzaba el medio metro de altura, y el joven reptil ya medía cerca de cuatro metros. El nido de Vlefner y Clavakker había sido edificado en la cima de una gran montaña que es donde se cree que aterrizó el Dragón Hereje que desafió al Gran Rey Dragón cuando los Meidän aún eran sujetados por cadenas.

Había decidido comenzar tratativas con los organismos de nuestro mundo que habían mantenido relaciones con el Concilio, así que, de los nobles humanos que habían quedado bajo mi servicio, decidí nombrar Embajadores para que vayan a la Tierra a negociar el contacto entre ambos mundos, lo cual seguramente tomaría siglos, pero estaba bien comenzar.

Teniendo a los Embajadores ocupándose de estos asuntos, mi trabajo era ahora un poco más liviano. Tenía también Ministros que se ocupaban de conseguir todo lo que todo el mundo necesitaba y escuchar tantas

peticiones como fuera posible, no solo en Maailmamme sino en los cinco Meidän

Una vez que el reino gozaba de cierto orden y tranquilidad, pude comenzar cacerías de algunos animales salvajes y expediciones en lugares aún no explorados, por ahora en Maailmamme, luego en los demás Meidän.

En Atlis solo se convertían en polvo los seres conscientes, aquellos cuyas almas iban a parar a los palacios de Eden o a las profundidades del océano de la Tierra. Pero a los indefensos animales cuyos destinos eternos eran jardines infinitos de pasto para comer y arroyos dulces para beber, las Autoridades Superiores les habían concedido descanso fuera de sus cuerpos, y a ellos, los habitantes de Atlis, les habían regalado la carne y el cuero de estos seres.

La primera cacería la llevamos a cabo a unos quinientos kilómetros de Palacio, en unas cuevas subterráneas. Había llevado cincuenta de mis más cercanos hombres a la expedición, entre ellos, Resande, Skönhet y Vlefner habían emprendido la expedición conmigo al frente. Si bien ya no había Concilio ni Ölumë estorbando con criaturas malignas, muchas de las especies nativas de Maailmamme eran hostiles por naturaleza. Incluso teníamos la sospecha de que la secta que había fundado el nigromante aún tenía acólitos sueltos intentando invocar a los Traidores o revivir los cadáveres de sus hijos.

Recorrimos diversos túneles que llevaban a cámaras descubiertas repletas de tesoros, lo cual fue bueno para el reino, pues el oro del Concilio había sido repartido entre los distintos Meidän conforme les había sido arrebatado. Esto es exáctamente lo que les prometimos a los Enanos cuando se nos unieron en el desierto. Teniendo ahora estos tesoros ocultos de distintos tiempos y héroes podríamos comenzar a armar el tesoro del Reino. Comenzamos a notar cierta luz al fondo de uno de los túneles, cuando avanzamos hacia ella para conocer su procedencia, nos encontramos con una enorme habitación llena de balcones y salas aisladas iluminada por hongos y luces colgadas del techo de piedra. En el piso de la habitación se encontraba el símbolo de un reino antiguo. Cuando Resande lo vio no pudo contener las lágrimas. Era un castillo del Antiguo Régimen, aquel que fue derrocado por el Concilio miles de años antes. Un gobierno de elfos, pues de ellos era el gobierno de Maailmamme. Kultainen tuvo un gobierno elfo hasta que Puin lo conquistó siendo más joven junto con su padre y Lord Ölumë.

Por lo que me contó Resande, este era el castillo del gobierno de Maailmamme. Cuando el Concilio decretó el servicio de Rajenta como algo obligatorio para las razas nobles, encerró a los candidatos.

—Hasta un día antes de que me encierren para entrenarme, el mundo era de una forma. Siglos de entrenamiento después, todo era distinto. Los edificios que yo conocí y en los que viví ya no existían. Ninguna de las personas que conocía estaban vivas, solo mi hermana y Brann Tuli. —dijo Resande.

—¿Esta es tu casa? —pregunté

—No, pero sí pasé largas horas y muchos días aquí. Como orfebre del rey, las coronas y los adornos eran de mi autoría, la alquimia también cobraba su parte, pues le gustaba utilizar joyas de materiales transmutados.
—contestó. —El rey era amigo mío, teníamos la misma edad y nos habíamos criado como hermanos. Son recuerdos que jamás olvidaré.
—agregó.

Comenzamos a explorar todas aquellas ruinas y descubrimos que el Concilio jamás las había encontrado, ni las había ocultado y mucho menos destruido, pues le era desconocido. Este enorme Palacio había sido ocultado bajo tierra por los elfos, quienes, como después leímos en la biblioteca, se las habían ingeniado para crear una cueva con túneles. El resto de las huellas de los elfos quedaron intactas en el Bosque, donde emigraron, ya que era el único lugar donde el Concilio no podía entrar. Lo único que Resande sabía era que él había ido a buscar el Palacio cuando su entrenamiento acabó y no lo había encontrado, pero le habían llegado noticias de elfos en el Bosque, es por esto que son Altos Elfos del Bosque, pero originalmente solo eran Altos Elfos, separados de las razas del Bosque.

Lo primero que encontramos fue la sala de oratoria, ubicada al oeste del salón central. Había un púlpito en la pared oriental y la sala entera estaba cubierta con gradas. Al este de la sala principal se veían los restos de un patio destruido, con restos de jardines secos. Al sur se encontraba una biblioteca intacta de la cual, más adelante te contaré, pues los libros que allí encontramos nos dieron conocimientos sobre todas aquellas cosas que sucedieron mientras Resande estuvo cautivo del Concilio. Las sucesiones de reyes, los puntos de escondite de los elfos, leyendas antiguas de liberación, pero, sobre todo, los planos del castillo y cómo pudieron enterrar el Palacio entero en tan poco tiempo. En el círculo central, donde se encontraba el símbolo de aquél Reino, Resande nos mostró una escalera secreta que conducía a las bodegas subterráneas del vino élfico, el cual, según Resande pondría a dormir a Vlefner con tan solo unas botellas. Te preguntarás en este punto cómo es que no vimos a ningún elfo, pues solo te diré que el lugar estaba cubierto de polvo. Llegamos finalmente a la puerta norte de la sala principal, la Sala del Trono, donde,

para nuestra sorpresa se encontraba el Rey, sentado cabalmente en su trono, y en la sala había un enorme número de elfos completamente en silencio. Todo estaba quieto, como si el tiempo allí dentro no transcurriese, nosotros si nos movíamos. Yo dí unos pasos al frente y nada sucedió, pero cuando Resande avanzó, el aire en la sala cambió y todo comenzó a estar nuevamente en movimiento. La música natural comenzó a sonar. El Rey desde su trono levantó la mirada y nos observó detenidamente. Mi reacción, como era de esperarse fue un sobresalto y una sensación de frío en el pecho.

Como Vlefner no cabía por ninguna puerta, observaba todo lo que hacíamos desde la sala principal. Al vernos a Resande, Skönhet y Brann quietos en la puerta, sin avanzar, asomó su enorme cabeza y también se asustó. Resande tenía una expresión de asombro tan grande que tenía sus ojos abiertos y fijos en su amigo. Había soltado las cuchillas ni bien entrar.

El Elfo Rey corrió hacia Resande y al abrazarlo se dio una conversación en el Antiguo Lenguaje que, a esta altura, yo ya manejaba bastante bien.

—Amado hermano, creí que jamás volvería a verte, he estado solo durante miles de años protegiendo todo lo que hay aquí. He copiado los libros, he mantenido el vino intacto con hechizos hasta que nuestra familia vuelva a este lugar, nuestra amada Gyllene, la Dorada vuelva a surgir de las entrañas de la tierra.

—Hermano mío. —contestó Resande— he soñado con este día durante siglos, siglos de no saber qué cosa había pasado con tu reino, mi hogar, solo sabía que mis padres habían sido asesinados por el Concilio.

—Yulin Kullum, hermano, Yulin Kullum. Si has podido entrar aquí es porque nuestro sueño se hizo realidad. El hechizo de la puerta se rompería solo cuando la magia de Ölumë cesara y un elfo de Gyllene entrase por el umbral de la ciudad. Dime ahora Resande, ¿Es este humano vestido de Rey Supremo nuestro anhelado Valittin? —quiso saber

—Su Majestad —dije yo hincando la rodilla.

—Nada de eso, soy yo quien te debe honores, noble guerrero. Si las leyendas eran ciertas, entonces tú mismo te encargaste de acabar con Ölumë. —dijo dándome la mano para ponerme en pie, al a vez que él mismo se hincaba.

—No en realidad. Mi amada esposa, quien fuera parte del Concilio fue

quien mató a aquél fétido nigromante. —aclaré.

—Eso significa que las leyendas eran ciertas. Cuando el mal viniese, la estrella de Valittin llegaría y desde las filas del enemigo, el gozo de Valittin se desprendería del mal y, dando fin a la maldad, comenzaría a brillar junto a él. —dijo un elfo de apariencia religiosa.

Luego de algunos banquetes y muchísimas lágrimas por parte de Resande, el Rey Elfo Stannade pidió silencio y comenzó un discurso diciendo que ahora el Palacio tenía que emerger.

Toda la estructura comenzó a sacudirse violentamente y en cuestión de algunas horas, todo el cielo brillaba sobre nuestras cabezas, la cueva ahora había quedado reducida a algunos breves túneles de roca en los caminos que llevaban hasta el Palacio.

Hicimos fiesta durante meses para conmemorar este hermoso hallazgo. Invitamos a todas las criaturas de los Cinco Meidän. Incluso a los enanos, por más que su relación con los elfos fuese pésima.

Fueron largos meses de preparación hasta que todos los invitados estuvieron presentes, pero una vez que llegaron, los campos se veían realmente repletos.

Los dragones que estuvieron presentes eran aquellos que vivían en los Meidän, miles de ellos reunidos para poder celebrar dentro de nuestra Alianza de los Meidän. Los regentes de los otros Meidän les habían permitido vivir y también cazar su alimento de maneras reguladas. No lo dije hasta ahora por respeto, pero Vlefner de vez en cuando se comía algunas vacas y cabras.

Los enanos de todas las montañas presentes estaban allí. Se habían producido acaloradas discusiones en torno a cómo tratar los elementos y que ramas de la arquitectura humana les gustaba más. Desde mi opinión, todo lo que hacían tenía un toque Art Decó, y era este estilo (o algo similar) el que predominaba en el interior de las montañas enanas.

La Reina de las Nubes estaba presente con su más radiante apariencia junto a su marido, quien estaba vestido de gala y sentado a la mesa junto con el agasajado Rey Stannade. Les ofrecimos una coronación simbólica a ambos. Les dije que ser Rey Supremo para mí era un acto de amor y no una posición jerárquica. El verdadero Rey de Los Cinco Meidän era Stannade y no yo.

Las cinco razas de los elfos cantaron una canción al unísono, compuesta en algún momento de la antigüedad. Una canción que se cantaba en los

momentos de alegría, y que hasta ahora sólo habían cantado dos veces. Una de esas veces fue cuando se estableció por vez primera el Gobierno Élfico y la segunda fue cuando este se convirtió en el Gran Reino de los Cinco Meidän. La canción decía así:

Gloria y alegría cantará la tierra

El sol brillará y no tendremos más guerra

Danzará sobre el césped el que a la maldad aterra

Beberemos, comeremos, danzaremos

Casi nada dormiremos, pues,

A los caídos en batalla honraremos

Gloria y alegría cantará el cielo

Pues ahora está claro y con aves en vuelo

Ya no hay flechas ni sombras surcando su velo

Solo gotas de cerveza que caerán al suelo

Fruto del choque de un brindis que se da para alegría y consuelo

Por los caídos en batalla y por nuestros abuelos

Gloria y alegría cantará el Nykyinen, nuestro Gran Río

En el nuestras lágrimas encontrarán su final frío

Para nunca más caer de nuestras mejillas ni tener un rostro sombrío

Hoy es la alegría la que reina, gloria y alegría al río y al rocío

Por los caídos en batalla alzo el canto mío

Gloria y alegría por Valittin, a quien con ansias aguardamos

Cantamos porque él hará que nos unamos

Levantamos voces y música para que un día volvamos

Hasta entonces, hermanos, con la lucha sigamos

Por los caídos en batalla a quienes nunca olvidamos

Gloria y alegría por los días difíciles de Gyllene

Nunca desmayamos, aunque el mal nos apenaba

Esperábamos firmes a que el cuerno sonara

Cantábamos a diario, aunque la tormenta tronaba

Por los caídos en batalla y porque Valittin en camino se encontraba.

Había llorado un largo rato por la letra de aquella canción, pues hablaba de alegría y aun así estaba dedicada a los caídos en batalla, siendo del país que soy esto me afectó profundamente. Los caídos en batalla de Argentina eran indefensos jovencitos obligados a luchar por intereses bélicos de un borracho militar falto de toda cordura y lleno de maldad. Agradecido por tantos agasajos que comenzaba a recibir, tomé un discurso y hablé de aquella parte negra de la historia de mi país, provocando el llanto en muchos de mis súbditos. Todo terminó con las copas de millones de seres alzadas en alto.

Oroszlán se encontraba sentado a mi lado y observaba todo con ojos de asombro, mientras que Sárkany estaba siendo alimentada por Puin.

Teniéndolos a todos allí reunidos, pude aprobar una ley que restauraba el uso de Fortært y Evig en los Cinco Meidän. Esto provocó una enorme ovación de parte de la audiencia compuesta por millones de seres de todos los escalones. En aquél momento yo no me había dado cuenta, pero la ovación fue contestada por un rugido a lo lejos. Yo no lo noté, pero

Oroszlán, quien comenzó a llorar aterrado, podía sentir cosas que la mayoría de nosotros no. Sárkany también miró en la misma dirección que Oroszlán, pero no lloraba, solo miraba fijo.

Intenté calmarlo y lo único que hizo que dejase de llorar fue jugar con el hijo de Vlefner, ambos sobrevolando las mesas y arremetiéndolo contra aquellos invitados a quienes veía como seres gruñones o ajenos al espíritu del festejo.

Podían pasar largos meses hasta que se presentaba el avistamiento de algún monstruo salvaje para cazar o alguna manifestación dispuesta a brindar misiones a valientes ansiosos de aventura. Muchos aventureros entre los nobles, pero también entre los súbditos, ascendían posiciones por medio de hazañas de aventura y búsqueda de tesoros, que, dicho sea de paso, se quedaban para ellos.

Hemos tenido muchas gratas sorpresas con estos actos. Uno de los pequeños súbditos, huérfano de padres que pelearon en la Gran Revolución y allí perdieron sus vidas, había pescado en una de las orillas del Nykyinen, cerca del Bosque, un gigantesco pez azul tan brillante como las estrellas. Lo quiso entregar a la Corona, pues vivía en Palacio junto con los demás huérfanos y era amigo de Oroszlán. Mi decisión fue organizar un pequeño banquete y cocinar aquel enorme ser y alimentar a todos los huérfanos de la Revolución.

Había decidido organizar un torneo mensual y sumarme yo también a participar. Todas las razas podrían pelear entre ellas y sólo llegaríamos a las derrotas. Estaba prohibido matar.

Los primeros en pelear fueron unos enanos que tenían pleitos entre ellos por una de las mujeres enanas, una regordeta mujer con muchísimo vello en los brazos y una barba mucho más prominente que la mía, pues, las mujeres enanas tenían sus barbas.

Uno de ellos, de cabellos negros y ojos grises y el otro, de cabello rojizo y ojos negros. Similares en fuerza y forma. Ninguno de los dos parecía estar dispuesto a perder.

Luego de chocar espadas y escudos durante unas largas dos horas, el de cabellos negros, cuyo nombre era Mali, clavó su espada en tierra y le arrojó su escudo a los pies del enemigo, quien, por cierto, se llamaba Zhuru. Mali arremetió a puño limpio contra la cara de su adversario, derribándolo, pero para nada derrotado, pues los enanos son muchísimo más duros y ásperos en cuanto a lucha cuerpo a cuerpo. Zhuru se levantó y le encajó un cabezazo en la nariz a su enemigo, pero ni siquiera llegó a tumbarlo, Mali, teniendo la ventaja, cargo un puñetazo que aterrizó con toda furia en uno de los ojos de su rojizo congénere. La enana entonces, encantada se sentó a beber y reír junto con Mali mientras ambos

observaban las distintas peleas.

Vlefner combatió solo contra cuatro dragones menores que él. Estos jóvenes lagartos eran discípulos del Infierno Azul y buscaban dominar el arte de una lucha bien empleada. Naturalmente, cuatro aprendices no iban a poder contra el maestro. La lucha duró por lo menos una hora y media hasta que el lado sarcástico y provocador de Vlefner salió a la luz haciendo enojar a uno de sus alumnos, que entró en Berserker y lo embistió, llevándolo casi hasta afuera de la arena. Con cara de susto y sorpresa, Vlefner embistió con la cola al enojado joven y lo empujó muchísimos metros fuera de la arena, enfriándolo y vencéndolo en combate. Los otros tres siguieron luchando, pero finalmente perdieron. Aquél joven dragón se llamaba Lid. Un dragón blanco entrando en una edad correspondiente a la adolescencia humana. El futuro de este joven era brillante.

Resande decidió poner a prueba después de siglos, las habilidades de Stannade y tuvieron una lucha de cuchillas. Stannade también era capaz de transformarse en polvo, pero no por medio de dagas mágicas, sino que había nacido con esta habilidad, pues era hijo de la Raza Real, los creadores de los Fortært, forjadores de grandes amuletos y, según se cree, tuvieron contacto con los misteriosos creadores de los Evig y de las dagas.

Otro de los combates intensos fue entre Puin y la Reina de Royaumges. Tuvo demasiada prensa esta lucha, dado que era una batalla monárquica entre la Emperatriz de los Meidän y una Reina que terminaba siendo súbdita suya.

Fue una batalla sumamente elegante, pues ambas podían volar con sus respectivas transformaciones. Todo golpe asestado era contrarrestado por uno más fuerte. Puin con su lanza era mucho más ágil que la reina con sus rayos de luz o sus espadas de cristal. La victoria la obtuvo mi amada esposa, pero no mantuvo la ventaja durante todo el combate, pues la Reina era muchísimo más fuerte que mis mejores hombres.

El combate final me tocó a mí contra Skönhet. Esta vez, yo montado en Karama y él en su lobo gigante. Yo armado con Lohikäärme y él armado con su lanza. Desde el lomo de mi enorme león fue que arremetí contra mi cuñado, quien, para nada lento, realizó dos movimientos con su lanza, que lograron hacer que casi soltara mi espada, pero esto no resultó y Karama dio un enorme salto, derribando al lobo y dejándome a mí de pie sobre el nórdico combatiente cuya lanza estaba clavada en tierra fruto de la caída. Eso me habría convertido en ganador si no fuera porque Skönhet entró en su forma bestial para combatir más violentamente, actitud a la que contesté con ganas. Si bien yo no podía acceder a ninguna transformación, descubrí que ciertas interacciones entre mis emociones y mi espada me otorgaban habilidades especiales. Y, por cierto, Lohikäärme

lanzaba fuego desde su punta.

Me enfrente a la inmensa masa de pelos, dientes y garras en la que se había transformado mi rubio familiar con las habilidades de un dragón, si yo no volaba era porque no tenía alas. Dado que fui más rápido y ágil, Skönhét terminó con grandes manchas de pelo quemado de espaldas al piso y de boca al cielo, vamos, terminó tirado en la arena incapaz de combatir. Nos llevábamos bien, pero era celoso de su hermana y mis comentarios ácidos no ayudaban. También era celoso el hermano de su esposa y cada tanto había batallas de fuego en las comidas familiares.

Capítulo 14

14

Conquista

Diez años pasaron desde la última nota, buen lector. Oroszlán tenía trece años y Sárkany apenas diez. En la vida familiar nada había cambiado demasiado, pero en la vida política de Maailmamme todo había cambiado. Había embajadores de ambos lados de los Evig entrando y saliendo. Teníamos una sala en Palacio dedicada especialmente a Fortært que los Rajenta abrían en determinados horarios y días. Esta área estaba especialmente aislada del resto de las habitaciones y solo se accedía por medio de Fortært, ya que no queríamos que ningún humano indeseado sucumbiera a los deseos ambiciosos que todo Atlis podía producirles.

Resande había tenido una hija llamada Aleumi. Era rubia de ojos celestes y tenía las orejas puntiagudas de su padre. Había heredado poderes de ambos, pero también había desarrollado poderes nuevos. Podía cambiar de forma, convertirse en polvo y todos los poderes que sus padres habían adquirido. Pero también tenía el poder de hacerse invisible. Era gran amiga de Sárkany, pues esta solo era mayor por algunos meses.

Sininev era ya un enorme dragón de quince metros, pero aún le faltaba desarrollar cuernos, púas, no sabía escupir fuego con propiedad y todavía volaba torpemente.

Sárkany se había convertido en una gran inventora. Tenía profesores enanos de ingeniería y las cosas que construía ciertamente superaban el nivel de una niña de diez años, incluso de una nacida en aquél lugar.

Puin era cada día más hermosa e inteligente. Ella confeccionaba las armaduras de nuestros hijos, de los huérfanos y de los hijos de nuestros amigos.

Yo, por mi parte había comenzado a escribir muchas notas de viajes sobre las cosas que allí había vivido. Muchas de esas notas son las historias que has leído hasta ahora.

Pero nada puede seguir igual durante demasiado tiempo, ni en nuestro mundo, ni en Atlis. Esto lo aprendí por la fuerza en aquel momento. Quizás tendría que haberle prestado atención a muchas otras cosas que pasaron durante dos años. Para empezar; un meteorito que cayó en Drugic. Lluvias de estrellas observadas desde Adholoka. Rugidos que se escuchaban desde los cinco Meidän en distintos tiempos. Debí saber que Dalagdö no había desalojado el Sol Mayor.

La historia fue la siguiente:

Cinco años atrás llegaron telegramas desde el Sol Mayor, aparentemente de parte de Dalagdö, diciendo que cinco años a partir de aquél momento, el Sol Mayor habría sido desalojado y todos los dragones incluyendo al Gran Rey Dragón, Dalagdö, se irían a buscar un planeta o un Reino lejos de los Cinco Meidän y el Sol Mayor.

Cinco años se cumplieron justo en aquél día y el enorme gigante de fuego formó una flota con todos los Solares que habitaban en los Cinco Meidän y fue con la idea de volver a ser Gran Rey del Sol Mayor, utilizando por primera vez en siglos un viejo Evig que conectaba Maailmamme con el aquel lugar. Yo no podía nombrarlo Rey porque el Sol Mayor correspondía a otra jurisdicción que los Cinco Meidän.

Pasaron los dos años y nos llegaron telegramas de las flotas de Brann Tuli diciendo que Dalagdö seguía allí y no pensaba irse, pues negaba que Lohikäärme le hubiera dado tal mandamiento e insistía con gran furia en que él no había enviado ninguna carta siete años atrás. El motivo mayor de la carta de Tuli era un pedido urgente de ayuda y además tuvieron que retroceder y hacer tiempo en Drugic.

Nuevamente debía marchar a la guerra. No era un problema abandonar el Reino para pelear, ni siquiera era un problema abandonar los Meidän, pues Puin y Tündéri sabrían hacerse cargo de las situaciones que hubieran exigido sus presencias en asuntos reales.

Mi hijo tenía ahora diecisiete años y no estaba en edad para entrar en la guerra, pero estaba desesperado por luchar. Le dije que debía quedarse cuidando a su madre, su hermana y al Reino, pues era el Príncipe de Los Reinos de los Meidän de Atlis. Me presentó un argumento convincente, pues no había peligros por los cuales temer.

Sabiendo que vendría de todas formas, le prohibí terminantemente ir conmigo a la Guerra, pero aun así prepare todo lo necesario en caso de que se colara en el Barco Real, (cosa que efectivamente sucedió) mantas, cadenas, llaves mágicas y a Resande listo para abrir un Fortært de regreso a Palacio.

El viaje no parecía estar tan accidentado, lo más peligroso fueron las Slang, criaturas que habitan los cielos que separan los Meidän y son hostiles a cualquier cosa que se les cruce. Por lo general son solitarias y agresivas entre ellas, su aspecto es el de enormes pájaros espaciales de distintos colores y con muchos plumajes. Por suerte su carne es deliciosa, así que no nos faltó comida durante el viaje.

Todo el mundo se veía realmente nervioso, todo el Imperio estaba yendo a la guerra contra Dalagdö, éramos millones para combatir contra unos pocos, pues los pocos dragones que aquél desquiciado no había matado aún, continuaban siendo fieles a su causa.

El protagonista en esta historia no éramos ni Brann Tuli ni Resande ni yo; era Vlefner.

Mi amigo azul había nacido en un huevo en el Sol Mayor, y ahora, nos dirigíamos a su hogar. Verlo en la armadura que la Reina de las Nubes le había regalado años atrás, creciendo cada vez más, (pues los dragones no detienen su crecimiento sino hasta la muerte), se veía realmente espléndido y amenazante, y su tamaño, que ahora rondaría los setenta y cinco metros y no sesenta y dos como cuando lo conocí, era lo que más impresionaba. El color azul de su cuerpo y los ojos penetrantes a través del casco eran algo que resaltaba en el paisaje multicolor que los cielos nos ofrecían. Se veía realmente emocionado por volver a casa, además, en su cultura pelear contra otro dragón no era algo tortuoso o angustiante, era una euforia realmente activa. El estado Berserker de Vlefner se activaba al estar con emociones violentas y negativas, pero tenía otro estado, un estado de sed de sangre, una diversión depravada y vampírica. Este estado jamás había estado activo en Maailmamme, pues el Infierno Azul lo reprimió cuanto más pudo. Pero estando con otros

dragones y en una misión tan enorme, en su lugar de origen, siendo influenciado por las partículas y la atmósfera de aquél lugar, entraría en este estado con toda seguridad. Clavakker lo acompañó en toda la travesía intentando tranquilizarlo en los momentos de mayor nerviosismo.

Una de las noches, solo por diversión, utilizamos uno de los barcos menos cargados y dormimos dentro de las alas de Vlefner como en otros tiempos. Extrañaba el hecho de estar tirado fumando mí pipa, tomando mate o escribiendo estas notas. Ahora era un hombre de familia, era Rey de Todo Maailmamme y estaba yendo a conquistar un territorio más rico que mis cinco reinos juntos. En estos momentos de tranquilidad pensaba en algunas situaciones de la vida, por ejemplo, cuando vivimos temporadas prósperas en nuestra vida y avanzamos con la alegría que esto implica, y, muchas veces, el tiempo que esto nos lleva, no solemos frenar para respirar, pero cuando nos vemos envueltos en una situación tranquila, sencilla y hogareña en medio de la prosperidad económica y la ocupación de nuestro tiempo, revive una nostalgia. Mates con nuestra madre en el pueblo natal después de haber triunfado en Europa o Arabia. Cervezas con amigos después de una reunión de negocios en una exitosa empresa de la cual podríamos ser los dueños. Asados, partidos de fútbol, etc.

Era esta la sensación que me daba estar recostado bajo las alas de Vlefner, mirando el cielo con sus puntos brillantes a través de alguna de las aberturas que se daban en la contra forma de sus alas. Haber vivido tantos años aquí antes de ser Rey Supremo, ser un desconocido y vivir sin los lujos de los que ahora disponía, viajar con mis amigos y vivir aventuras junto a ellos era algo que realmente extrañaba. Sin embargo, no olvidaba estar yendo a la guerra, a pelear, a ver muerte por doquier y a sufrir por estas pérdidas.

Una de las noches Resande tuvo que hablar con uno de los capitanes para volver a planear la estrategia de guerra. Estando a solas con Vlefner, decidió revelarme la fecha de mi muerte. No vale la pena revelártela a ti, buen lector, ya te enteraras a su tiempo. Me dijo:

—Valittin, querido amigo, en caso de que yo muera en esta guerra, debo decirte ahora cuando morirás. Es mi razón de ser, debo protegerte hasta

que eso pase, pero si debo morir antes, que así sea.

—Vlefner, no vas a morir piensa que...

—No dije que moriría o no —dijo con una sonrisa— dije que en caso de que llegara a pasar, las cosas serían de esa forma.

—Pero en las Murallas, en las luchas contra Ölumë, ni siquiera saliste lastimado de gravedad... —dije angustiándome.

—Ninguno de los enemigos contra los que luchamos era un dragón del tamaño de una montaña.

Estuvimos conversando un largo rato hasta que volvió Resande con Oroszlán, quien se había colado en el barco, cosa ya prevista

—Resande, abre un Fortært a Palacio. —ordené

—Si Señor, a sus órdenes. —contestó el Rajenta

—Todavía estamos a tiempo. Debemos frenar la flota entera hasta que vuelvas. La insolencia del Príncipe significará la pérdida de miles de vidas Solares. —dije severamente.

—Padre, yo vine para ayudar, no pares la flota ni me mandes de vuelta a Palacio, por favor. —sollozó Oroszlán.

—Desobedeciste torpemente, no tienes nada que hacer aquí, no tienes por qué arriesgar tu vida ni las de los demás, el simple hecho de que estés en nuestros barcos es perjudicial para la misión. Todos nuestros libros hablan de casos como el tuyo, y aun así no tuviste mejor idea que colarte en el barco. Pero yo vine preparado. —dije sacando de mi bolsillo una de las llaves de Resande.

Al ver la llave mi hijo bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos. No podía arriesgarme a llevarlo. Además, si llegábamos a perder y Dalagdö quería invadir, el tendría que defender las tierras con los soldados que quedaron en los Meidän. Atravesó el Fortært avergonzado y con la cara llena de lágrimas. Fue un costo necesario, no podía arriesgarme a perderlo.

Durante aquellos dos años que el viaje duró estuvimos entrenando duramente todos los días. Luchar contra dragones no era algo simple de entrenar. Teníamos a Vlefner, Clavakker y los demás dragones que nos acompañaban, y con eso tuvimos que acomodarnos para entrenar, si no teníamos aquél entrenamiento, seguramente nos iría mal en la guerra.

A esta altura estábamos ya en Drugic, había transcurrido ya año y medio desde que dejamos Maailmamme en los barcos. Desde Drugic se podía observar el Sol Mayor con mucha mayor claridad que desde Palacio.

Fue en Drugic que nos encontramos con una colonia de Solares. No había ninguno en el Sol Mayor, estaban todos allí, muchos se encontraban gravemente heridos y hasta mutilados.

Brann Tuli se encontraba, como de costumbre, en un enorme trono.

—Excelencia, ¿Que ha pasado? ¿Qué hacen todos aquí? —pregunté

—Oh Su Majestad, aquella bestia es imparable, el Ejército Solar no tiene recursos para vencerlo —dijo gravemente angustiado— Pero ahora que el Ejército Imperial de Pentaidän (otro nombre que recibían los Cinco Meidän, fruto de mis lecturas terrícolas) con sus millones de soldados, dragones, elfos y guerreros de todas las razas conocidas, sin duda venceremos a Dalagdö.

—¡Llamen inmediatamente al capitán Sverdlid! —grité— ¡Yo no ordené ni recibí ningún mensaje de que ustedes se encontrarían aquí descansando y de vacaciones en mi reino cuando sus órdenes eran de luchar hasta la muerte! ¡Debería dejar que Dalagdö se quedase con el Sol Mayor! ¡Indignos sois Solares perezosos!

—¡Oh Justo Rey Valittin! —lloró Brann Tuli— ¡Hemos sufrido tantas bajas, no queríamos que tuvieras que lamentar la pérdida de toda una raza de tus amados súbditos!

—¡No hablaré más con usted Excelencia! ¡Llamen a Sverdlid!

—Majestad —dijo Brann hijo— El Capitán fue asesinado luchando cara a cara contra Dalagdö. Murió en favor de tu Reino y sus últimas palabras fueron “¡Larga vida a Valittin, Yullin Kullum!”

Toda mi ira monárquica fue aplacada con ese balde de agua helada. Acomode mi corona, peine mis bigotes y mi barba y volví a los aposentos de los que disponía en el barco para llorar amargamente.

En los seres de corazones susceptibles, que viven los sentimientos a flor de piel y muy públicamente, el abatimiento que produce ser obligado a la tranquilidad con semejante noticia suele ser muy agobiante.

Tardamos al menos tres meses en organizar la guerra como correspondía y siete meses tardaron todas las naves en llegar, eso sin contar los dos meses que nos llevaría llegar al Sol Mayor. Muchos de los Solares que estaban lastimados y en recuperación acabaron muriendo.

En un momento dado Resande me llamó en privado, entramos en el Barco Real, avanzamos por las escaleras, fuimos hasta mi oficina real cuidando que nadie nos siguiera, pues él había organizado las tareas de manera que todos estuvieran ocupados, incluso Vlefner. Con silenciosos pasos entramos y cerró todas las puertas.

—Majestad, Valittin: como amigo tuyo que soy y como hermano más cercano que he tenido en mis casi tres mil años de vida, nunca he tenido a nadie con quien compartir tantas emociones y con nadie he tenido la confianza que tengo contigo. Es por eso que no puedo dejarte pelear. Esto es demasiado riesgoso. —dijo Resande con lágrimas en los ojos

—¿De qué hablas? Si combatí en la batalla de las Murallas, derrotamos a Ölumë, hicimos proezas dignas de leyendas incluso aquí. Es más...

—Lo siento —interrumpió— pero tu salud es mucho más importante que el honor de la lucha. Lo que voy a hacer puede hacer que la Corte y los Embajadores me quieran ejecutar. Entenderé si llega a suceder.

—Resande, no tengo idea de que planeas hacer.

Entonces los ojos del elfo comenzaron a brillar y toda la habitación se iluminó. Estaba a punto de abrir un Fortært a la Tierra. Esto no sería tan grave, pues yo podía volver, tenía Embajadores en todas las ciudades del mundo. Lo que Resande planeaba hacer, era devolverme al momento en

que habíamos salido por primera vez de mi hogar hacia Atlis. Estaba prohibido manipular el tiempo.

—¡Resande, no! Es una orden real. No abras el Fortært. —dije seriamente

—Lo siento, pero antes que mi Rey eres mi amigo —dijo mientras las lágrimas se elevaban hacia el techo brillando translúcidas a causa de las luces de sus ojos. —

Tomé mi cuchillo de campo y me lo coloqué en el cuello;

—¡Si no detienes el hechizo me suicido aquí y ahora! —amenacé.

—Se que no lo harás, pues Vlefner tiene que presenciar tu muerte y estará ocupado hasta dentro de dos días. —dijo algo nervioso.

—El simple hecho de que esté parado en este universo afirma fuerte y claro que se puede torcer el destino. Y tú mejor que nadie lo sabes.

El quizás no lo sabía o lo había olvidado. Pero al haber tenido las doce dagas conmigo, yo tenía mucho mayor poder que él. Podría haberlo detenido desde el momento en que todo comenzó a brillar. Las únicas dagas que me faltaban eran las dos que le pertenecían, las que le permitían atravesar objetos y volverse humo.

Haber entrenado todo ese tiempo y sobre todo el hecho de haber aprendido magia, me habían colocado en una gran ventaja.

—No voy a volver a ese momento porque tengo esposa e hijos aquí. No seas tonto. Hubieras recordado mi seguridad antes de que fuese Rey Supremo. Esto es algo que se te ha ocurrido aquí. Es eso o has hablado con Vlefner... no, no hablaste. Escuchaste a escondidas. —el elfo agachó la cabeza con cara de resignación y bronca— Escuchaste una conversación a escondidas del Rey Supremo y su General de Guerra. Escuchaste una conversación a escondidas de tus dos amigos. —me acerqué a la puerta— Si estás dispuesto a pelear y dejar pelear, puedes quedarte. Pero si vas a

estorbar, vuelve tú en un Fortært.

Dije esto y abrí la puerta, la atravesé y la cerré con un fuerte portazo. La puerta estaba hechizada para que no se pudiera abrir, pero yo sabía cómo deshacer el hechizo dibujando glifos en el aire con los dedos.

Pasaron algunos días en los que no hablé con Resande. Se sentía en falta por haber intentado hacerme desistir de mi papel como Rey y guerrero. No es que hiciera poco tiempo que estaba yo allí. Cuando yo digo "días", "semanas", "meses" y "años" son a razón de sesenta horas por día. Ciertamente yo había envejecido muchísimo y esto es lo que suscitó su preocupación. Supongo que es el lado malo de que el día dure tanto, pero no me arrepiento, no es algo malo envejecer por haber vivido haciendo cosas.

Busqué a Vlefner para hablar con él. Recuerdo que cuando lo conocí dijo que lo había enviado Dalagdö. Nunca hablamos de esto en profundidad. Ni siquiera se si estaba aquí como prisionero o como agente. Resulta que Vlefner era uno de los que estaba en contra del gobierno del Gran Rey Dragón. "El Sol de los dragones, para los dragones. El Sol de los Solares, para los Solares, Yullin Kullum" era el lema de su facción, la cual estaba prohibida. Resulta que los dragones tenían su propio planeta, pero a raíz de una supuesta sobrepoblación, siglos atrás se mudaron al Sol Mayor para compartirlo con los Solares, a quienes finalmente terminaron expulsando.

El origen de la frase "Yullin Kullum" era tan antigua como la memoria de los habitantes de todo aquél universo. Supuestamente es el idioma de los seres que construyeron los Evig. Es un grito de libertad y de amor.

Pensé que nunca llegaríamos al Sol Mayor, todo lo que sucedía era que Drugic estaba poblado por millones de seres que no pertenecían allí. Los habitantes naturales de allí estaban incómodos desde la llegada de los Solares, y ahora ya era imposible sostener la situación. Todas las naves por fin habían llegado, ya era momento de zarpar a la guerra.

Los meses de viaje pasaron sumamente rápido. Todo lo que hice fue leer sobre la forma de fuego de los Solares, ya que teníamos con nosotros a millones de Solares, que tenían en sus venas, sangre de Lunas. Todo el entrenamiento fue para que pudieran acceder a sus formas de hielo sin

estar tristes, y estando dispuestos a pelear. También habíamos traído las cadenas con las que encontramos atado a Vlefner, cadenas que se volvían invisibles al estar en contacto con el ser que con ellas estuviera atado. Planeábamos usarlas con Dalagdö, así que le realizamos modificaciones. Pero el principal motivo por el que estudié la forma de fuego de los Solares, era porque Dalagdö mismo la había alcanzado. Nadie sabía cómo, ni porqué había crecido tanto, cosa que también estudié al analizar a Clavakker. No había ya forma alguna de perder. Todo estaba controlado, todo apuntaba a la victoria segura.

Apenas desembarcamos, nos recibió una horda gigante de dragones con armaduras negras, muchos de ellos en sus formas de fuego. Desde lejos, se podía observar en una montaña, la enorme figura de Dalagdö observando todo con atención. Medía cerca de seiscientos metros de largo, doscientos cincuenta de alto y la envergadura de sus alas era de un kilómetro y medio. Sus rugidos se escuchaban desde Maailmamme. Lo peor era que podía crecer mucho más.

Nos lanzamos ardientemente, o, mejor dicho, gélidamente a la lucha y avanzamos mucho más rápido de lo que pensábamos, sin embargo, nada nunca es así de sencillo.

Capítulo 15

15

Sol

Nos abrimos paso entre los dragones fieles a Dalagdö. Por ahora eran los Solares quienes más bajas provocaban, sus formas de hielo debilitaron fuertemente a los enemigos, quienes, acostumbrados a vivir en medio del calor y el fulgor del Sol Mayor, eran débiles ante el hielo de estos gigantes enojados. Nosotros luchamos en la retaguardia con algunos de los dragones. Ellos no llegaban a ser quinientos mil, pero no eran hombres, elfos, enanos, o siquiera gigantes, eran enormes lagartos alados con la capacidad de escupir fuego y vomitar lava. Ciertamente valían la fuerza de muchos de los nuestros.

Creo que, si no fuera por las ballestas y los arpones, solo habríamos contado con la fuerza de los Solares. Teníamos armas enanas, hechas especialmente para asesinar enemigos alados. Contábamos con el cañón que Puin iba a usar para asesinar a Vlefner y lo cargamos con numerosas flechas que abatieron a muchísimos dragones.

Desde la retaguardia de la batalla pude ver como Vlefner con su armadura blanca y dorada resaltando de su cuerpo azul elevaba en el aire nubes de dragones de diversos tamaños y los incineraba en pleno vuelo o los remataba contra el suelo usando su enorme cola. Los dragones caían como meteoros a toda velocidad levantando enormes montañas de polvo y humo.

Quienes estábamos en tierra no podíamos resolver la situación con tanta facilidad, pues carecíamos de los elementos necesarios para derrotar a monstruos tan enormes sin dificultad. Había perdido de vista a Brann Tuli, ya que se encontraba en su estatura natural, que de por sí era enorme, pero con la Daga del Gigante podía llegar a hacer frente a Dalagdö, no necesariamente a derrotarlo, pero si a darle pelea.

Algunos de los Solares que no habían entrenado lo suficiente, estallaban de furia en sus formas de fuego y golpeaban a los dragones, pero esto solo los hacía más fuertes y con uno o dos golpes de garras y dientes, estos Solares quedaban destruidos.

No había diálogo, estos dragones no hablaban, y tampoco podría haber dado un discurso desde ningún lugar elevado porque me dispararían sus bolas de fuego, además, los únicos que hablaban su idioma eran Vlefner y algunos de los dragones, no todos, ya que solo unos pocos habían nacido en el Sol Mayor.

Dalagdö se mantenía firme desde su elevado lugar, quieto, casi dormido, como si de una estatua se tratase. Solo sus ojos se movían, veían con odio todo lo que pasaba. Era altamente perturbador que no se moviera. Si mínimamente hubiera rugido, dado una orden, levantado un ala o su cola, habría estado mucho más tranquilo, pero no lo hizo, todavía no se había movido.

Uno de los dragones salió por el horizonte del Sol Mayor, un general de la guerra. Sus ojos estaban tapados por una armadura, sus dientes eran completamente negros, lo único que comía en el Sol Mayor era carbón, a pesar de que hacía tiempo que habían comenzado a asaltar los establos de Drugic para conseguir ganado. Este dragón era demasiado oscuro, su piel era de un gris pálido, como de muerto. Era realmente parecido a Ölumë. El fuego que lanzaba era de color verde. Su apariencia era realmente aterradora, mostraba una sonrisa maniática y hablaba con una voz ronca y seca. su nombre era Kizik El Grotesco. Más bien era lo que en nuestra cultura se conoce como Dracolich.

Cuando Vlefner se abrió paso corriendo por el campo de batalla, pude ver que estaba en el estado de emoción violenta que nunca había querido dejar salir. Se estaba divirtiendo al vencer y matar a otros dragones. Yo sabía las consecuencias que esto podía traer. No solo emocionalmente para él, sino en el enemigo. El Azul hizo volar a múltiples enemigos con el solo acto de extender sus alas, mientras, Clavakker accedía a los poderes de las hadas y atravesaba hecha luz a estos enemigos. Entre los dos reptiles formaban un equipo de guerra imbatible.

Vlefner llegó hasta Kizik embistiéndolo por en las costillas derechas. Esto hizo que El Grotesco saliera disparado derribando a varios de sus

compañeros, pues tenía casi el mismo tamaño que Vlefner. Frente a frente, con su idioma compuesto de rugidos, Vlefner le propuso un combate mano a mano. Un combate ritual de la cultura dracónica.

Kizik aceptó realmente emocionado, lanzó una espeluznante carcajada al aire y dio comienzo a la batalla. Toda la guerra se paralizó, tanto amigos como enemigos entre los dragones se reunieron para ver aquel acontecimiento. Vlefner se despojó de su brillante armadura y dejó ver sus relucientes escamas azules brillar a la luz de los dos Soles Menores. Dejando atrás un enorme aluvión de polvo solar, se lanzó como un cohete hacia su enemigo, quien no se veía demasiado dispuesto a dejar ver sus ojos, pues la armadura que llevaba cubría gran parte de su rostro, el cual estaba tan descompuesto que la protección metálica que llevaba se había encarnado en sus escamas.

El deforme enemigo de Vlefner derrapó utilizando sus garras como frenos. No se veía para nada feliz, aunque a los pocos segundos estaba riéndose como maniático nuevamente. Entre risas y espasmos de locura lanzó un rayo desde su garganta, un haz de luz tan potente y brillante como destructor, pues, si bien Vlefner lo esquivó, a otro de los dragones que estaba observando la pelea lo atravesó matándolo al instante. A raíz de esto se desencadenó el caos entre los dragones y la guerra volvió a su ritmo natural mientras estos dos gigantes luchaban en el aire entre nubes de fuego escupidas por Vlefner y rayos de parte de El Grotesco.

Mi espada parecía aterrarlos, ninguno se disponía a luchar frente a frente contra mí, y si alguno lo intentaba, escapaba desesperadamente al ver a Lohikäärme. Era esto lo que Dalagdö veía tan fijamente, mi espada. La espada había sido forjada allí, hecha completamente por el mismo Lohikäärme en los tiempos en que tanto los Traidores como las Autoridades Superiores recorrían todo Atlis y antes de que los primeros se rebelan. Años después, cuando ya había hombres ocupando los mundos los Traidores comenzaron su rebelión y Lohikäärme forjó su espada y la entregó a uno de los primeros héroes. Una vez que los Traidores fueron expulsados, era tiempo de que el Dios Dragón partiera hacia Eden, dejando así toda su esencia terrenal en la espada.

Aún no había tenido oportunidad de esgrimir la espada para cortar un cuello, una garra o una cola, ni siquiera un ala, pues todos los dragones escapaban de mí.

Cuando Kizik me vio en el campo de batalla con la espada en mi mano, se distrajo de la pelea y Vlefner le asestó un mordisco no letal en la yugular,

derribándolo al instante. Ya con el enemigo dentro de sus fauces, Vlefner comenzó a balbucear algo con el enemigo en la boca, quien solo gritaba de dolor. Todos los dragones detuvieron la guerra nuevamente.

El Azul soltó el cuello de su enemigo, que chorreaba un líquido demasiado negro y espeso como para ser sangre. Al verse en libertad, el mortecino enemigo levantó la cabeza, solo para que Vlefner la volviese a golpear contra el piso, esta vez con una de sus zarpas.

—¡Dilo! —ordenó Vlefner.

—Yo... Lord Dalagdö... Lohikää... —dijo trabadamente Kizik.

—¡Te ordeno que lo digas! Tú comenzaste esta guerra, ahora te vas a hacer cargo. —Gritó Vlefner a la vez que pisaba el cuello de su enemigo.

—Yo me hice pasar por Dalagdö ante la visita de Lohikäärme para dar inicio a la guerra. —confesó El Grotesco.

En ese momento mi espada comenzó a vibrar y a emitir un sonido terriblemente agudo. Sin que yo lo pudiera siquiera esperar, Lohikäärme salió disparada hacia Kizik, abriéndolo desde la boca hasta la cola, terminando en una explosión de luz dorada y la espada volviendo hacia mi dando vueltas en el aire.

—Ahora veo porqué nadie quería pelear. —pensé.

La guerra entonces dio un giro completamente opuesto, yo había comenzado a lanzar mi espada para todos lados como si fuera una jabalina, pues a donde iba, atravesaba al enemigo y volvía a mí.

Por primera vez desde que habíamos llegado y comenzado la guerra, Dalagdö habló.

—Brann Tuli, estás actuando injustamente para conmigo. Y tú, Valittin, estas matando injustamente a mis súbditos. Nadie discutió conmigo

condiciones de paz ni negociaron mis motivos. —rugió con notable dolor.

—¡Tú eres un usurpador y no mereces la posibilidad de discutir nada, debes desalojar por completo el Sol Mayor y devolverlo a sus verdaderos pobladores, los Solares! —contestó Brann Tuli, seguido de una ovación de parte de su ejército.

—El Sol Mayor pertenece a los dragones. Tu eres el que no tiene parte aquí, no pienso compartir nada contigo ni con tu despreciable pueblo. ¡No son dignos, son de hielo y se disfrazan de fuego, lobos entre corderos, falsos profetas, indignos, indignos! —farfullaba Dalagdö mientras iba y venía en su plataforma

—Eres un viejo tonto, Rey, sólo estás buscando tu perdición. —dijo Vlefner inesperadamente —Sabes que este lugar es de ellos, pues estaban aquí primero. Ni siquiera tenemos oro aquí, tú ya no tienes oro, lo has gastado en libros y formas de seguir creciendo, pero tu aumento de tamaño terminará por destruirte, pues, por más que crezcas desmedidamente, solo demuestras ser una cría dentro de un huevo. —remató el Infierno Azul.

Dalagdö lanzó un rugido tan lleno de ira y odio que prendió fuego algunas de nuestras naves, solo con el sonido de su voz.

—¡Traidor! Vlefner el Infierno Azul se ha hecho presente, ¡Mátenlo! ¡Mátenlo! ¡Que no abra su boca nunca más! ¡Vengaremos a Kizik! ¡No nos limitaremos al Sol Mayor! ¡Conquistaremos todos los Meidän! ¡Mataremos a Valittin y a su familia real! ¡Colgaremos a Vlefner el Traidor Azul de las alas con las cadenas de los Soles Menores! —comenzó a amenazar aquél viejo demente antes de que Vlefner le asestara una bola de fuego en la cara para provocarlo y hacerlo rugir.

—Si había un traidor en tus filas era este —dijo Vlefner lanzando el cadáver de Kizik a la plataforma de Dalagdö— Kizik estaba trabajando con Ölumë y tú ni siquiera lo sabías, ¿Qué clase de control tienes sobre tus discípulos?

—¡Silencio traidor! No te escucharé más. ¡Mátenlo!

Todos los dragones se lanzaron sobre Vlefner, tanto chicos como grandes. El momento era realmente tenso y desesperante. Me pareció verlo sonreír en el instante anterior a quedar bajo la montaña de escamas y carbón,

pues tenía la costumbre de sonreír en los momentos que su vida corría peligro.

Clavakker comenzó a gritar y llorar desesperadamente, así como los demás dragones de nuestra fila.

Resande entonces comenzó a actuar de manera realmente extraña. Sus ojos se encendieron. Se puso al frente, entre nuestro ejército y la montaña de dragones que iban a atacar a Vlefner diciendo que nadie interfiera, lo cual le valió un puñetazo mío en la cara.

—¿iQue haces!? ¿iQuieres que muera!? Si tú no estás dispuesto a luchar, entonces vuelve a Maailmamme, o a la tierra si lo deseas, pero permite que los demás peleemos y defendamos a los nuestros. —dije.

Aún no había terminado yo de hablar cuando el piso del Sol Mayor comenzó a sacudirse violentamente durante un minuto completo y cesó.

—iHa muerto! —exclamó Dalagdö riendo alocadamente — Su alma ha abandonado este mundo sacudiendo la tierra.

De en medio de la montaña de gritos y rugidos salió una exclamación ahogada, casi inaudible, que sólo Resande y los demás elfos pudieron escuchar con claridad. El elfo comenzó a reír calladamente.

—¿Que fue eso? —comenzaron a preguntar los dragones enemigos, tanto los que estaban sobre el montículo que apresaba a Vlefner como los que estaban aún luchando

La voz volvió a escucharse.

—¿iQue rayos sucede!? —Gritó el Gran Rey Dragón

Entonces se pudo escuchar con gran claridad:

—¡DIJE QUE NO HE MUERTO VIEJO IDIOTA! —Gritó Vlefner con cuatro voces, todas de Vlefner.

El terror entonces se pudo ver en los ojos y los gestos del lagarto de cientos de metros.

Vlefner entonces reventó la montaña de dragones con una explosión de colores cálidos que cegó a todos los que estábamos presentes. Bajo una lluvia de restos chamuscados, Vlefner lucía ahora una transformación. Sus cuernos tenían vueltas de dorado y eran mucho mayores, sus ojos estaban completamente en blanco, los músculos de su cuerpo habían sido completamente endurecidos. Sus garras se veían completamente renovadas y su cuerpo lucía marcas doradas y blancas, eran letras del idioma de los dragones. Lo curioso fue que Vlefner había estallado a una especie de forma de fuego, como las de los Solares, pero su fuego era azul; Vlefner había alcanzado a controlar su estado de Berserker. Su tamaño se había triplicado y su ferocidad había sido multiplicada muchas veces. Dalagdö estaba aterrado, ya nada gritaba el enorme monstruo. El verdadero Infierno Azul había hecho su aparición. Se veía realmente similar a Lohikäärme, tan parecido que los dragones presentes, tanto amigos como enemigos comenzaron a cantar la canción del Dios Dragón, postrándose a medida que Vlefner avanzaba en dirección a Dalagdö.

El Gran Rey Dragón avanzó corriendo hacia Vlefner con la intención de atacar inmediatamente. Pero el Azul lo interrumpió con un rugido feroz que lo derribó a tierra.

—Voy a retarte a un duelo, viejo idiota. Pienso poner a prueba tu cobardía. No, no voy a pelear en este estado contra ti. Sería demasiado poder como para que puedas vencerlo. —dijo Vlefner con tono provocante.

—¡No me subestimes! ¡No eres Lohikäärme! ¡Sigues siendo un pobre y triste dragón azul vinculado a la vida de un simple humano! —contestó Dalagdö estallando en su forma de fuego.

La explosión de Dalagdö entrando en su transformación provocó una enorme tormenta solar con truenos y columnas de lava brotando desde el núcleo del Sol Mayor.

Ya nadie peleaba entre los soldados. Todos estábamos aterrados, parecía que el Sol Mayor estallaría provocando que sus anillos cortaran a la mitad los Meidän. Todo lo que estaba pasando alrededor terminaría pronto, pero por el momento todo parecía eterno. La transformación de Dalagdö consistía en una enorme armadura de Oro de Fuego que se generaba desde su piel al entrar en contacto con las células del Sol Mayor, la misma transformación que llevaban los Solares, y ahora, también Vlefner.

—¡Si no peleas contra mí sin tu preciada chuchería te nombraré Lord Cobarde, Protector del Reino de las Lagartijas! —dijo Vlefner refiriéndose al Amuleto del Gigante que Dalagdö llevaba puesto y que le brindaba su gran tamaño.

El amuleto era un derivado de la Daga del Gigante de Brann Tuli que había quedado olvidado en el Sol Mayor durante la Guerra Civil entre dragones y Solares.

Presionado ahora por el desafío de Vlefner, Dalagdö tuvo que acceder de mala gana. Su tamaño disminuyó notablemente y ahora era algunos metros más pequeños que Vlefner en el estado Solar. Se veía realmente humillado, su orgullo había sido herido gravemente y las burlas de sus enemigos eran como arpones ensartando su ego desde todas las direcciones. Vista la situación, Vlefner desactivó su estado Solar o Berserker controlado.

La lucha comenzó. Vlefner utilizaba su cola como si se tratase de una verdadera espada. La especie de Vlefner crecía con las alas acabando en las patas delanteras, es decir, a menos que utilizara las patas delanteras, no podía volar, por lo que sus patas traseras, su cola y sus poderes eran los únicos recursos de los que disponía, mientras que Dalagdö tenía las alas en la espalda y caminaba en cuatro patas, pudiendo volar y atacar al mismo tiempo. Esta ventaja no era demasiado significativa, pues Vlefner era mucho más joven y por lo tanto muchísimo más rápido.

Los golpes asestados por Vlefner con la cola dejaban realmente cansado a Dalagdö, pues el Infierno Azul golpeaba las costillas del enemigo,

haciéndolo escupir sangre y carbón. Por un momento, Dalagdö tomó la ventaja golpeando a Vlefner con sus garras en puño, al punto de que le rasgó la cara dejándole una herida en el ojo izquierdo. Vlefner no podía escapar de esta situación, hasta que, por fin, aprovechando la escasa distancia entre la cara del enemigo y la suya, le escupió una enorme llamarada de fuego azul dejándolo por completo ciego e incluso quemado, pues el fuego azul, a diferencia del fuego normal, puede quemar a los demás dragones. Sabiendo hacer uso de la ventaja momentánea, dejó por un momento de utilizar sus patas delanteras para volar, las juntó y golpeó a Dalagdö, quien estaba tan solo unos cincuenta centímetros por debajo de él. El Gran Rey cayó a tierra a toda velocidad haciendo temblar todo el territorio cercano. Vlefner bajó rápidamente y se posicionó por encima de su enemigo.

—¡Dí que te rindes! —gruñó Vlefner

—¡Jamás! —gritó el Dragón Solar.

—Bien, no me dejas opción. —dijo terminantemente el Azul

Vlefner había levantado su cola con el puntiagudo y filoso extremo en alto con la intención de degollar a Dalagdö o atravesar su corazón, pero aquel traicionero desgraciado se dio cuenta de que el Azul había cometido el error de dejarle la cola libre así que la usó para atravesar un costado del lomo de Vlefner, quien quedó sumamente debilitado ante tal ataque. Si bien había sido herido gravemente, Vlefner activó nuevamente el modo Solar y escupió una llamarada de fuego dorado a la cara de Dalagdö, quien fue derrotado al instante por aquel ataque.

Todos los dragones ovacionaron a Vlefner, quien estaba perdiendo sangre a borbotones con gran dolor. Todos, incluso los enemigos se postraron delante de él, que había quedado de pie con gran dificultad.

Con gran alegría, su esposa había comenzado a volar alegremente en dirección a su marido quien sonreía con una enorme mueca de oreja a oreja, cuando vio como la cola de Dalagdö rodeaba el cuello de Vlefner, y su punta rebanaba su cabeza, dándole una muerte instantánea. Seguida por el rostro de horror de Clavakker y un grito desgarrador. Yo quedé postrado en tierra con el corazón destrozado y Resande había estallado en una tormenta de polvo negro que enseguida se dirigió en dirección a

Dalagdö.

La muerte de Vlefner fue vengada enseguida por Brann Tuli, quien con la Daga y el Amuleto del Gigante adquirió un tamaño considerable para tomar a Dalagdö con una mano por la espalda y arrancar su cabeza de cuajo.

El Sol Mayor era de los Solares nuevamente, pero, ¿que importaba? ¿quién festejaría? ¿quién podría dar un grito de alegría en un momento así? Ninguno de nosotros se había despedido, nadie le había dicho adiós, no había agonizado ni había tenido lecho de muerte, la Daga de la Resurrección no tendría ningún efecto, nada se podría hacer. Solo llorar larga y duramente.

Capítulo 16

16

Duelo

Los dragones que habitaban junto a Dalagdö fueron exiliados a un planeta esférico cercano al Sol Mayor, pero no lo suficiente como para perpetrar un ataque si lo hubiesen intentado. No se fueron sin antes jurar lealtad eterna a la Corona.

El regreso fue lo más duro. Los cercanos a Vlefner regresamos desde el Evig transportando sus restos. Cuando Karama me vio llegar de la lucha por el Evig, pues había estado durmiendo allí esperando ansiosamente mi regreso, me tomó en su lomo y comenzó a volar. Su melena era la almohada más suave y más aún a la hora de volver a casa en un momento así. Volamos desde la entrada del Evig hasta la casa, al otro día tendríamos la ceremonia por los caídos en batalla, pero en especial memoria de Vlefner. Todos lo lloramos larga y penosamente. En su honor levantamos estatuas en todos los dominios de la Corona, y la mayor se encontraba en su hogar. En todas decía "Vlefner Infierno Azul, General de Pentaidän y Rey Dragón del Sol Mayor — Yullin Kullum". Sininev aullaba sus rugidos al cielo en medio de una lluvia provocada por la tristeza de la Reina de las Nubes.

En el lugar del entierro de Vlefner levantamos un monumento con una estatua en su honor. Una magnífica escultura de oro de Vlefner en su modo Solar escupiendo fuego con la cabeza en alto y las alas extendidas. Parecía estar viva, no parecía estar luchando, sino danzando. Bajo los pies del Infierno Azul se podía observar a Dalagdö siendo aplastado por las patas de Vlefner. En la estatua se podía ver la enorme sonrisa de la cara de nuestro amado Gran Dragón. Sin duda era alguien a quien jamás podría olvidar. Fue uno de los primeros amigos que había hecho al llegar allí y fue también quien se ocupó de cuidarme durante largos años. Su pérdida sin duda era algo lamentable que merecía un duelo largo y serio.

Resande y yo habíamos compuesto un réquiem para nuestro amigo:

Cómo una lámpara al amanecer
Ya no brilla y su fuego vemos perecer
Así, amado amigo nos toca saber

Que te has ido para siempre
y en nuestras almas comienza a anochecer

De la vida de tu hijo, nos ocuparemos
Y eternamente tu memoria guardaremos
Tu pequeño sabrá de tu valentía
Para echar de sí mismo toda cobardía
Entonces su alma y su mente tendrán armonía

Este es el adiós hasta que nos encontremos
Cuando llegue el día, en Edén beberemos
Como cuando fuimos jóvenes viajaremos
Para siempre, siempre reiremos
Y de todo dolor nos olvidaremos

En el monumento de tu tumba lloraré cada nueva luna
Y buscaré en los cielos consolación, si es que existe alguna
Hasta siempre amado volador
Aunque volar ya no puedas, has salido vencedor

Para siempre Yullin Kullum, Para siempre Gran Dragón

La primera estrofa la cantó Resande, las dos siguientes la canté yo, la cuarta Clavakker y la frase final la cantamos todos los presentes al unísono.

Realmente me sentía apesadumbrado, no encontraba sentido a muchas cosas y ver a Sininev y Clavakker solos en el nido de la montaña se me revolvían las entrañas. El vacío que deja un dragón al morir además de ser emocional es también algo gráfico, y más aún en el caso de Vlefner. Su lugar era al lado mío en los banquetes. Ahora lo único que había al lado mío era la gran alfombra donde solía reposar para comer y beber en los banquetes, ocupada en los años siguientes por Sininev Vlefnerez, el nuevo Capitán del ejército de Pentaidän, junto con Oroszlán, mi hijo, aunque para aquello faltaban aún años.

Aquellos días los pasé yendo y viniendo desde mi casa hasta el Sol Mayor para ayudar a Brann Tuli. Para respetar mi duelo solo me hacían quedar sentado y me servían algunos tragos. Puin viajaba conmigo constantemente.

Pasados algunos días, dando ellos por terminado el dolor, realizaron una estatua de la esposa de Brann Tuli, madre de Aurili y Brann hijo, siendo esta inaugurada por mí en la ceremonia de festejo por haber recuperado su lugar de origen. En honor a esto la Familia Real entonó una canción conmemorativa.

Al inicio hemos vuelto

Donde todo comenzó

El enemigo ha muerto

Nuestro dolor terminó

Desde el Sol Mayor brillaremos

Con la luz de nuestro Rey

Por siglos danzaremos

Llenos de cerveza e hidromiel

La hoguera de nuestro gozo

Por fin ha vuelto a arder

Dalagdö ha sido vencido

No lo volveremos a ver

Valittin Doxo Gioia Yulin Kullum

Por tu corona pelearé

Valittin, siempre fuerte, en tu nombre lucharé

Cuando me necesites y llames atenderé

El blasón de tu victoria por siempre llevaré

Las historias de tus triunfos a mis nietos contaré

Las canciones de tus aventuras en las calles cantaré

Con gozo y grato ardor, en tus dominios viviré

Volví del Sol Mayor con gran angustia, todavía no podía superar nada. No concebía en mi mente la idea de que Vlefner ya no estaba. Todo lo que hice durante muchos años fue llorar y dejar que los demás se ocupasen del Reino, teniendo momentos de lucidez en medio cuando algo no me gustaba demasiado o era muy difícil de ignorar. Así que el reino se mantuvo a flote.

Pasados cinco años, siendo Oroszlán un hombre mayor y habiéndose casado con Aleumi. Yo ya era un hombre viejo, Puin tenía mi misma edad, más ella no había envejecido a la misma velocidad. Si bien las canas ya cubrían por completo mi cabeza y mi barba también, había dejado a mi hijo al mando del Reino para poder salir disfrazado de montaraz a recorrer lugares de Maailmamme que en tantos años aún no había conocido. Me gustaba ir solo, aunque muchas otras veces iba junto a Resande, y si no era nada peligroso o lejano, iba con mi esposa.

Me había hecho construir un barco personal, una pequeña canoa en la que recorría el Nykyinen y con la cual también volaba. Si estaba demasiado aburrido, la canoa se transformaba en un submarino para poder explorar el enorme fondo del Gran Río.

Había encontrado enormes tesoros, esculturas rotas, muchísimas ruinas de otras épocas. Desde mi balcón del palacio se podía observar en las Lejanías Sagradas de Los Jardines a los niños jugando. En ocasiones alguno se presentaba en el Palacio y era Rey Supremo hasta que despertaba, como yo tantas veces lo había sido cuando niño. Tantas cosas hermosas habían podido observar durante mis años de retiro. Incluso a veces, montaba en los lomos de Sininev para sobrevolar la zona y pasar tiempo con él y con Oroszlán. Muchas veces acampamos en bajo los brillos del cielo utilizando las alas del muchacho al igual que habíamos utilizado las de Vlefner en su momento. Llevábamos a Resande a explorar junto con nosotros, pero el desgraciado no envejecía, entonces se podía mover con total libertad entre los árboles altos y las montañas. De todas formas, querido lector, no te confundas, sí, habían pasado varios años, pero al estar allí, respirar ese aire, beber esa agua, esa cerveza, al vivir allí, podría haber muerto muchísimo tiempo antes si hubiera sido nuestro mundo. Allí me veía como un hombre de setenta años. Pero ya habían pasado muchísimos años si contamos los días con veinticuatro horas. Tenía yo en edad terrícola unos doscientos sesenta años. Mi hijo, sin embargo, envejecía al ritmo de los días de sesenta horas.

Cuando todavía no habían pasado los dos años para que la flota volviera desde el Sol Mayor, estando sentado en el trono, con toda paz, llegó uno de los Embajadores diciendo que se había presentado en la puerta del Palacio un ser realmente extraño demandando hablar conmigo en

persona.

Era un hombre (un elfo oscuro) de negocios. Venía de una galaxia realmente lejana en los mundos de Atlis, de un mundo esférico.

—Buenas tardes estimado mensajero. —dijo con voz de anciano agradable.

—Buenas tardes Majestad. Mi nombre es Nirbas. Vengo en representación de Sürgüngö, Auténtico Rey de Meidän Kultainen para reclamar el derecho de Sürgüngö al trono.

—No conozco a ese Sürgüngö que mencionas, joven elfo.

—Su Majestad la Reina Puniukset —y seguramente lo conoce. —dijo el elfo con algo de irreverencia.

Puin, quien había estado escuchando la conversación hizo su entrada en escena.

—Buenas tardes joven Nirbas. Es un placer volver a verte después de tanto tiempo. —saludó mi esposa.

—Buenas tardes Majestad. He venido a...

—Ya se a qué has venido, jovencito. —interrumpió la Reina — Sürgüngö se enteró de que el Concilio ya no existe y viene a reclamar su Meidän. Pues no. Porque cuando le pedimos ayuda para derrotar al Concilio, bajo la promesa de que si lo hacía recuperaría su hogar, se rehusó a cooperar bajo insultos y calumnias. El Concilio fue derrotado por este gobierno y Kultainen fue conquistado grata y legalmente.

—¡Insulto! ¡Ultraje! ¡Esto significa guerra! —dijo el elfo indignadísimo—
¡Sabrán de nosotros!

Resande, quien estaba presente viendo todo, lo esposó y lo embarcó en una canoa como la mía camino a su propio planeta.

Los meses siguientes fueron puras amenazas de parte de Sürgüngö hasta que finalmente se hizo presente en Palacio con una horda de seguidores

Ese día me sentía particularmente alegre y emocionado, como si el viento hubiera soplado más fuerte dándome mejores ánimos a la hora de actuar. Quizás las copas de vino élfico que habíamos estado tomando con Resande y Stannade aquél mediodía habían surtido efecto.

—Buenas tardes Sürgüngö, que alegría tenerte con nosotros esta tarde, ven, pasa, tomaremos algunas copas de vino élfico y discutiremos lo que haga falta. —dije con una cordial sonrisa monárquica.

—¡Jamás tocaré una copa de tu mesa, usurpador! ¡Devuélveme la soberanía de mi reino, Kultainen me pertenece por derecho de sangre!
—vociferó el irascible elfo oscuro.

—Bueno, no te enojas tanto, yo mismo conquisté a la Reina de Kultainen mientras tu estabas exiliado, y fue mi grupo el que derrotó al resto del Concilio. Tu no quisiste ayudarnos. —Sugerí con una sonrisa involuntaria.

—¡No te burles, humano! ¡Sentirás mi cólera! —gritó el elfo mientras sus ojos se encendían en llamas de color violeta.

—¡Ya se! —dije muy alegre aun — ¡Te reto a un duelo!, si ganas, te devuelvo Kultainen, pero si pierdes, volverás a tu planeta y ya no vendrás aquí.

—Acepto tu reto, humano. No tendrás oportunidad. Tu raza es inferior a la de los elfos, de nada sirve un humano en la guerra si el enemigo es un elfo. —exclamó haciendo visible su racismo.

—No estaría tan seguro, aquí tengo a dos buenos elfos a quienes he derrotado una y otra vez en batalla. —dije riendo mientras tomaba a Resande y Stannade por los hombros.

—¡Animo Valittin! ¡Yulin Kullum Rey Supremo! —gritaban los borrachos elfos entre risas y aplausos.

—Señores Altos —dijo sorprendido el elfo oscuro — No me digan que están bajo las órdenes de este humano despreciable que ha usurpado el trono ancestral de mi pueblo.

—Ya lo creo que sí. Ha restaurado el Reino de Gyllene. Tu le debes más que nosotros. Además, el planeta donde vives es mucho más rico que Kultainen. Has venido aquí motivado por tus caprichos. —exclamó enojado

Stannade.

Ahora Sürgüngö estaba realmente avergonzado, se estaba rebelando contra Altos Elfos. Estos seres tenían un sistema de jerarquías realmente marcados. Muchas de las razas en realidad odiaban a los Altos Elfos, pero los Elfos Oscuros eran realmente religiosos y tradicionales. Ahora, atado por sus palabras y sus impulsos, debía luchar contra mí en un duelo uno contra uno.

Dispusimos la arena de combate para poder pelear. Las armas de Sürgüngö eran arco y flechas y una espada antigua con la hoja ondulada. Su traje de batalla era el clásico atuendo de los elfos oscuros, es decir, botas, mallas y el atuendo decorativo de hojas. Mientras que yo tenía puesta la armadura real, en su versión ligera y peleaba utilizando a Lohikäärme.

Dimos comienzo al duelo. Para mi fortuna el elfo no era lo suficientemente fuerte o experimentado como para ganar, pero yo era viejo y no guardaba la misma agilidad de antaño. Logré asestarle un golpe con el codo que lo derribó haciéndole sangrar la nariz. Se levantó y utilizando el impulso, me golpeó con sus pies, pero no me derribó, sino que me hizo toser bastante. Seré honesto. Yo no estaba en mis cabales, sino habría derrotado inmediatamente a aquél insoportable retador, pero en ese momento no había más que hacer, sino pelear.

Me recuperé al instante y arremetí contra él nuevamente. Esta vez nuestras espadas chocaron. Cada movimiento de uno era contrarrestado por el otro dando al combate de espadas una verdadera emoción. Nuestros pies avanzaban en posición de combate. De lejos seguramente parecíamos cangrejos peleando con pinzas. Una de mis estocadas alcanzó a cortar el costado de sus costillas, hiriéndolo superficialmente. Yo no estaba combatiendo a muerte, yo solo estaba teniendo uno de mis típicos combates de sobremesa. Pero para Sürüngö la batalla era decisiva. Él quería a toda costa recuperar sus tierras, que, dicho sea de paso, él había usurpado, pues los elfos oscuros son originarios de Adholoka.

Cuando me descuidé, fui desarmado inesperadamente por un rayo eléctrico, un verdadero trueno salido de las palmas de aquél insoportable

quejoso. Dado a su uso de magia, también respondí. Los años pasados en aquellas tierras me permitían el uso de las artes mágicas de la naturaleza. Podía conjurar fuego, truenos y manejar corrientes de agua cercanas.

Tomé a Lohikäärme nuevamente y esta vez el desarmado resultó ser el elfo, que al levantar la vista tenía la punta de mi espada apuntando al medio de sus ojos. Bajó la vista y tiró sus armas.

—Vete a tu planeta. No te reté para quedarme con el. Seguramente lo conquistaste por medios nobles, así como yo conquisté Kultainen. No tomaré más represalias ni seremos enemigos, siempre y cuando, en caso de que tengamos guerra nuevamente, contestes a mi llamado. —dije mientras me lavaba la cara estando un poco más consciente ya.

—Sí, Su Majestad. Hasta luego. Hasta luego Altos Señores —dijo ahora refiriéndose a Resande y Stannade. — Hasta luego Reina Puniukset.

—Hasta luego Sürgüngö. —contestó Puin algo angustiada.

Viendo yo la angustia en su arrugada cara de bella anciana decorada con canas y chales de lana, (pues era invierno en Maailmamme) me acerqué para hablarle en privado y me expresó el pesar que le generaban todas las cosas que había hecho cuando formaba parte del Concilio. La tranquilicé diciéndole que todos sus pecados los había expiado al haber ayudado a liberar Atlis de las sucias garras de Ölumë. Mis palabras la tranquilizaron mucho.

Las lágrimas de una anciana son realmente conmovedoras, no podía dejarla llorando sin hablarle. Entonces, abriéndome su corazón y teniendo su cabeza en mis hombros, recordé como tantas veces desde que me había casado los tiempos en que recién comenzaba esta aventura. A los veinte años, todos los discursos sobre desamor y cinismo que Vlefner y Resande habían tenido que escucharme pronunciar. Todo cuanto había dicho era refutado por la simple existencia de Puin.

Muchos sinsentidos de mi vida habían sido aclarados por la existencia de mis hijos, mis nietos y mis amigos en aquél lugar. Aun así, seguía sintiendo un vacío interno en mi vejez. Redescubrí que no pertenecía a aquél lugar, de ahí el enorme vacío. Decidí ignorar esto por un tiempo

mientras me ocupaba de luchar y entrenar y festejar constantemente.

Capítulo 17

17

Eterno

La inquietud del vacío no me dejaba ni dormir, pasaban los meses y los años en tranquilidad y en paz, sin guerra. Sin dolor, pero sin embargo el sin sentido de estar allí me atormentaba. Yo no pertenecía allí, y, aun así, no volvería a la Tierra, porque pertenecía menos que a Atlis. Era otro el lugar al que pertenecía, mi verdadera razón estaba fuera de todo aquello.

Una noche de verano sin nubes me acosté a dormir, miraba el alto techo de mi alcoba real, miraba a Puin, quien estaba dormida. Miraba a Karama, que también había envejecido. Observaba las fotografías en la mesa de luz. Veía a Vlefner y recordaba viejos tiempos. Estaba muriendo de calor y refrigerar el ambiente con magia era algo realmente agotador.

Decidí bajar a la habitación de estar. Veía las paredes de mármol y los grandes sillones decorados. Todos mis animales emplumados durmiendo se iban mudando de habitación para que yo pudiera pasar las horas pensando allí. Las armaduras de otras eras estaban allí quietas, aunque por momentos parecían levantar las lanzas y bajarlas de nuevo, como si se acomodasen. Quizás mis nietos las habían hechizado por diversión.

No encontrando el reposo necesario allí, me trasladé a la Biblioteca Real para estudiar la Gran Historia censurada por el Concilio, pues debía enseñarla al pueblo. Abrí un libro titulado "Evig: Un enigma fundacional" pero no pude leerlo, no lograba concentrarme. Me aburría con tan solo comenzar a leer los primeros renglones.

Escribí algunos garabatos acerca de cómo me sentía, algunos dibujos como los que hacía en la secundaria. Me sentía como un niño aburrido cuyos amigos se fueron de viaje y ya nada me entretenía. Si las horas de la madrugada se me pasaban lentas cuando era joven en la Tierra, un mundo donde la noche comienza a las 19:30 P.M y terminan a las 5:30 A.M, en este mundo donde la noche misma duraba alrededor de veinte horas, jamás iba a poder sobrevivir a aquel aburrimiento. Me esforcé y leí

casi cuatro libros enteros, casi cuatrocientas páginas cada uno. Libros de cuentos, libros de historia y solo habían pasado unas cinco horas. Ni siquiera me había dormido.

Subí nuevamente las escaleras y fui al balcón de la torre más alta de Palacio. Mientras fumaba un poco de tabaco enano apoyado en la baranda que apuntaba hacia la parte más profunda y santa de Los Jardines pude ver que en una de las plantas de los árboles de Palacio había una luz. Miré hacia otras direcciones para comprobar si habría alguna otra, pero era la única. Impulsado por la curiosidad, bajé presuroso para comprobar de que se trataba aquel destello que ahora se paseaba entre los árboles. Me costaba realmente mucho trabajo seguirlo porque se movía sumamente rápido y el bosque tenía raíces que sobresalían del suelo y me hacían tropezar, había ramas que golpeaban mi cabeza, hojas que tapaban mi visión. Tardé demasiado en avanzar, y cuando creía que finalmente estaba avanzando, otra vez era frenado por algún obstáculo que no había visto más cuando se alejaba una distancia considerable, antes de que yo lo pierda de vista, se detenía hasta que yo me acercara lo suficiente.

Seguí aquel destello hasta salir del bosque que separaba Palacio de la entrada a Los Jardines. Ahora a cielo abierto con el Nykyinen cantando a mi izquierda y la luz de frente, ninguna raíz me haría tropezar, ninguna rama golpearía mi cabeza. Todo era césped multicolor en aquel hermoso lugar. Ninguno de los Soles había comenzado su vuelta todavía y las lunas aún no se habían retirado del todo.

Corrí durante un largo tiempo detrás de aquél destello. Estaba desesperado por saber de qué se trataba. En medio de una búsqueda de sentido necesitaba saber que era aquello que con tanto empeño perseguía. Ni siquiera yo mismo lo entendía, simplemente corría. Finalmente, el destello se detuvo junto a uno de los dólmenes cercanos a unas antiguas ruinas.

—Descansa Valittin. —exclamó una suave voz desde el destello.

—¿Q-quié eres? —pregunté entre toses de anciano y jadeos.

—No importa ahora. Debes dormir.

Cuando terminó de decir aquellas palabras, comenzó a brillar con muchísima intensidad, una luz enceguedora, un Sol brillando frente a mí, o quizás una Luna, o una Estrella, aunque no se veía como ninguno de ellos. Quizás era una Estrella Fugaz. Es probable, pues no eran tan comunes y yo nunca había visto una. Pero cuando me dijo que debía dormir, caí como muerto en tierra y el sueño se apoderó de mí.

Dormir en Los Jardines desde Atlis tenía consecuencias místicas. Pero muchos viajeros y experimentadores iban sin ser llamados a las regiones sagradas para experimentar estos sueños y nunca volvían.

Haciendo un enorme esfuerzo por no dormirme, pude ver en el destello, que ahora flotaba sobre mí, un rostro asexuado, con la mayor belleza que podría existir, incluso en un lugar como Maailmamme.

Una vez que desistí y acepté que no iba a poder evitar dormirme, pude sentir como mi mente se transportaba a otro lugar. Abrí los ojos y estaba dentro del Palacio Dorado de Edén. Esta vez en la sala del Trono. Frente a mí estaban las Autoridades Superiores. Tres seres que irradiaban poder y ferocidad. La luz que salía de ellos era indescriptiblemente hermosa como aterradora. No es que la apariencia de ellos fuera en especial aterradora, parecían niños de cierta forma, y a la vez parecían dioses, pero su esencia, su presencia, el simple hecho de estar frente a estos seres era algo numinoso en todo el sentido de la palabra.

Hablando los tres al unísono dijeron:

—Valittin, has estado aquí durante años, has sido Rey Supremo por más de dos siglos. ¿Por qué crees que te fue permitido?

—Y-yo... No lo sé... —dije deseando al instante no haber dicho nada, pues no había terminado de hablar cuando fui interrumpido.

—Te fue permitido porque llegaste aquí con un corazón hastiado de la Tierra, hastiado de la falta de amor, de la falta de aventura. Una moral heroica se alza en ti. Buscaste la aventura y abriste puertas que ningún otro mortal se habría atrevido a abrir, las puertas que se abren al creer en las cosas que lees, al vivirlas en tu mente y al soñar con ellas.

Pero es momento de que esto acabe. Nada que haya tenido un comienzo tiene falta de final. Tu gobierno en Maailmamme y los Meidän ha llegado a

su fin. Habla ahora, ¿Estás preparado?

—Majestades... Si he de morir ahora, si es posible, me gustaría tener la oportunidad de despedirme de mi familia y amigos. —dije con gran tartamudeo.

Hablaron entre ellos durante un tiempo hasta que finalmente concluyeron:

—Volverás a tu Reino, pasarás un tiempo prudente con tu familia y amigos, no te diremos cuánto, para ver si realmente aprovechas el tiempo y para probar cómo el poder ha afectado tu corazón. Cuando el tiempo haya concluido, volverás a comparecer ante este tribunal.

El sueño terminaba y todo comenzaba a brillar y dar vueltas. Desperté en mi alcoba real con Puin a mi lado. Karama me estaba mirando fijo, pero cuando lo miré bajó la vista y siguió durmiendo. Me volteé en la cama hacia el lado de la ventana y vi que la noche recién comenzaba, como si apenas me hubiera acostado.

Los días siguientes pasé el tiempo junto a mis hijos, mi esposa, mis nietos, los niños del orfanato de Palacio, mis mascotas. Viajé y visité muchísimos reinos. Pero un día, luego de esta ocupación, salí de viaje. durante una de mis aventuras dormí con Lohikäärme detrás de mi almohada.

Soñé nuevamente con Edén. Esta vez estaba viviendo aventuras, no me encontraba cerca del Palacio Dorado, estaba del otro lado, un lugar donde nunca había estado.

Comencé a caminar desde mi punto de partida; una enorme montaña de diversos colores que jamás había visto. Pude observar un lago gigantesco del cual saltaban enormes serpientes para cazar las aves que buscaban pescados.

Avancé caminando por una especie de pasillo con paredes de árboles de diversos frutos, tanto conocidos como no. Manzanas, peras y limones había, pero también había frutas que jamás en mi vida había visto. Al final

de este pasillo había una pared de ladrillos grises con enredaderas tan gruesas como los árboles mismos.

Me dispuse a trepar las enredaderas utilizándolas como escaleras. Pude ir subiendo, utilizando una rama como bastón. Al llegar a lo alto pude ver cómo se extendía con infinitud aquél panorama. Era un mundo impoluto, allí realmente no existía maldad alguna, no había posibilidades de fallar en cuanto a moralidad ni a santidades subjetivas.

Desde la lejanía podía observar gigantes de toda clase caminando en lugares aislados de este paraíso. Algunos eran de piedra y otros de tierra. En los hombros de los gigantes crecían enormes cantidades de vegetación que servía de hogar a pájaros y toda clase de bestias. Tenían las runas de activación brillando encendidas, pero sin ninguna clase de llave o Dagas. Era aquél lugar el que las encendía.

Bajé con gran dificultad por aquél enorme muro y aterricé de bruces, pues no quedaban enredaderas y el piso estaba lejos. Continué caminando con dificultad, aunque después de algunos minutos me recuperé por completo. Mientras caminaba, caí en un túnel subterráneo.

Aparecí en una especie de balcón subterráneo que daba a un lago subterráneo varios metros por debajo, por lo que podía ver con amplitud el panorama. En la parte de tierra seca pude ver un gigantesco dragón blanco durmiendo con gran tranquilidad.

Descendí por mi camino marcado; unas escaleras pintadas con líneas que daban a un trazado marcado en las baldosas del piso. Pues, si bien, había un lago y era una compleja cueva subterránea, estaba completamente decorada.

Las cosas que vi en aquellas galerías fueron fantásticas. Casi todos los habitantes eran dragones de diversos colores y tamaños. Sin embargo, llegué a una sala con un trono vacío. Por los comentarios que escuchaba, el rey estaba perdido, nadie sabía dónde estaba. Más tarde comprendí que hablaban de Lohikäärme, pues dijeron que tenía muchos reinos en aquél lugar.

Saliendo de la cueva por un camino elevado, aparecí en la entrada de un desierto, por el cual me aventuré sin dudar demasiado y sin calcular

peligro alguno. Avancé durante algunos metros de arena y caravanas de carruajes y naves de arena, cuando en un momento, al frente de las caravanas pude ver a Lord Banteng, el minotauro de la Revolución.

—¡Lord Banteng! —Lo llamé gritando.

El enorme sujeto volteó y al verme despertó una sonrisa enorme. Dio voces de alto a las caravanas y vino corriendo a mi encuentro.

—¡Querido amigo! Yulin Kullum, Valittin. —dijo casi incapaz de contener lágrimas — ¿También has muerto? Te ves muy viejo.

—¡Yulin Kullum, Banteng! No, no he muerto, estoy soñando con este lugar, pero... al parecer estoy aquí de verdad. —contesté algo confundido.

—Pues qué raro. Todos los que me he cruzado aquí están muertos por lo que me han contado. Oye, te ves viejo, han pasado años desde que morí, dime, ¿Cómo está todo en Maailmamme? Ya me han contado que eres Rey Supremo de los Cinco Meidän y que tu última pelea fue contra Dalagdö, lo hiciste bien querido amigo. —exclamó con gesto calmado.

—Sí, así es, soy Rey Supremo y Señor del Sol Mayor, aunque allí viven los Solares bajo el mando de Brann Tuli.

—Oh jo jo jo, no me digas que ese viejo gigante por fin ha recuperado su tierra de una buena vez por todas. Pues yo aquí me he reencontrado con mi familia y vivimos en un oasis dentro de este desierto. Por cierto, el lugar es infinito. Tener un hogar no debería ser ningún tipo de problema, en caso de que quieras quedarte. —invitó Banteng

—No planeo permanecer aquí mucho tiempo, al menos no mientras siga vivo allá afuera. —dije un poco incómodo.

—Si te molesta andar viajando de caravana, puedes quedarte con Vlefner, no creo que él tenga problemas. Después de todo ustedes eran excelentes amigos...

—¿iVlefner está aquí!? —pregunté vociferando a todo dar.

—¡Por supuesto Valittin! ¿Quién crees que me ha contado las buenas

nuevas de tu ascenso al trono?

—¿Dónde se encuentra? Dímelo, por favor, necesito encontrarlo, pues no pude despedirme de él antes de que muera. —dije casi lagrimeando.

—Se encuentra algunos kilómetros al norte de aquí, cerca de la orilla del Gran Mar.

Agradecí a mi amigo minotauro los datos del paradero del Infierno Azul para por fin estar nuevamente juntos y poder despedirme de una buena vez.

Me dispuse a correr durante largos días, dormí a la intemperie y el sueño parecía no terminar jamás. Estaba comenzando a preocuparme de haber muerto, pero era imposible, Vlefner me había contado cómo moriría y todavía no había sido posible. Además, las Autoridades Superiores me aseguraron que volvería a hablar con ellos antes de finalmente morir, pensaba. Así, siguiendo con largas horas de viaje, me encontré en una especie de aldea salvaje llena de habitantes de una extraña especie. No eran humanos, pero se comportaban como los aborígenes guaraníes. Es más, hasta tenían su propia versión del mate.

Cuando me vieron llegar corriendo, me lanzaron boleadoras a los pies y caí con la boca contra el piso. Uno no se lastimaba realmente en aquél lugar, pero todo parecía tan real que la costumbre se ocupaba de dar dolor.

Pasé algunas horas observándolos desde donde me tenían atado. Según tenía entendido, no estaban cometiendo ninguna maldad, pues para ellos, en su consciencia colectiva no era nada malo tenerme allí, pero yo no tenía tiempo, debía encontrar a Vlefner. Recordé que en Eden todos hablan el mismo idioma y les expliqué la situación, así que me dejaron ir. Me fui refunfuñando, pues me habían atado torpe e innecesariamente.

En el camino pasé por una gran casa de piedra blanca, en cuyo patio se encontraba un hombre de edad. Me era necesario pasar por allí así que

entablé una conversación con él.

—Buenas tardes anciano. Disculpe si lo molesto pasando por su propiedad, pero debo llegar a las orillas de la playa. —dije con respeto cultural.

—Buenas tardes para ti también, anciano. —me contestó — No tengo problema alguno en que pases por aquí, pero si vas a las playas deberías tener cuidado, pues allí se encuentra merodeando un enorme dragón azul al que conocí cuando estaba vivo. Nada agradable es ese dragón, no señor, además, en vida estaba en la Revolución. Nada agradable, no señor. Me derrocaron a mí, el Rey de Maailmamme.

—¡Tú eres Hvítt Svartur el Blanco! —dije gritando de sorpresa.

—Sí, pero... ¿Tú quién eres? No te encuentro un rostro familiar.

—Me conocen como Rey Supremo de los Cinco Meidän, Señor del Sol Mayor, El Terror de Dalagðö, Portador de la espada Lohikäärme, Líder de la Revolución y Hermano de las Hadas. Pero si te place puedes llamarme Valittin. —dije con un orgullo que me hizo sentir mal unos momentos después.

—Tienes suerte de que estemos aquí ya muertos. —dijo un poco más calmado —De otra forma tendría que retarte a un duelo y no tendrías oportunidad para vencerme.

—Increíble, te has equivocado en todo lo que has dicho. —dije invocando un diálogo de una película que vi cuando era joven en la Tierra. —Ni yo estoy muerto ni podrías vencerme. ¿Has escuchado todas mis proezas?

—Vete de aquí, prefiero estar aprovechando el descanso que me dieron mis buenas obras antes que seguir hablando contigo. —farfulló.

La verdad es que ni tenía buenas obras ni tenía descanso, pues estaba asustado por un dragón en el paraíso, como si pudiera hacerle daño a él, y se lo advirtió a alguien que pasaba por su casa, justamente para que no se encuentre con el dragón, eso no es buena fe. Eso es moral burguesa. Pero seamos justos con él, en su mundo nadie conocía a Homero ni a los escritores estoicos, ni el hedonismo. Además, Svartur el Blanco pertenecía a la realeza más económicamente beneficiada, su educación era algo nulo, solo servía para hacer creer a los demás que tenía poder.

Tomé el camino más corto hacia la playa caminando sin parar por lagos, montañas, puentes colgantes y toda clase de caminos sinuosos, hasta que por fin llegué a la costa. Era enorme y no veía a Vlefner, por lo menos no dentro de mi campo de visión.

Ya estaba anocheciendo así que decidí darme un chapuzón en el Gran Mar antes de acostarme a dormir.

Mi magia aún funcionaba así que pude encender una fogata para protegerme de los insectos y del frío mientras dormía.

Al día siguiente seguí corriendo por la orilla durante algunas horas más sin ningún resultado. Comenzaba a hartarme, pues pasaban largas horas de una playa infinita y no encontraba a Vlefner, hasta que, por fin, muy a lo lejos pude distinguir su figura saliendo del agua con un enorme tiburón en la boca. Corrí cada vez con mayor fuerza, ya estaba a cien metros, a diez, a un metro, pero cuando lo toqué en la espalda para llamarlo... desperté.

No estaba en mi alcoba real... no estaba en Los Jardines... no estaba en Edén. Estaba en mi habitación, en mi casa. Aún era un anciano, aún tenía los recuerdos, todo cuanto había vivido, incluso mis bolsillos estaban llenos de joyas reales y mi espada se encontraba en su funda. Pero ya no estaba en Atlis... Desde entonces he estado escribiendo estas notas. Pues mi memoria comienza a fallar. Debo encontrar la forma de volver.

Muchos mundos se abren leyendo libros, y tu vas y vives en ellos mientras los lees. Pues, para volver a Atlis, he escrito este libro, he fabricado una puerta a otro universo. Desde entonces intento volver.